
En otra piel
AILI EVANS

En otra piel

AILI EVANS

Copyright©2022. Aili Evans
Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.
Primera edición, mayo 2022
Segunda edición, mayo 2024
Titulo original: En otra piel
Diseño de la portada y maquetación: Aili Evans

Esta historia está dedicada a todas aquellas personas que creen en el amor.

Nota de la autora:

Este libro habla del más allá, de las almas y la reencarnación.
Si no crees en estás cosas, este libro no es para ti.
Si no crees en algo, no significa que no exista. Al igual que si no crees en algo, no tienes por qué criticarlo.

En otra piel

AILI EVANS

Prólogo

Niza, Francia 1750

Me siento tan feliz. Hoy viene desde Lyon mi amor, llevo mucho tiempo sin verlo, pero la última vez, nos prometimos que una vez que nos juntáramos, nadie nos separaría.

Mi familia es una de las más importantes de Niza. Mi padre es un político importante y nos hemos trasladado aquí. Malcom, mi amor, es hijo de otro político. Su padre y el mío son archienemigos, pero nos da igual. Estamos muy enamorados.

— Claire, ¿ya estás lista? Tenemos que salir a comprar los vestidos para la fiesta, es dentro de unos días y madre los encargó —me dice mi hermana Megan.

— No me apetece, vete tú con Valerie.

— No, tienes que venirte con nosotras, no puedes quedarte sola.

Mis padres y su manía de controlarnos. Me quieren mantener intacta porque creen que me voy a casar con el hijo de un amigo de papá. Se llama Peter, y es el típico hijo de papá, me parece ridículo además de relamido. Pero como no quiero discutir, las acompaño.

— Claire, Claire —me llaman desde la otra acera.

Mis hermanas que van sumergidas en sus pensamientos no se han enterado, así que me las ingenio para ir al otro lado. Cuando llego me encuentro con un amigo muy allegado de Malcom.

— Me encargó Malcom que te dijera que si no te importa ayudarme a cuidar a unos primos que ha llegado. Cómo sabes algo de enfermería. Lo haría él, pero ya sabes que se demoró el viaje, hasta dentro de unos días no llega.

— Lo sé, no sabía que fueran a venir unos primos.

— Es que fue todo en el último momento, me dijo que te lo explicaría cuando llegara.

— ¿Y qué tienen sus primos?

— Nada, un poco de malestar. Habrá cogido frío.

— De acuerdo, me paso más tarde.

— Te dejo la dirección. Gracias, Claire.

— De nada.

Me volví de inmediato a donde estaban mis hermanas, les dije que me había dado un calambre en el pie y estaba esperando a que se me pasara.

***

Hoy llega mi amor, y es la noche de la fiesta, estoy muy feliz. Me he levantado un poco rara, me siento un poco decaída, pero creo que deben ser los nervios. Hoy voy a hacer frente a mis padres y si es necesario huir lo haré, pero Malcom es y será mi todo.

Me he puesto el vestido más bonito que tenía, mi familia se cree que me compré uno que ellos deseaban. Pero me he puesto más llamativo. Sí, soy consciente de que llamaré la atención, pero me da igual, quiero estar espectacular para mi amor.

Cuando llegamos a la fiesta, me encuentro de entrada con Peter, que se acerca corriendo a mí.

Los sirvientes me recogieron el abrigo, mi familia cuando me vio puso el grito en el cielo, no podían creer que me pusiera un vestido así.

Era rojo, con un gran escote, y el colgante de la familia de Malcom.

— ¿Qué demonios crees que estás haciendo, Claire? — pregunta madre mirándome con cara de enfado.

— Nada madre, ser yo misma, es algo que siempre me has dicho, que seamos nosotras mismas, que defendamos lo que deseamos.

— Quítate ese collar, ya —me dice papá en el oído.

De pronto miré hacia la puerta y apareció Malcom. Este se acerca a nosotros, me agarra de la mano y me la besa.

— Qué guapa estás.

— Tú también.

— Apártate de mi hija, ella no es para ti. Se va a casar con Peter —escupe papa.

— No, no me voy a casar con Peter. —Peter me observa con su cara de relamido, me mira de arriba abajo y se va.

Sin dar oportunidad a mis padres agarró a Malcom del brazo y lo llevó al jardín.

— No sabes cuánto te he extrañado —le dije lanzándome a sus brazos y besándole.

Malcom es guapísimo, tiene los ojos azules está muy fuerte. Tiene el pelo largo, pero se lo recoge con una coleta. Lleva un traje muy elegante color azul marino, y camisa blanca.

— Estás preciosa, y has sido muy valiente en enfrentarte a tus padres. Ya sabes lo que significa, debemos huir, se va a formar una buena. Mi padre también se opone a lo nuestro, y ha renunciado a su apellido.

— Malcom, ¿crees que hacemos bien? No me malinterpretes, lo que quiero decir es que nuestra familia va a sufrir. Te quiero más que a nada en esta vida, pero no quiero que te arrepientas después, con los años.

— Jamás me voy a arrepentir de amarte, escúchame Claire, ya sea en esta vida o en la próxima siempre te voy a amar.

— Y yo a ti. Pase lo que pase te voy a amar, y por mucho que traten de separarnos te encontraré, en esta vida y en la próxima.

De pronto sentí un escalofrío, me empecé a marear y me desmayé.

***

Abro los ojos, me siento muy mal, muy débil, estoy empapada en sudor. Veo poca luz en la habitación, el médico se acerca a mí

— Claire, ¿me oyes?

— Sí, me siento muy mal, ¿qué ha pasado?

— Claire, desde hace veinticuatro horas estabas durmiendo.

— ¿Cómo?, pero ¿qué me pasa? ¿Y mi familia?

— Tu familia no puede entrar, solo estamos tú y yo. Claire, tienes fiebre amarilla, no hay nada que pueda hacer por ti.

— ¿Qué? No, no puedo tener fiebre amarilla, ¿cómo?

— Vamos a ver, ¿has estado con enfermos que la hayan tenido?

— Hace unos días estuve cuidando a los primos de mi prometido, pero tenían un resfriado. —Me siento tan débil que me vuelvo a dormir.

***

No sé cuánto tiempo pasaría, pero escuchaba unas voces en la lejanía. Abrí los ojos y ahí estaba él.

— Claire, mi vida, por favor. Si te pasara algo me moriría.

— Aquí estoy, Malcom. —respondo muy débil.

— El doctor me ha dicho que estuviste cuidando a mis primos, ¿qué primos? Yo no tengo ningún primo aquí.

— ¿Cómo qué no? Pierce, tu amigo me dijo el otro día que tus primos habían llegado y que tenían un resfriado, que tú le habías dicho que me dijeras que si los podía cuidar, como sé de enfermería.

— ¿Que Pierce te dijo eso? el hijo de su mala madre no se encuentra aquí, se fue a América ayer. No mi amor, no

tengo familia aquí, además jamás te hubiera expuesto a ninguna enfermedad.

— Malcom, nos han tendido una trampa.

— Sí, creo que sé de quién viene.

— ¿De quién?

— Mi padre, seguro que le ofreció dinero a ese traidor, pero ha llegado muy lejos, yo no podría seguir adelante sin ti.

— Malcom, sé que voy a morir.

— No digas eso.

— Déjame continuar, no nos queda tiempo, quiero que sepas que te quiero, que me voy a ir de este mundo amándote, y que si existe otra vida le pido a Dios que me permita encontrarte y poder unirme a ti, ya que en esta no nos lo han permitido.

— No digas eso, por favor —dice Malcom llorando.

— Me siento horriblemente, bésame por última vez.

Malcom entonces hizo salir al doctor de allí, se dirigió hacia el botiquín que este tenía allí, y sacó un bote de cristal, es de arsénico, trato de levantarme, pero me siento tan débil que no puedo ni moverme.

— ¿Qué vas a hacer? —le pregunto.

— Si tú mueres, yo muero contigo.

— No, por favor, Malcom, no. —Pero ya es tarde, Malcom se lo toma entero.

— Te quiero, y sí yo también creo en la reencarnación.
—dice tumbándose a mi lado.

—Nos encontraremos allá donde estemos.

Nos besamos y nos abrazamos, yo empiezo a temblar y a sentirme muy mal, y Malcom me dice que siente como el veneno va entrando en su sangre, luego ambos morimos después de habernos jurado amor eterno.





1

COLETTE

Marsella, en la actualidad.

Di un salto enorme y me incorporé en la cama. El corazón me iba a mil por hora. Otra vez había tenido una de esas pesadillas. El caso es que me acuerdo de ellas por la mañana pero luego se me olvidan, tengo que apuntarlas. Mi tía me ha sugerido que vaya a un psiquiatra, pues no es normal que sean tan a menudo.

Cuando miré el reloj eran las cuatro de la mañana. Fenomenal, me tenía que levantar a las seis. Me costaba conciliar el sueño muchísimo.

Mi compañera de piso es mi mejor amiga, nos conocemos desde los seis años. Se llama Chantal. Desde niñas siempre habíamos compartido todo.

Mis padres murieron siendo yo muy pequeña. Me quedé al cuidado de mi tía Jade, es un amor. Mi tía había sido bailarina de ballet, por ello yo también lo soy aunque ejerzo de periodista de investigación, mi pasión. Vivo con mi mejor amigo en un precioso apartamento en el centro de Marsella.

— ¡Buenos días! ¿Otra pesadilla? —me pregunta Chantal mirándome a los ojos rojos de no dormir.

— Sí. Es la segunda en tres días. Cada vez aumentan más.

— ¿Has llamado al psiquiatra que te dije? Confía en mí. Es amigo de André. Tiene muy buena reputación. — extendió su mano y me hizo el gesto de que le pasara mi móvil.

—Ahí te he apuntado su número. No lo dejes pasar, por favor.

— ¿Qué tal con tu amigo André? —pregunto colocándome un zapato.

— Muy bien. Ya sabes, es solo un amigo con el qué me divierto.

— Lo sé, lo sé —contesté besándole la frente.

Me fui volando al periódico. Antes desayuné en la cafetería de al lado. Los dueños me conocen de siempre.

— Buenos días, mi preciosa. —dijo Antoine el dueño.

— Buenos días. —respondí dándole un beso en la mejilla. — ¿Dónde anda Amélie?

—era su esposa, una mujer dulce y cariñosa que era vidente. La verdad nunca me he creído mucho esas cosas, pero ella y su marido dicen conocer cosas de otras vidas.

Nunca me ha interesado que me contaran nada. ¿Para qué?

— Pues está haciendo una consulta a una clienta —dijo, señalando a la puerta que daba al interior de la casa. —Su casa estaba en el piso de arriba de la cafetería.

— Si me da tiempo después paso a saludarla. Dale un beso de mi parte.

Me fui volando, pues mi jefa me había mandado un mensaje para que llegara antes, tenía que comentarme algo.

— Buenos días —dije al entrar quitándome el abrigo y saludando a mi compañera Audrey.

— La jefa te espera en su despacho. —dijo cogiéndome las cosas para llevarlas a mi oficina.

Fui derecha a ella. Mi jefa llevaba años en el periódico, primero fue de su padre y luego lo heredó ella. Me tenía en muy buena estima ya que, en mi anterior caso pillé a un fiscal que blanqueaba dinero.

— Colette, —me saludó entregándome un sobre y unos documentos.

— ¿Qué es esto? —respondí ojeando lo que me había entregado.

— Tu nuevo caso. Confío en ti. Necesito que seas tú la que lleve este suceso.

— ¿Niza? —Miré para ella frunciendo el ceño.

— Sí, debes ir. Te explico, el de la foto es Alain Morel, un magnate muy importante de la industria de la publicidad. Tienes que averiguar todo lo que puedas sobre él y su empresa. Tenemos sospechas de que asesinó a su mujer para quedarse con todo. Su mujer se llamaba Celine Moreau era la dueña de la agencia, dicen que cuando se casaron él venía de la nada. Los primeros años eran la pareja más bonita de la *socialité* en Niza, pero según pasó el tiempo cuando acudían a fiestas, esta le montabas escándalos alegando que él se acostaba con la primera que encontraba, que sí se había casado por su dinero, en definitiva, ella confesó que era un interesado.

Pero un buen día desapareció, y aunque la policía investigó y Alain estuvo en boca de todos nunca se demostró nada. Sí averiguas qué pasó sería la bomba para nuestro periódico.

— ¿De verdad? Tiene pinta de un hombre poderoso, de tener un ego del tamaño del universo. Da escalofríos.

— Es que lo es, es muy poderoso. Los que le conocen dicen que es duro y despiadado.

Pero aquí entre nosotras, será todo eso, pero está bien bueno, ¿no crees? —dijo riéndose y haciéndome reír a mí.

La verdad que no estaba nada mal.

— ¿Y cómo hago para llegar a su entorno?

— Tengo una amiga que trabaja allí. Es la que me ha animado a investigar. Te va a meter en la empresa.

— ¿Pero qué sé yo de publicidad? —dije moviendo las manos nerviosa.

— Tranquila. Colette, confía en ti. Eres atrevida y tienes mucho morro. Sabrás ingeniártelas.

— ¿Cuándo debo incorporarme?

— Debes irte para Niza pasado mañana. Hoy tienes el día libre. Solo te pido que leas bien el informe.

Cuando salí de allí no sabía si reír o llorar. Amaba mi trabajo, pero había veces que según qué cosas me daban un poco de respeto y más cuando se trataban de asesinatos. Pero bueno, fui yo la que decidió estudiar esta carrera, si no hubiera estudiado otra cosa. Por otro lado volvería a mi ciudad, la cual no había pisado desde que era muy niña.

Cuando llegué a casa y le conté a Chantal que me iría durante unas semanas o quizás meses se puso algo apenada, bueno ambas nos pusimos así, pero así eran las cosas. Para animarnos me dijo de pedir unas pizzas y tomarnos unas copas. Por ello llamó a su amigo André, y al mejor amigo de este, Claude. Claude y yo en alguna ocasión habíamos tenido relaciones sexuales, era un buen amigo. Ninguno de los dos buscaba nada serio y oye pues no está mal, después de todo me iba de viaje y no me venía mal darle alegría al cuerpo.

A las doce estábamos los cuatro sentados en el salón de mi casa escuchando algo de música y tomándonos las últimas. Todos me llamaban la poderosa por qué no había noticia que se me escapara. Me animaban a que en menos de lo que cantaba un gallo conseguiría pruebas en contra de ese tal Alain. ¿Y por qué no? Seguro que me lo comía.

***

Chantal se fue a casa de André, así que Claude se quedó conmigo. Claude, era un amigo con derecho que tengo, lo pasamos muy bien juntos. Me acarició el lóbulo de la oreja, y luego me mordió. Me senté sobre él y le quité su camisa de seda blanca. Luego continué con sus pantalones y calzoncillos. Me quité el vestido y me quedé solo con las

braguitas. La respiración de él se empezó a acelerar, y más aún cuando empecé a restregarme contra él. Bajó sus manos para mi entrepierna y me toco, me sentía bastante mojada. Claude sonrió, apartó las braguitas hacia un lado, cogió un preservativo que le pasé y se lo puso, en menos de lo que esperaba me penetró. La verdad que disfrutaba con él. Le metí los dedos en la boca mientras nos movíamos cada vez más y más fuerte, hasta que ya no aguantamos más y ambos nos fuimos. Luego me levanté, se quitó el preservativo y nos encaminamos al baño para ducharnos.

— Me lo paso muy bien contigo. —dijo una vez volvimos al salón duchados. Ambos teníamos solo un albornoz.

— Yo también. Eres el mejor amante que tengo.

— ¿Tienes muchos? —dijo sonriéndome con cara de pícaro.

— Te mentiría si te dijera que no. Tengo varios amigos que cuando nos apetece nos acostamos.

— Entonces le dirás a todos lo mismo. —dijo acariciándome la pierna.

— No, simplemente me callo. Sí te lo digo es porque es verdad.

No me gustaba que durmieran en casa, pero esta vez decidí que sí, y de paso repetimos.

***

A la mañana siguiente, después de que Claude desayunara y se marchara, me puse a leer los informes. Según ponía Alain había nacido en Normandía y llegó a Niza con veintitrés años.

Al poco tiempo conoció a su mujer, su noviazgo duró muy poco porque se casaron de inmediato. Con veinticuatro años ya estaban casados y al frente de la agencia. Ahora tenía treinta y seis años. Según los informes le habían relacionado con alguna que otra empleada de su empresa. Vaya, vaya con el señor Morel.

Después de una larga mañana preparando todo para el viaje, decidí pasarme a ver a mi tía, a esa hora ya estaría en la cafetería de Amélie. Así qué agarré mis cosas y me marché.

Como era de esperar ahí estaba ella sentada en el fondo con su gran amiga. En cuanto me vieron entrar se abalanzaron sobre mí ambas.

— Pequeño tesoro, ¿cómo estás? Dichosos los ojos. — dijo mi tía mirándome con cara de sorpresa.

— Siento haber estado tan perdida, pero es que el trabajo —respondí disculpándome.

— Bueno, de acuerdo. Pero me lo tienes que compensar. Ven mañana a cenar a casa.

— No puedo —dije mirándola con ojos de cordero degollado. —Mañana me voy de viaje por trabajo.

— Pero Colette, ¿cuándo podré disfrutar de mi sobrina?

— Te prometo qué en cuanto termine este trabajo me tomaré un descanso. —solté abrazándola.

— ¿Dónde vas? —preguntó Amélie.

— A Niza.

Mi tía y Amélie se miraron fijamente. Cuando se miraban así me mosqueaban, ellas y sus secretos.

— ¿Qué pasa? —pregunté a ambas.

— Nada, —respondieron al unísono.

— Venga ya, —dije moviendo los dedos de la mano sobre la barra de la cafetería.

Me dijeron que me sentara. Amélie entonces me agarró de las manos, miró para mi tía y esta le hizo un gesto de aceptación.

— Colette, una vez que pises Niza, tu vida no volverá a ser la misma.

Puse cara de extraña y me empecé a reír. Amélie siempre con sus cosas.

— A ver, cuéntame. ¿Me va a gustar tanto Niza que me voy a quedar a vivir allí, no mejor me van a contratar de otro periódico mejor? —dije con sarcasmo y mirando al techo.

— Colette, no juegues con estás cosas. Lo que te digo es serio. Atiéndeme. Sé qué jamás has creído en nada de esto, pero es así. En ese viaje te vas a encontrar con tú pasado, el amor de tú vida y aunque no os será fácil esta vez nada ni nadie os separará —dijo mirándome con cara de emoción.

— Amélie, siempre te he respetado y te quiero muchísimo, pero sabes que no creo en estas cosas.

— Lo sé, pero creas en ellas o no, es así. Me darás la razón, te lo aseguro. Ahora dime, ¿sigues con las pesadillas?

— ¿Cómo sabes? No te lo había contado. —respondí sorprendida.

— Sé todo. Ahora cuéntame, —expuso. — ¿Qué sueñas?

— Pues es algo supe extraño. Sueño que estoy en una casa muy grande y hay muchos niños. No sé quiénes son, solo sé que no me siento a gusto con ellos. Después desaparecen y me veo perdida entre la niebla. Oigo una voz que menciona algo pero no llegó a entenderlo. Después me despierto y siento que me cuesta respirar, que me ahogo. Hasta que logro sentirme bien pasa un rato.

— Debes ver a un psiquiatra —manifestó mi tía.

— Lo sé, si sigo así buscaré alguno en Niza. No sé a qué se debe.

— A tu pasado. —declaró Amélie mirando a mi tía.

— ¿Mi pasado? —dije confusa apartándome el pelo de la cara.

— Tu vida pasada, Colette.

— Bueno, ya. Dejemos el tema.

No me apetecía seguir hablando de esas cosas. No me interesaban. Siempre me pareció de locos.

Después de charlar un rato las tres, Antoine se unió a nosotras cuando no había clientes. Me pusieron un té verde de jengibre y limón, mi favorito, y un croissant que hacía Amélie, estaban de rechupete.

Luego llegué a casa. Chantal había planeado una noche de chicas. Preparó unos perritos y una sesión de cine.

Siempre me gustó el cine clásico, en especial el de época, las películas sobre el siglo XVIII me encantaban.





2

ALAIN

Otra pesadilla. Toda mi vida ha sido igual, pesadilla tras pesadilla. Lo peor es que me despierto con un ardor por todo mi gaznate y me llega hasta el estómago. No sé qué significa esto, pero es insoportable.

— Guapo, ¿estás bien? —me dice mi acompañante.

— ¿Qué haces aquí? Creí haberte dicho que no me gusta que ninguna mujer duerma en mi casa. —Quité la sábana y le hice que se levantara. Jamás me ha gustado que ninguna pasara la noche conmigo.

— Hombre, después de la noche que hemos pasado, pensé que podría descansar un rato —responde ella mosqueada.

— Una cosa es descansar unos minutos y otra es quedarte horas, que es lo que llevas. Aquí debajo hay una parada de taxis.

— Eres un auténtico animal —escupió ofendida.

— Creía que a eso venías. ¿No te lo he demostrado en la cama? Puedo ser aún más duro.

— Sí, eres una máquina en la cama, me gusta que me dominen y me gusta todo lo que me has hecho, pero eso no te da derecho a tratarme como a una puta.

— Nadie lo ha hecho. Solamente te he invitado a irte.
Ya te di lo que buscabas, ahora ya te puedes largar.

Me pegó un bofetón que me dejó la mejilla ardiendo. Me lamí el labio, abrí la puerta y se marchó. Qué mal le suele

sentar que las eche de mi casa. No lo llevan nada bien. Pero así soy yo, y si no les gusta pues lo siento por ellas. Tengo unas normas, me gusta el sexo duro, y uso jueguecitos que las vuelven locas a todas y cada una de las que me he acostado.

He tenido que llamar a mi empresa para hacer una reunión a primera hora de la mañana, necesito una nueva publicista y la de recursos humanos me trae nada más que desastres.

Después de ducharme, bajé a la cocina. Mi casa es enorme. Vivo en un palacete sin vecinos alrededor. Tiene tres plantas, un gran jardín y una súper piscina. Suelo montar grandes bacanales. Sí, suelo practicar sexo en grupo, es algo que me encanta.

Después de tomarme un café, cogí mi Porsche y me marché directamente a la oficina.

Cuando entré los empleados que estaban relajados se pusieron erguidos. La de recepción se retocó el pelo y me lanzó una sonrisa de soslayo.

— Buenos días señor Morel —dijeron varios empleados al verme coger mi ascensor privado.

Saludé con la cabeza y entré en él. Al llegar a la última planta, donde se encontraba mi oficina, vino a saludarme una compañera, de las pocas en las que confío.

— Alain, mañana sin falta se incorpora la nueva empleada. Es una chica de confianza.

— Porque confío en ti, si no tendría que seleccionarla yo.

Llamé a mi secretaria y le pedí que avisara a todos, la reunión comenzaría en cinco minutos.

Entré en mi oficina para tomarme otro café, el cuerpo me lo pedía después de no haber dormido. Duermo muy poco, como dos o tres horas a lo sumo. No necesito más.

Después de la reunión entré de nuevo en mi despachó, acababa de recibir una llamada muy importante, y como era de esperar no eran buenas noticias.

— Alain, —dijo al entrar Chevalier, un amigo de confianza. — ¿Nos vemos esta noche?

Hace tiempo que no tenemos cena de amigos.

— Hoy no puedo. Tengo planes. —respondí mirando a mi ordenador.

— ¿Otra de esas fiestas que haces? —preguntó sonriendo.

— Exacto. No te invito porque sé que no eres fans de ellas.

— ¿No te cansas de esas fiestas? —cuestionó haciendo que mirara para él.

— Pues no. Me gustan. Están bastante bien. No sé.

— Bueno pues ya me dirás tú el día que nos vemos. Tenemos que hablar.

Luego se marchó y yo pasé el resto del día encerrado en el despacho. Estaba hasta arriba de trabajo.

Cuando salí de mi oficina, Claudine, una de mis empleadas me interceptó e hizo que la siguiera hasta el baño. Una vez dentro se lanzó sobre mí y me besó. Yo me aparté y me limpié la boca.

— Sabes que no me gusta que hagas esto, Claudine.

— Es que muero por tenerte dentro —contestó llevando mi mano a su entrepierna.

La quité y me las lavé. Luego salí sin más del baño dejándola allí sola y excitada.

Cogí mi coche y me fui a dar un paseo con las ventanas abiertas. Aunque ya hacía bastante frío necesitaba despejarme. Me acababa de acordar de mis malditas pesadillas. Y ese calor por mi esófago me recorrió de nuevo.

¿Qué demonios me ocurría? Chevelier era el único que sabía de mis pesadillas, y me había dicho por activa y por pasiva que fuera a un psiquiatra que él conocía y que podría ayudarme a desvelar esos sueños. Desde que era muy pequeño se repetían una y otra vez. Aunque mi infancia no fue fácil no había sido como para tener esos sueños. Así que desde el teléfono del coche, llamé y me concertaron una cita

para dentro de una semana. No estaba muy convencido, pero por probar no perdía nada.

Cuando llegué a mi casa eran ya las ocho de la tarde. Necesitaba ducharme, y preparar la sala donde estaba todo lo que usaba para mis fiestas.

Me puse un jean roto y una camiseta azul. Luego preparé la habitación. En la mesa serví whisky, vodka, ron, y refrescos. En el suelo estaba todo lo que se requería. Los juguetes estaban preparados.

A las nueve y media empezaron a llegar mis invitados. Todos y cada uno de ellos de confianza. No invitaba a mis fiestas a gente que no conocía. Eran unas fiestas muy privadas y debían ser personas de lo más reservadas.

Nos pusimos a hablar un rato. Silvine, una de mis amigas no tardó en ponerse cómoda. Se quitó el vestido y como era normal en ella, no llevaba ropa interior. Al ser la primera en hacerlo, los demás hicieron lo mismo. Seríamos unas diez personas. Todos nos quedamos desnudos y mi amiga se acercó a mí. Me agarró de la mano y me llevó hacia un lado de la habitación. Se tumbó en el suelo y se dispuso para mí. Fui a la mesa de los jueguecitos y agarré un vibrador, Silvine lo cogió y lo lamió. Se puso de espaldas para que se lo metiera por atrás. Luego se dio la vuelta y entré en ella. Estaba siendo penetrada por ambos lados. En la habitación solo se oían gemidos. Luego vino otra chica que quería jugar con nosotros, Patrice, así qué se unió. Jamás me gustaba jugar con hombres. Sí que es verdad que había compartido una mujer con un amigo, pero entre nosotros no nos tocábamos. Esta agarró otro vibrador y me lo dio, se sentó al lado de Beatrice, y me invitó a que jugara con ella. Ahora éramos tres, cuando terminaba con ellas, empezaban conmigo, se iban uniendo más personas, cualquier persona que en ese momento viera la habitación podría pensar cualquier cosa de nosotros, pero no hacíamos daño a nadie, simplemente nos gustaba pasarlo bien entre nosotros.

Me debí de quedar traspuesto porque a eso de las cinco de la mañana me desperté. Todos estaban dormidos en las

sabanas que estaban en el suelo, Beatrice y Patrice estaban tumbadas a mi lado.

Fui al baño y me lavé la cara, necesitaba despejarme. Cogí unas pastillas para el dolor de cabeza y me las tomé. Entré en mi despacho y me puse a leer unos documentos. Mis invitados, sabían que según se iban despertando debían abandonar la casa.

La casa era de mi esposa, es un antiguo castillo que posee muchos pasadizos ocultos, así que mis invitados lo único que ven en mis fiestas es esa sala, lo demás está escondido.

A las siete en punto cogí mi Porsche y me fui a la oficina, ese día empezaban a llegar las nuevas empleadas y debía entrevistarlas.





3

COLETTE

Estaba en la puerta de la empresa a las siete de la mañana. Annette, la amiga de mi jefa, me esperaba. Cuando entré me llevó directamente a su oficina. Aún no había nadie, ya que la jornada laboral empezaba a las ocho en punto, lo que pasa que ella normalmente llegaba antes para dejar todo listo al jefe.

— Te explico todo brevemente para que entiendas tu papel en la empresa y te pongas en situación —dijo está dándome un café bien caliente que me venía de lujo.

— ¡Perfecto! Madeleine, me explicó un poco y me paso unos informes. —respondí yo dándole un sorbo a mi café.

— ¡Estupendo! Verás, yo llevo años en esta empresa, Celine, la mujer de mi jefe, es o mejor era la dueña de toda la empresa, nos conocimos en la facultad, y como su familia tenía mucho dinero, cuando acabamos me ofreció trabajar con ella. Durante años se rompió el lomo trabajando para sacarla adelante. Su vida personal la tenía abandonada hasta que apareció él, Alain. Un chico mucho más joven que ella, que venía de un oscuro pasado. Él me pareció un aprovechado, no porque lo demostrara, él era bastante modesto, pero no sé, algo me decía que no me fiara. Celine los primeros años era feliz, y pensé que me había equivocado, pero de pronto una noche, ella desapareció y no volvimos a saber más. El último año antes de que desapareciera, discutían mucho, esta le montaba escándalos en cualquier lugar y se iba con ella de las fiestas. Luego nos

contaban que de madrugada le veían con mujerzuelas. La policía investigó durante mucho tiempo y jamás encontraron nada.

Pero Colette, necesito averiguar qué pasó con Celine. Se lo conté a Madeleine para que con su periódico me ayudara, me habló de ti, de que eras buenísima en esto, por eso estás aquí —dijo soltando la taza de café en su reposa vasos y mirándome fijamente.

— Me has dejado sorprendida y mira que he visto cosas raras. ¿Y que se supone que debo hacer en la empresa? Digo, normalmente me pasan informes e investigo en su entorno — contesto levantándome del asiento y ofreciéndole un caramelo.

— Pues necesito que te hagas pasar por la nueva relaciones públicas. Él confía en mí. Se supone que te he entrevistado y te he contratado, solo debe verte y dará el consentimiento.

— ¿Estás segura? —pregunto algo confusa.

— Completamente.

Cuando me puso al día de todo, me dijo que saliera y esperara en la cafetería que está al lado la empresa. Si él me veía tan pronto aquí se mosquearía.

Entre en una cafetería llamada *Le Petit chat* me pedí un café solo y un *croissant,* me disponía a pagar cuando delante de mí se planta un tipo y le pide a la empleada un café bien cargado.

— Disculpe, voy yo antes —digo al tipo tocándole el hombro.

— ¿No me diga? Pues ahora estoy yo, ¿no lo ve? — responde mirándome de reojo.

— Pues no, no lo veo. Solo veo a un tipo que tiene más cara que espalda. —contesto poniéndome delante de él.

— ¿Pero qué cree que hace? —me suelta haciéndome a un lado.

— Pues que estoy yo primero, eso es lo que hago, cretino.

El tipo cada vez se encendía más. Todos en la cafetería nos miraban en silencio.

— Pues esta chica me va a atender primero y punto, ¿Verdad?

— Sí, claro, señor —responde la empleada con cara de aterrorizada.

— Es usted un abusivo —le reto yo — Se cree el todopoderoso y lo que es realmente es un egocéntrico que no es nadie.

— No sabe con quién está hablando. Mida sus palabras.

— Uy, ¡qué miedo!

Cojo mi café que ya se me ha enfriado y se lo echo en toda la cara. Luego le pongo el dinero justo a la chica en la mesa y me voy, no sin antes decirle;

— Esto es para que aprenda a respetar, que es usted un redomado cretino.

Cuando salí me sentí triunfadora. Unas personas que estaban en la cafetería y se habían salido al ver el enfrentamiento comentaban entre sí mientras me observaban.

— Ella es la chica que se ha atrevido a enfrentar al señor Morel —dijo uno de ellos.

Mi cara cambió de inmediato. ¿Cómo Morel? Me había enfrentado al hombre que tenía que investigar y se suponía que era mi jefe. Pues bien empezaba.

Entré a la empresa rapidísimo, necesitaba hablar con Annette, la había chafado pero bien.

Le pedí a su secretaría que me dejara pasar, esta se me quedó mirando como si estuviera loca, pues jamás me había visto.

— Señorita, no sé quién es usted. Debo avisar a mi jefa —dije moviendo las manos.

— Es algo urgente, dígale que Colette, tiene que hablar con ella de inmediato.

La secretaría entró. Yo estaba nerviosísima. Escuchaba voces que venían de afuera, miré por la rendija de la puerta y

veía a todos estirarse los trajes y sentarse firmes en sus puestos.

— Puedes pasar —anunció la secretaria.

Entré embalada. Me sudaban las manos, el corazón me latía a mil por hora.

— ¿Qué te pasa, Colette? —preguntó Annette levantándose de golpe de su asiento.

Debía estar más blanca que el papel.

— Lo he estropeado, es que no me puedo estar callada —contesté mordiéndome el labio y rascándome la coronilla. Cuando estoy nerviosa lo hago fijo.

— No te entiendo, ¿qué has hecho mal?

— Como me indicaste, bajé a tomarme un café. Cuando me disponía a pagar, un tipo se coló, cuando fui a reclamarle, se puso chulo, y bueno yo no soy perita en dulce, así qué lo enfrenté. Cuando me disponía a marcharme le tiré el café a la cara —contaba moviéndome de un lado a otro.

— Espera, no me digas que ese tipo es…

La puerta de la oficina de Annette se abrió, no quise mirar así qué me quedé de espaldas.

— Annette, disculpa la intrusión, pero estoy furioso. Manda al mensajero a que llevé mi camisa al tinte. —escupió este muy enfadado.

— ¿Qué pasó, Alain? —preguntó haciéndose la tonta ella.

— Una estúpida se ha atrevido a tirarme un café encima, a mí, ¿te imaginas? —dijo yendo hacía la puerta de la oficina. —Se volvió a dar la vuelta y escuché unos pasos que iban hacia mí, ¿perdona, tú eres?

No me quería dar la vuelta, en ese instante me hubiera encantado hacerme invisible, pero no, no era posible.

— Es mi sobrina, ya sabes que te dije que me gustaría ayudarla a entrar aquí. Sin enchufismo, sé que es buena.

— Sí, pero no entiendo porque no se da la vuelta, ¿se ha castigado como una niña pequeña mirando al rincón? No entiendo qué hace ahí de espaldas.

Annette entonces me miró y no me quedó más remedio que darme la vuelta.

— ¿Tú? ¿La maldita mal educada qué encima por poco estropea mi nueva camisa? ¿Qué demonios haces en mi empresa? Lárgate de aquí ya, si no quieres que llame a seguridad. —escupió con los ojos bien abiertos.

Fui a responderle como se merecía, pero entonces, Annette, me agarró de la mano.

— Por favor, Colette, déjame sola con el señor Morel.

Este me miró con desprecio, y yo me atreví a guiñar un ojo, cosa que le puso de más mala leche.

Estaba muy nerviosa, no paraba de tocarme las manos, de rascarme la coronilla, la secretaría de Annette me miraba como si estuviera loca. La verdad, yo también lo hubiera pensado si hubiera visto a una tipa como yo de tremenda guisa.

A través de la ventana se veía a este manotear y Annette hablaba calmadamente. No sé cuánto tiempo pasaría, pero según yo una eternidad, se abrió la puerta, el tal Alain, salió, pasó por mi lado mirándome con mala leche y se metió en otra oficina.

— Colette, entra, por favor —me pidió Annette.

— Lo siento, de veras. No sabía quién era. Me pareció un abuso.

— A ver, el café también pertenece a él, y tiene prioridad siempre. Tenía que haberlo advertido. Está muy enfadado, hace mucho que no le veía así.

— Dios, lo he estropeado —me llevé las manos a la cabeza.

— No del todo. He logrado convencerle, pero me ha pedido una condición. —respondió.

— ¿Qué cosa? ¿Algo extraño? —pregunté.

— Debes pedirle perdón.

— ¿Qué? Pero no llevaba razón. No puedo darle la razón como a los locos.

— Tienes que hacerlo, Colette. Debemos hacer lo que quedamos, si no es por ti, hazlo por mí, por favor. —dijo agarrándome de las manos con ojos de súplica.

— Lo hago por ti. Me tragaré mi orgullo y lo haré.

¿Pero, como lograste convencerle?

— Le dije qué mi sobrina Colette tenía un mal día pues su novio la había dejado humillada. Lo primero que se me ocurrió.

— Perfecto, ahora cree que además de irrespetuosa soy patética.

Buena la había hecho, ahora debía pedirle perdón al troglodita.

— ¿Debo ir ahora a disculparme con él? —dije de mala gana.

— No, mañana a las siete te quiere aquí. Por favor, Colette, contrólate. Ahora vete porque mañana comienzan de verdad. Prepárate, vienen curvas.

Cuando llegué al hotel donde me estaba hospedando, estaba de los nervios. Hablé con mí jefa que como era normal, me regañó. Me hizo prometerle que controlaría mi carácter, así que no me quedó más remedio.

Luego llamé a mi tía, con todo el follón se me había olvidado, y también me regañó, después de decirle que no volvería a ocurrir y contarle como me había ido en el día, colgué. Tenía que leer unos informes y concienciarme de que tenía que pedirle perdón a ese capullo redomado.





4

ALAIN

El día había arrancado en apariencia bien, pero se estropeó esa lengua suelta, ¿quién se creía que era para hablarme así? Pero para sorpresa cuando en la oficina de Annette se encontraba ella. Me hirvió la sangre, me dieron ganas de llamar a seguridad y que la echasen de allí sin miramientos, pero Annette, logró convencerme. Jamás suelo enchufar a nadie, pero ella es la mejor amiga de Celine, y por respeto y porque la tengo confianza accedí de mala gana, no me hacía mucha gracia que esa niña estuviera en mi empresa, pero no me quedó más remedio que aceptar. Pero como le dije a Annette, a la primera que me hiciera le echaba de patitas.

Cuando salí ahí estaba sentada como si no hubiera roto un plato. La miré de reojo para saber cómo era, porque con el cabreo que me había pillado no me había fijado. Solo vi que iba con una falda de tubo y una camisa color verde semitransparente que se le veía el sujetador, pero no miré más, no quería que se diera cuenta.

El resto de la mañana la pasé entre papeles y reuniones, estaba tan enfadado por lo que había pasado que necesitaba estar ocupado. Cuando terminé mi jornada salí de mi despacho, mientras esperaba el ascensor pasó por mi lado Claudine, que como no, se me volvió a insinuar y esta vez no dije que no. Necesitaba descargar, así que le dije que fuéramos a su casa. Vivía cerca de la oficina. Según entramos en el edificio nos metimos en el ascensor, la empuje

rápidamente y apretamos el botón, ésta se lanzó sobre mí y me metió la mano en mi pantalón el cual ya estaba bastante abultado. Luego me llevó hasta la puerta de su casa, una vez entramos me quitó el cinto y me bajó los pantalones junto con los calzoncillos, me agarró y la apretó mientras me trataba de masturbar. Entonces yo, la puse de espaldas a mí, le subí la falda y le arranqué el tanga, la penetré de golpe mientras ellas jadeaba. No quería que ella llevara el control, quería ser yo, las sacudidas y empellones eran cada vez más y más fuertes. Le agarraba de la cintura fuerte, entonces los dos nos dejamos ir. Luego me fui al baño, me lave me puse en pantalón y me fui, Clauidine fue corriendo detrás de mí para pedirme que me quedara.

— No te vayas, quédate un rato más. —dijo agarrándome del brazo.

— Ya has tenido lo que querías, ¿no? Te agradezco este polvo, lo necesitaba, pero no ha sido más que eso. Olvídalo y sigue con tú vida.

— Yo creía que íbamos a seguir viéndonos. —dijo poniéndose delante de la puerta.

— Claudine, hemos follado nada más, cosa que no se volverá a repetir. No comentes nada en la empresa, por favor.

Salí de allí sin mirar atrás. Tenía que llegar a casa y descansar, llevaba varias noches con la misma pesadilla y no lograba conciliar el sueño.

Por la mañana, me levanté con dolor de cabeza. Cuando me acosté logré dormirme, pero de madrugada volvieron esas pesadillas, y cada vez que me volvía a dormir volvía a tenerlas.

Como siempre que me despierto con ellas, siento esa quemazón en mi garganta que me baja por la laringe y faringe. No entendía qué significaba eso. Se lo había comentado a un amigo que tengo psiquiatra y me había dicho de asistir a su consulta, pero ¿qué tendrá que ver mis pesadillas para ir a un médico? Tenía claro que si seguía así tendría que ir.

Llegué a la oficina temprano, pues me iba dar el gusto de ver a esa estúpida pedirme perdón.

Annette, ya había llegado. Como siempre llega a las siete en punto, como yo.

— ¡Buenos días! —dice al verme salir del ascensor.

— ¡Buenos días, Annette! ¿Tú sobrina ya está aquí? — pregunto mirando el reloj.

— Sí, Alain, te está esperando en tú despacho. Por favor, no seas muy duro con ella.

—expone con su mirada verdosa.

— No lo seré, si ella sabe comportarse y respetarme.

— Está arrepentida, sé que se comportará como normalmente lo hace.

Voy a mi oficina, abrió la puerta y la veo sentada en el sofá. Tiene las piernas cruzadas mientras mueve un pie y juguetea con su móvil.

— Hola —dice levantándose de golpe y colocándose la falda.

— Hola, ¿ya estás ubicada? —suelto sin mirarla y colocando mi maletín en mi mesa.

— Sí —carraspea, — Ya estoy ubicada, señor Morel.

La miro por primera vez a los ojos, y realmente me parecen preciosos, los tiene negros y muy rasgados. Me parece preciosa. Luego recuerdo lo del día anterior y vuelvo en mí.

— Aún no he escuchado su disculpa —quería ver hasta qué punto llegaba.

Se mordió el labio, se agarró de las manos. Sus ojos estaban llenos de furia, estaba logrando lo que quería.

— Disculpe, señor, no era mi intención ofenderle, ni faltarle el respeto.

— Señor Morel —salté yo alzando la vista.

— Disculpe señor Morel —respondió ella entonces, mirándome como queriendo perdonarme la vida.

— Disculpas aceptadas. Que no se vuelva a repetir. Qué te quede claro que esto lo hago por Annette, si no, no estaría

hoy aquí. Ahora que ya sabes quién manda aquí ándate con pies de plomo.

— Sí señor Morel —respondió muy bajito.

— ¿Cómo has dicho? No te he oído. —si que la había oído, pero me estaba divirtiendo.

— Sí señor, le he oído —contestó exasperada.

— ¿Cómo te llamas? —dije ofreciéndole con el brazo que se sentara.

— Me llamo Colette —quedándose pensativa.

— Colette, ¿qué?

— Mercier, Colette Mercier.

— Perfecto, por el momento es todo, Colette, te puedes retirar.

Se levantó de la silla, se volvió a estirar la falda, agarró su chaqueta y su bolso. Me miró muy seria y salió de mi oficina muy digna. Me sentía triunfador, aunque aún no le había devuelto lo que me había hecho, y eso lo tenía ya preparado.

Después de muchas reuniones, salí a tomar un café. La cabeza estaba a punto de explotar.

Tantas noches sin apenas dormir bien me estaban pasando factura.

En la sala donde todos se tomaban un descanso, me encontré con Annette, y a su lado estaba la nueva, era el momento de mi revancha.

Me senté con el periódico y con mi café. Colette, estaba de pie junto a la ventana hablando por el teléfono. Annette ojeaba unos papeles, aproveché que Bernard, el chico de los recados acababa de entrar a por un café.

— Bernard —lo llamé.

— ¿Dígame, señor? —contestó el muchacho tímidamente.

— ¿Cómo te va? ¿Te has adaptado bien?

— Sí, estoy muy agradecido por esta oportunidad.

Mientras este me contaba sus cosas, observaba a la nueva cuchichear, estaba esperando a que terminara de

hablar. Se movía de un lado a otro. Una vez colgó, miró hacia donde yo estaba sentado y evitó mirarme a los ojos.

Entonces fue a contarle algo a Annette, tenía que pasar justo por donde yo estaba con Bernard.

— Necesito que lleves unos papeles que tengo en mi oficina a la segunda planta, ve allí y recógelos, es algo urgente.

— Sí, enseguida voy —dijo este.

En ese momento aproveche, Colette, estaba apoyada en la mesa, le hice un traspiés a Bernard para que tropezara y como tenía planeado, le vertió todo el café en la camisa a Colette.

— Discúlpeme, por favor. Me he tropezado —dijo Bernard mirando para ella.

— Me has empapado, y no tengo otra. Fíjate por donde vas, por favor. —respondió.

— Ya te ha dicho Bernard que fue sin querer. No hace falta que te pongas así.

— Con todo el respeto, señor. Ahora estoy en mi momento de descanso y por lo tanto no tengo porque decirle amén a todo. Este chico me ha manchado y estoy en mi derecho de reprenderlo.

— ¿Cómo has dicho? —escupí.

— Vámonos Colette, tengo una camisa de repuesto en mi oficina —interrumpió Annette.

Y se la llevó de allí. Estaba claro que entre los dos íbamos a tener guerra.

Me gustaba la sensación de hacerla rabiar y sus caras. Hasta ahora, jamás nadie se había atrevido a enfrentarme, todos me decían amén, me aburría bastante, la verdad.





5

COLETTE

Nunca, jamás en mi vida nadie me había sacado tanto de mis casillas como este tipo ¿pero, quién demonios se creía que era? Porque me frenó Annette, si no hubiera salido calentito.

Apuesto lo que sea a que fue él y no Bernard quien me tiró el café, claro como yo se lo derramé el día anterior. No sabe con quién se enfrenta, si quería guerra la iba a tener, ni más faltaba.

— A ver, ¿en qué piensas? —pregunta Annette mirándome de soslayo.

— En el tipejo que tenemos por jefe. ¿Pero quién demonios se ha creído que es? Menudo cretino.

— Para eso estás aquí, para averiguarlo. Debes meterte en su vida, saber todo de él. —dice atusándose el pelo

— Pero si no le soporto, ¿cómo voy a meterme en su vida? ¿De qué manera? — contesto mirando hacia el techo.

— Se supone que estás aquí para sustituir a una chica que se marchó, ¿Sabes porque se marchó? —pregunta mirándome por encima de sus gafas color rojo.

— No me digas, ¿por él?

— Exactamente. Le hizo la vida imposible, trabajaban juntos, pues ella era su mano derecha, pero es tan duro y despiadado que no aguanto la presión y se marchó.

— Ósea ¿qué debo trabajar con ese tipejo codo con codo? —dije abriendo mucho la boca.

— Así es. Y cuando estés dentro debemos averiguar todo, donde va cuando sale de aquí, sus hobbies, todo — respondió dándome una libreta.

— Pero, ¿cómo voy hacer eso? Madre mía que difícil con alguien tan imbécil.

— Tú eres la profesional. Un nuevo reto para tu carrera.

Lo tenía claro, iba a trabajar al lado de míster ego, que maravilla, yupi. Pero tenía claro, no me iba a dejar pisar.

Después de cambiarme de camisa tuve que ir a la oficina del señor, así qué llevé mi caja con alguna pertenencia.

— ¿Cuál es mi mesa, señor? No he visto ninguna — dije con pereza.

— Tú mesa es esa que está hasta arriba de papeles, límpiala y toma tu lugar. — respondió señalando a un montón de papeles que había. La mesa no se veía de todo lo que había encima. — ¿Y qué hago con todos ellos?

— Archivarlos, por supuesto. No te vas de aquí hasta que no lo hayas hecho.

— Con todo el respeto, señor. Yo me voy a mi hora, no tengo por qué recoger algo que tenían que haber hecho otras personas, no soy su chacha.

Alain cerró los puños, se le inflaron sus cachetes y luego soltó el aire despacio.

— Te recuerdo que este es tu trabajo y si no te gusta ya sabes dónde está la puerta.

No volví a abrir la boca en lo que quedó de mañana, él se marchó a comer algo, según escuché decirle a su secretaría, oportunidad que tuve para abrir su ordenador. Antes revisé sus cajones, solo veía documentos de la empresa. El último cajón estaba cerrado con llave.

En su portátil había una carpeta, pero para acceder a ella era necesaria una contraseña, necesitaba ganar confianza por mucho que me pesara.

Escuché su voz fuera, me levanté rapidísimo y me fui a mi mesa. Ya tenía casi todo organizado, menos mal que siempre me ha gustado el orden.

Abrió la puerta y me miró, observó todo mi espacio y creí haber visto cómo se elevaba levemente la comisura de su labio.

— Puedes ir a comer algo, tienes una hora —dijo desabrochándose la chaqueta.

— Gracias, señor —respondí sin mirarlo.

Fui directamente a la oficina de Annette para ver si venía conmigo. Me hizo una señal de que acababa la llamada y bajábamos.

Había oído que en la cafetería donde ocurrió el incidente con Alain tenían unos sándwiches buenísimos, así que fuimos ahí.

— Estoy frustrada —dije a Annette mientras nos traían las bebidas.

— Empezaste hoy, tienes que tomarte tu tiempo, y sobre todo conseguir que él confíe en ti.

— No es tan fácil, es muy borde —alcé la mirada al techo.

— ¿Te digo algo? Hasta yo estoy sorprendida, Alain es muy frío y calculador, no tiene paciencia con la gente, sin embargo contigo sí la ha tenido, a pesar de que ayer os enfrentasteis, consintió que te quedaras, y además hoy también le has respondido y sin embargo sigues aquí. No sé por qué, pero aprovecha —me cuenta llamando a la camarera.

— ¿Y qué hago para llamarle la atención y que se suelte un poco conmigo?

— Según se, le gusta mucho la música clásica, sobre todo *Chopin*, es su favorito. Todo lo que tiene que ver con el siglo XVIII le encanta, el motivo no lo sé. Le gusta montar a caballo, algunos fines de semana se va a *Le Circuit de L'Authion.*

— ¿Y tiene alguna novia o algo parecido? Como su mujer está desaparecida —necesitaba saber cosas que me llevaran a algún lugar.

— Es un mujeriego, a ver que no salga de aquí, por favor, según me han contado le gusta

os juegos sexuales con mucha compañía —dijo poniendo cara de asco.

— ¿Cuando dices en mucha compañía te refieres a orgías?

— Exacto, no te enamores de él, Colette, ten cuidado —me agarró las manos.

— ¿Yo, enamorarme de él? No te preocupes. No lo voy a hacer, un tipo así no me atrae nada.

— Como habrás visto, es muy guapo —contestó mirándome a los ojos.

Obviamente no estaba ciega y el señor, no estaba nada, nada mal. Ojos azules, pelo oscuro y bien marcado debajo de ese traje, si era sincera, jamás me había llamado la atención un hombre tanto como él, pero no, definitivamente no me liaría con un supuesto asesino.

— Sí, es guapo, pero vamos a ver, se sospecha de que puede haber matado a su mujer, es borde, engreído, mujeriego, sin sentimientos y encima le da a las orgías. No es el tipo de hombre con el que yo he soñado, la verdad.

Annette, se empezó a reír de mi comentario. Por fin nos trajeron los sándwiches, estaba muerta de hambre, y como bien había oído, estaba delicioso.

Volvimos a la empresa. Cuando me disponía a entrar a la oficina, escuché voces, una mujer estaba gritándole a Alain, pegué la oreja sin ser vista. La mujer le recriminaba algo de que no podía fallársela y luego irse como si nada, ella no era una puta. Alain hablaba más bajo, pero escuché decirle que le había advertido que él solo iba a tirársela esa vez y luego como si nada, pero ella seguía y seguía. Escuché pasos hacia la puerta, entonces me aparté y llamé a ella como quién no quiere la cosa.

Alain me abrió y me dijo que pasara. La mujer se me quedó mirando de arriba a abajo, luego le gritó que quien demonios era yo.

— ¿Qué es, tu nueva zorrita? —dijo señalándome.

Alain la miró furioso, luego miró para mí. Yo me sentía muy incómoda, más que nada porque no era mi estilo callarme y estaba deseando contestarle.

— Por favor, llama a seguridad y a recursos humanos —soltó Alain mirándome.

— De acuerdo —contesté levantando el audífono.

La mujer cortó mi llamada y tiró el teléfono al suelo, luego me miró y levantó la mano, tenía intención de pegarme. Entonces sí que reaccioné, no se lo iba a permitir. Le agarré del brazo y se lo giré, yo había estudiado defensa personal, la tumbé sobre el escritorio y le dije pegada a su oído que jamás de los jamases volviera a levantarme la mano, que si tenía problemas fuera al psiquiatra. Ella pataleaba. La solté, entonces se agarró el brazo y fue hasta Alain que estaba plantado mirándome, en su cara no había enfado, todo lo contrario.

— ¿Vas a permitir que esta zorra me ataque? —gritó furiosa.

Me acerqué a ella, esta se escondió detrás de Alain que por primera vez le vi aguantándose la risa, este hombre sabía reír.

— Señorita como se llame, zorra lo será usted. Yo trabajo en esta empresa, trabajo para el señor Morel, no soy ninguna zorra, a diferencia de usted no me abro de piernas con el primer hombre que me encuentro —dije mirándole a él.

Levanté el auricular y llamé a recursos humanos y luego a seguridad. Debía de ponerme del lado de Alain, tenía que sacar información de él.

Me enteré de que esa chica se llamaba Claudine y trabajaba en la planta baja para un colega de Alain. Este se encargó de darle su finiquito y prohibirle entrar en la empresa.

Antes de que se marchara, me acerqué a ella y me disculpé por haberle torcido el brazo.

— Solo te digo que tengas cuidado con él, es un lobo que solo quiere comerse a sus presas. Ahí donde le ves tan

guapo, es un maldito despiadado, me folló y luego mira me despide.

— ¿Él te obligó? ¿Te ha pegado en algún momento? ¿Es agresivo? Lo digo por cómo te pusiste con él —dije tratando de disimular.

— No, no me obligó, yo tenía ganas de estar con él desde hace mucho tiempo. Nunca me ha pegado, no ha sido agresivo, es frío, y oculta algo, no deja que nadie vaya a su casa, es cierto que del amor al odio hay un solo paso, te odio
—gritó Claudine mirando a Alain que estaba saliendo de su oficina.

— ¿Todavía estás aquí? Lárgate ya si no quieres que los de seguridad te saquen. Ten dignidad. Colette, ven al despacho.

Esta desapareció y yo volví a entrar en mi jaula de tortura.

— Lo que ha pasado aquí no se va a volver a repetir. Es la primera vez que una loca de estás viene a montarme un escándalo. Gracias por ayudarme.

— Si le soy sincera, me da pena esa muchacha. Las mujeres no somos un trozo de carne que nos usan y nos tiran, y no debería meterla con gente del trabajo. —dije mirándole fijamente, esta vez sus ojos azules se habían vuelto oscuros.

Cuando fue a responderme le llamaron por teléfono, así que aproveché para irme, ya había finalizado mi jornada laboral.

Llegué al hotel y fui directamente al baño, necesitaba darme uno relajante. Abrí el agua caliente, cogí una mini botella de vino del mini bar y me metí en ella, no quería saber nada de nadie. Después tenía pensado buscar información de Alain para ir atando cabos.

Cerré los ojos y de pronto vi todo oscuro, sentía que gritaba pero nadie me escuchaba. Corría y corría sin rumbo. De pronto había luz y estaba dentro de una habitación con niños, estos estaban enfermos, ardían en fiebre, no sabía quiénes eran esos niños. De repente me empecé a sentirme

mal, débil, mis piernas me temblaban, mis pulmones estaban cargados, no podía respirar, me faltaba más y más el aire, me sentía muy débil, mi visión se hacía cada vez más borrosa, solo alcanzaba a ver una figura masculina, pero no lograba verle la cara, y de pronto todo se volvía oscuro de nuevo.

El teléfono sonó y me desperté, estaba en la bañera y había vuelto a tener esa maldita pesadilla, cuando fui a responder no podía, sentía que me faltaba el aire. Siempre me pasaba igual cuando soñaba eso. La llamada se cortó y volvió a sonar el teléfono.

— Sí, ¿quién es? —respondí cogiendo aire muy despacio.

— Colette, ¿eres tú? —Esa voz, no podía ser otra, Alain.

— Sí, ¿señor Morel, es usted?

— Sí, soy yo. ¿Estás bien?

— Disculpe, estaba medio dormida —contesté, —¿Qué desea?

— Su jornada no acaba hasta que yo no salgo de la oficina —me terminó de despertar.

— Lo siento, Annette, me dijo que a las cinco era mi hora de salida. Cuando me fui eran las cinco y media.

— Por esta vez pasa, pero ya lo sabes para la próxima. Necesito verle hora, es algo urgente, sino, no te molestaría.

— ¿Dónde necesita verme? —contesté de mala gana.

— Te voy a dar una dirección, es una cena conmigo otro socio y un cliente, y necesito que tomes nota y me ayudes. Ese es tu trabajo, por eso te contraté.

— De acuerdo, me visto y voy para allá.

— Ponte algo elegante, por favor. Te mando la dirección por mensaje.

Cuando fui a responderle ya había colgado. Maldita mi suerte, tenía que verle, con lo débil que me dejan esas pesadillas.

Me puse un vestido verde esmeralda, tenía el escote en forma de corazón y era aterciopelado, ese vestido me lo

regaló mi amiga Chantal en mi último cumpleaños. Me puse unos tacones negros y me fui volando.

El uber me dejó justo en la puerta del restaurante. Tenía una gran entrada donde había flores en ambos sentidos, en el fondo estaba el restaurante, era acristalado y las mesas eran de madera maciza, me parecía realmente precioso. Justo cuando llegué a la puerta apareció

Alain, iba con un traje negro, y con una corbata roja. La verdad estaba muy guapo el condenado.

— ¡Buenas noches! —Dijo este —. Llegas puntual.

— ¡Buenas noches! Siempre lo soy —respondí.

Entramos y el metre nos guio hacia nuestra mesa, en ella había un hombre de la edad de

Alain más o menos, este era moreno con los ojos negros, ¿de qué me sonaba su cara? Sabía que de alguna revista.

— Salut, enchantée —dije saludándolo.

— Enchanté —respondió él besándome la mano.

— Él es Chevalier, un compañero y amigo —nos presentó Alain.

Me senté al lado de él. Alain se sentó enfrente de mí. Le observaba disimuladamente, parecía un hombre que aparentemente tenía todo bajo control. Era amable con la gente, pero estricto, no parecía tener sentimientos, parecía muy seguro de sí mismo. Me sorprendió mirándole, así qué no me quedó más remedio que hacerme la tonta, y hacerle creer que estaba pensando en algo relacionado con el restaurante. De pronto entró un señor enorme, era alto, gordito y con el pelo grisáceo, saludó a Alain y a Chavalier, luego miró para mí y Alain me presentó como su asistente personal. Él era Chandler Richard, un cliente que Alain quería en su empresa. Era el dueño de una cadena de joyerías y andaban buscando una agencia de publicidad para representar su nueva joya.

— ¿Qué me puedes ofrecer en tu empresa, Alain? — dijo el señor Richard sonriéndome.

— Una buena oferta, por supuesto, además de un anuncio único sobre el que mis empleados están trabajando.

— Bueno mañana lo veremos. ¿Esta preciosa mujer, dónde la encontraste? Mis empleadas no son tan bellas como ella.

Alain me miró, luego volvió a mirar a Chandler, le respondió que era nueva y era muy eficiente, aunque la verdad, en ningún momento le he mostrado nada de trabajo. La cena fue agradable, Chavalier estuvo todo el rato tratando de ligar conmigo, pero no me interesaba, me reía con sus cosas pero de ahí no pasaba. Alain, estaba todo el tiempo pendiente del señor Richard, aunque cuando su amigo se pegaba más de lo normal le miraba y solo con eso Chavalier se apartaba. Qué poder tenía este hombre sobre todos.

A las doce nos fuimos, ya era tarde y a las ocho debía estar en la empresa, el señor Richard iba a ir a la agencia y quería ideas para representarlo.

Chavalier se ofreció a llevarme pero me negué.

— Déjame, por favor. Es muy tarde para una belleza como tú. —dijo poniéndome ojitos.

— No, de verdad, me cojo un taxi, tranquilo —alcé la mano para parar uno.

— Puede irse —dijo Alain al taxista.

— ¿Pero qué hace? Era para mí, no sabe lo que cuesta coger uno.

— Te voy a llevar yo con mi chofer —respondió él.

— No, gracias —contesté mirándole fijamente.

— Te he dicho que sí y no se hable más.

El señor Richard se me acercó, me dio un beso en la mano y se fue en su coche. Me había caído de maravilla.

— Hasta mañana, bella mujer —dijo entrando en su coche.

Chavalier, se fue en su coche, antes de nada me dio un abrazo y me dijo sin cortarse que le había impresionado mi belleza.

Alain, me abrió la puerta del coche y me dijo que entrara. Luego me pidió que le dijera al conductor mi dirección.

— ¿Vives en un hotel? —dijo sorprendido.

— Sí, es que llevo poco tiempo y no encuentro un piso que se adapte a mí

— ¿Y qué tipo de casa te gusta? — curioseó quitándose la corbata.

— Una que sea tranquila, en la que haya naturaleza y por las mañanas solo se oigan los animales. No quiero bullicio. —No sé por qué le respondí eso, pero me salió de golpe.

— Vaya, tienes buen gusto. De hecho mi casa está en u n bosque. No me gusta el escándalo, me gusta la paz.

— ¡Qué suerte! Lo mismo que escuchar el escándalo de la ciudad.

La conversación fue agradable. Su frialdad era patente, pero se estaba comportando de maravilla, la verdad.

Cuando llegamos, me bajé, cuando iba a darle las gracias no estaba en el coche. Se había puesto frente a mí.

— Muchas gracias por acercarme. Que tenga una muy buena noche.

— Igualmente. Mañana te veo en la oficina. Cuando me iba a dar la vuelta, me llamó de nuevo.

— Estás muy guapa esta noche —Luego se metió en el coche y se marchó.

Me quedé plantada como idiota. En ningún momento me imaginé que fuera a decirme algo así.





6

ALAIN

La verdad no sé por qué le dije eso a Colette, la verdad que estaba preciosa, pero nada más.

No solía liarme con empleadas, y una vez que lo hice me salió rana.

Cuando llegué a mi casa, vi algo raro, la puerta donde montaba mis fiestas privadas estaba semi abierta, algo extraño porque la había cerrado bien. Entré sigilosamente, todo parecía estar en orden, no había nada fuera de su sitio.

¿Pero entonces por qué estaba abierta?

Encendí las luces y para mi sorpresa, el pasadizo secreto que unía mi casa con esa habitación estaba abierto. Ahí sí me terminé de mosquear, nadie sabía de ese pasadizo. Entré en él y fui hacia mi casa. Todo estaba oscuro pero escuchaba una música en la sala, así que antes de averiguar quién era, fui a mi cocina y abrí el último cajón donde guardaba un arma, encendí la luz, y voilá, Claudine estaba en la sala desnuda sentada en mi sofá.

— ¿Qué demonios haces en mi casa? —escupí furioso soltando el arma.

— Vaya, ¿quieres matarme? —responde riéndose en mi cara.

— Si hubiera querido ya te hubiera disparado, repito la pregunta ¿qué demonios haces aquí?

— Vaya sala de fiesta tienes montada en aquel sitio — dijo señalando hacia el lugar donde tengo la habitación de fiestas.

— Claudine, no tengo paciencia y lo sabes —dije apretando la mandíbula.

— Te seguí esta tarde, quería saber dónde vivías. Cuando vi que te volvías a ir, aproveché para entrar. Quiero una despedida a lo grande, ya que me has despedido y no quieres volver a verme, al menos fóllame una vez más.

— No caigas tan bajo, ten dignidad, de verdad. Vete de aquí.

Fui hacia donde estaba sentada, cogí su abrigo y se lo di para que se vistiera. Lo agarró, se levantó y se enganchó a mí como una serpiente. La solté y le puse el abrigo. Luego fui hacia la puerta de la calle.

— ¿Cuánto vale tu silencio? No quiero que nadie sepa mi dirección.

— Ay que aburrido me estás resultando, Alain. Te quiero a ti, así que si quieres mi silencio, mañana por la noche, tú y yo en tu cama y no me verás nunca más. Sabes mi número, espero tu respuesta.

Se marchó no sin antes darme un beso. Como demonios había sido tan estúpido de acostarme con ella, mis secretos tambaleaban por ella, y la única forma de callarla era ¿acostándome con ella?

Volví a guardar el arma, me duché, me metí en la cama, necesitaba dormir, estaba tan abrumado, no podía permitir que esa mujer me chantajeara. Cerré los ojos y me quedé traspuesto.

Estaba en un barco, el mar se movía mucho. No estaba solo, habían unos hombres conmigo, yo estaba muy preocupado, sentía una gran angustia, mi pecho estaba oprimido, por más que quisiera llegar, no llegaba. Los días eran eternos en él barco. De pronto no estoy en el barco, estoy en un lugar oscuro, solo se ve con una vela, en la cama hay alguien, pero no sé quién es,

¿Un niño? no lo tengo claro, me siento muy mal, hace mucho calor, mucha humedad. De pronto algo amargo me quema la garganta, y baja por el esófago, me quema muchísimo, que horror, no lo soporto y de pronto no veo nada, no sé dónde estoy.

Otra pesadilla me invadió. Eran las cinco de la mañana y ya no me podía volver a dormir. Y esa quemazón que me estaba volviendo loco. Encima el problema con Claudine.

A las siete llegué a la oficina. Me senté en mi silla y ojeé el ordenador. No lograba concentrarme. Necesitaba dejar la mente en blanco, así que me apoyé en mi mesa, tenía que relajarme.

— Buenos días —me sorprendió de pronto Colette.

— ¿Qué haces aquí tan temprano? —pregunté sobresaltado.

— Disculpe, no quería molestarle, es que en el hotel ya no hacía nada. No duermo mucho, entonces prefiero aprovechar el día. —me ofreció un café.

— Gracias. Me gusta la gente con iniciativa.

— A mí también —respondió sin quitarme la mirada.

Normalmente mi mirada inquieta a la gente al punto de que o me la evitan o incluso otras personas se han puesto a llorar. Pero esta mujer me la mantenía sin temor alguno.

— Los archivos no están muy ordenados que se diga, eh. —quería molestarla.

— No es mi deber colocar los archivos que debería hacer su secretaría, yo estoy aquí para ayudarle en otras cosas.

— Tú lo de ser prudente no sabes que es, ¿verdad? Eres descarada, atrevida, y desafiante.

— Como usted, simplemente trato como me tratan. — soltó sin ningún temor.

— Colette, no pases tus límites. —dije mirándola.

— Alain, no los pases tú.

— ¿Me has tuteado? —dije sorprendido, Nadie se atrevía.

— No estoy en horario laboral hasta las ocho, así que sí, te tuteo. Luego ya la cosa cambia. Le he dicho que trato como me tratan. Si me respeta yo le respetaré y el trabajo será más ameno, cómodo para los dos.

Iba a responder, pero de pronto su teléfono empezó a sonar y tenía puesto a *Chopin*, algo que me agradó.

— ¿Escuchas a *Chopin*? —pregunté.

— Sí, me encanta. De hecho todo lo que tenga que ver con el siglo XVI.

— ¿De verdad? A mí también.

Estuvimos un rato hablando de esa época, de la música, de los reyes. Por fin alguien que le gustaban esas cosas como así, ya no me sentía el bicho raro.

De pronto, Annette, entró en mi despacho. Tenía cara de angustia.

— ¿Qué pasa? ¿Por qué tienes esa cara? —pregunté levantándome del sofá donde estaba sentado con Colette.

— Alain, afuera está la policía, dicen que vienen a detenerte.

— ¿Qué? ¿Por qué? —dije moviéndome de un lado a otro. No lo entendía.

En ese momento abrieron la puerta y entraron, estos fueron hacia mí no entendía qué estaba pasando.

— Señor Morel, queda destino por el asesinato de la señorita Claudine Thomas.

Me quedé petrificado, ¿muerta? no entendía porque creían que yo había matado a Claudine.

Colette y Annette me miraban petrificadas, el resto de empleados murmuraban por lo bajo, no podía creer que me estaba volviendo a pasar esto.

Pedí a Annette que llamara a mi abogado, no tenían ninguna prueba que me inculpara.

Cuando llegué a comisaría me interrogaban una y otra vez, pero no diría nada sin estar en presencia de mi abogado.

— Señor Morel, acaba de llegar su abogado —dijo uno de los policías que me estaba interrogando.

Mi abogado entró con su maletín y su gran seguridad, es el mejor de la ciudad y siempre me ha ayudado muchísimo.

— Por favor, —dijo él nada más entrar — Necesito hablar a solas con mi cliente.

Los detectives que estaban conmigo nos dieron media hora para poder hablar tranquilamente.

— Alain, ¿qué demonios ha pasado? —pregunta sentándose y abriendo su maletín para sacar todos los papeles.

— Adrien, te juro que no lo sé. Han entrado en mi empresa y me han detenido acusándome de asesinato — respondí moviéndome inquieto en la silla.

— Ayer despediste a Claudine, y de madrugada aparece muerta en mitad de un parque.

¿No la volviste a ver fuera de la empresa? —dijo mirándome a los ojos.

— Sí, la vi anoche en mi casa.

— Joder, Alain, la has cagado. —contestó mirando el teléfono.

— A ver, Adrien, ayer tuve una cena de negocios, a la una llegué a mi casa aproximadamente, cuando entré había alguien, fui silenciosamente al interior y sí cogí mi pistola, alguien estaba dentro, cuando vi que era Claudine bajé el arma.

Hablamos ¿qué, cinco minutos?, diez lo máximo y luego se marchó. No he hecho nada, por el amor de Dios —dije exasperado.

— ¿No había nadie más contigo?

— No, estaba solo. Después me duché y me metí en la cama. Me desperté sobre las cinco y a las siete ya estaba en la empresa. Puedo demostrarlo porque a esa hora estaba conmigo Colette, mi nueva mano derecha.

— De acuerdo, contactaré con ella. Claudine apareció muerta a las seis y media de la mañana, llevaba sin vida una media hora.

Le facilité a mi abogado el teléfono de Colette, ella era la última que me vio y la primera también. Estaba ya bastante harto de todo lo que giraba en torno a mi vida.





7

COLETTE

Cuando llegué a la oficina eran las siete de la mañana, Alain ya estaba en su despacho, así que como me convenía llevarme bien con él y ganarme su confianza le llevé un café.

Estaba tumbado sobre su mesa, le observé un rato, según sus movimientos y expresiones, ese hombre estaba atormentado. Después de tantos años de trabajo de investigación conozco poco más o menos la conducta de otros.

Estuvimos un rato hablando y parecía más relajado conmigo, aunque de vez en cuando me encargaba de lanzaba alguna que otra pulla.

Cuando Annette, entró para decirnos que la policía estaba fuera y venían a por él, algo dentro de mí me puso en alerta. Alain, se sobresaltó y esos ojos azules se volvieron oscuros, y lejos de estar enfadado, su cara era de sorprendido, e incluso de asustado.

— Ahí tienes algo para poder investigar y llegar al fondo —dijo Annette, cuando se lo llevaron.

— ¿Pero qué quieres que haga? —contesté buscando el número de mi jefa en Marsella.

— Colette, tienes que ganarte su confianza y una vez que lo hagas, averiguar si mató también a Celine —soltó alterada Annette. — Metete en su casa, no sé hazle creer que le quieres ayudar.

— ¿De qué forma voy a hacerle creer eso? Empecé hace dos días aquí, y no nos podemos ni ver —respondí nerviosa.

— Colette, ¿voy a tener que creer que la fama que tienes en tu trabajo es todo mentira?

En ese momento me sonó el teléfono, era un número que no conocía. Me sorprendí al enterarme que el que llamaba era el abogado de Alain.

Cuando se lo conté a Annette, esta me dijo que ahí tenía la excusa perfecta para acercarme a

Alain. Me estaba metiendo en la boca del lobo y no sabía cómo iba a acabar esto.

Cuando llegué a la comisaría un hombre alto y moreno me saludó, se presentó como Adrien, el abogado de Alain.

Me condujo hasta una habitación donde estaba metido Alain, hacía mucho que no pisaba un sitio así, desde que estuve investigando a un asesino en serie unos años atrás.

Alain, se levantó cuando me vio entrar. Yo le hice un pequeño gesto con la boca, una leve sonrisa y este me lo devolvió.

— Siento meterte en esta situación —soltó rompiendo el hielo.

— No se preocupe, señor Morel — contesté sentándome frente a él.

— Colette, Alain me ha dicho que anoche estuvo contigo hasta la una —dijo su abogado mirándome.

— Sí, anoche estuve con el señor en una cena de trabajo, y a eso de la una él me dejó en mi casa —dije mirando para él.

— Y esta mañana ¿a qué hora le viste en la empresa?

— Pues serían las siete menos cuarto. Era muy temprano —contesté pensando bien mi respuesta.

— Tú eres la única que puede ayudarlo. Hasta que no sepamos quién mató a Claudine, debes hacernos un favor — expresó Adrien.

— ¿Cuál? —respondí atenta.

— Hasta que todo se solucione ¿podrías decir que dormiste en su casa? —dijo su abogado mirándome fijamente.

— Eso es perjurio, ¿no?

— Lo sé, y no suelo trabajar así, pero mi cliente no es el asesino y no pienso parar hasta averiguar quién le quiere hacer pasar por ello.

Me levanté de la silla y fui hacía la ventana, miré fijamente por ella, necesitaba pensar que iba a responder. Me estaba pidiendo su abogado que mintiera por él, pero la realidad es que yo estaba ahí para averiguar qué había pasado con su mujer ¿y si esta era la excusa perfecta para averiguarlo? Era mi oportunidad.

— De acuerdo. Lo haré —dije mirando a su abogado.

Alain, que había estado callado en todo momento de observador, por fin habló.

— No puedes pedirle eso, Adrien. No quiero meterla en esto. No sabe nada de mí ni y de ella.

Entonces decidí arriesgarme. Necesitaba que confiara en mí, aunque no nos conocíamos de nada.

— Puede confiar en mí. No le voy a traicionar. —dije mirándole.

— No me conoces. No sabes nada de mí, ni yo de ti.

— Lo sé. Sólo sé qué es alguien un poco pedante y chulo. Qué le están acusando de un delito y si quiere llegar a la verdad tendrá que confiar en mí —respondí provocándolo.

— ¿Ves? Nos llevábamos fatal. ¿Cómo vas a poder ayudarme?

— Empezamos con mal pie. Soy cabezota y tengo carácter, al igual que usted. ¿Qué tal si empezamos de nuevo? Me llamo Colette Durand.

Alain, me miró, luego miró a su abogado. Se volvió hacia mí y me tendió su mano.

— Encantado, soy Alain Morel

Y no sé qué pasó ahí, pero una descarga eléctrica pasó de su mano a la mía. Era algo extraño, una energía que iba

de uno a otro, y no era una energía fea, todo lo contrario. Jamás me había pasado algo así. Pero su tacto me resultó familiar. Adrien, nos habló y ambos bajamos la mano, que aún estaba conectada.

— Bueno, pues ahora necesito que digas que pasaste la noche en su casa. No tiene por qué ser en plan rollo. — expresó Adrien.

— Puedo decir que era muy tarde y que como soy muy responsable en mi trabajo quería ultimar los detalles de la reunión de hoy.

— Me parece bien, y dormiste en el cuarto de invitados. Estuvimos un rato preparando todo, luego la policía me interrogó y al no tener pruebas directas contra Alain, lo soltaron.

Estaba bastante preocupado por su empresa, la reunión con el señor Roberts era ese día y con lo que había pasado, este se había echado para atrás.

Adrien, le dijo que fuera a su casa ya que con el escándalo era mejor que lo dejara enfriar unas horas. Yo le apoyé, entonces Alain me dijo que fuera con ellos. Necesitábamos preparar todo.

Cuando entré en ella me sorprendió bastante, era un palacete precioso, bien cuidado, pensé que sería la típica casa de un hombre misterioso como él lo era.

— Colette, nos has ayudado, pero no puedo pedirte que nos ayudes más, no tienes experiencia en estas cosas y puedes correr peligro —dijo Adrien.

Si él supiera a lo que de verdad me dedico…

— No se preocupe, mis padres eran detectives y tengo la táctica en la piel. Crecí con ello.

Adrien, estuvo preguntando por sus enemigos, que según parecía eran unos cuantos. En los únicos que podía confiar era en Adrien y en Chevalier, su mejor amigo. Adrien contactó a este para contarle lo ocurrido y de inmediato se interesó por ir a casa de Alain.

— Alain, ¿puedo preguntarte algo? —curioseé.

— ¡Por supuesto! —respondió mirándome.

— ¿Confías en tus empleados? Puede existir alguien que te tenga manía y quiera hacerte daño.

— Todos son de mi confianza. En los años que llevo en la empresa me han mostrado su fidelidad —dijo pensativo.

A la hora apareció Chevalier para mostrarle su apoyo. Cuando me vio se pegó a mi como un imán, me parecía muy simpático pero algo empalagoso.

— ¿Qué haces aquí, bella, Colette? —preguntó el zalamero.

— Ayudando a mi jefe —contesté.

Mientras los tres hablaban de lo que posiblemente pudo pasarle a Claudine, yo llamé a Annette para contarle lo que había pasado.

— Esa es tu oportunidad, no la dejes escapar.

Luego llamé a mi tía, quería saber cómo estaba. Ella siempre fue lo más importante para mí.

Cuando colgué me senté en el sillón que estaba frente a Alain y por primera vez pude ver su expresión un poco más relajado.

— ¿Cuantas veces tuviste sexo con ella? —preguntó Chavalier.

— Una. Ella siempre había estado detrás de mí. En la empresa se me insinuaba .Yo siempre la respeté, hasta hace unos días, fuimos a su casa y tuvimos sexo.

—respondió mirando para mí de reojo.

— ¿Sabes si tenía novio, marido? No sé, alguien quisiera hacerle daño por haberse acostado contigo. —pregunté de pronto. Mi vena periodística no me dejaba estar callada.

— Nunca me habló de novios ni maridos —contestó.

— Me voy, mañana hablamos, tengo que terminar algo del trabajo —dijo Chavalier poniéndose su chaqueta. — ¿Te llevo? —me dijo.

— No, tenemos que acabar algo —respondió por mí Alain.

— De acuerdo. ¡Hasta mañana!

— Yo me voy también, voy a hacer un par de llamadas.
Mañana te cuento cómo ha ido todo —dijo Adrien.

Igual que estaba la casa llena de gente nos quedamos solos, en silencio. No sabía bien qué más podía hacer allí.

— Yo también me marcho. Tiene cara de cansado. Le dejo descansar.

— No, no te vayas aún. ¿Te gusta la comida tailandesa?

Voy a llamar para cenar algo.

Quédate, por favor.

— De acuerdo, luego me voy.

Me estaba arriesgando demasiado. ¿Y si de verdad era el asesino? Estaba en la boca del lobo.

— Sé que me miras con miedo, no debes tenerlo. No soy un asesino. Puedo ser un ogro, un engreído, algo soberbio, pero no un asesino.

— No le tengo miedo. Si lo hubiera tenido, no me hubiera enfrentado a usted —respondí.

— Me puedes llamar Alain, por favor. En la empresa acepto que me llames de usted, pero aquí prefiero que me llames por mi nombre, ¡por favor!

— Está bien, Alain. No te tengo miedo —dije riéndome.

Cenamos tranquilamente. Yo hablé un poco de mí, bueno no era cien por cien verdad todo lo que le conté. Me estaba haciendo pasar por su empleada para investigarlo, así que tenía que mentir en algunas cosas. Le conté que nací en Niza, omití que me crio mi tía y que mis padres murieron. Lo que sí le conté es que amaba la historia, la música, todo. En ese momento se relajó, así que aproveché.

— Escuché que estás casado, ¿es cierto? —solté así sin filtro.

— Has escuchado bien —dijo sirviéndome más vino.

— Y estando casado, ¿te acuestas con otras? Estaba bebiendo y se atragantó por la pregunta.

— Perdón por mi atrevimiento —disimulé.

— Perdonada. No hablo de mi vida privada, disculpa — contestó mientras se limpiaba la boca por el vino.

— Entiendo. No te preocupes.

— ¿Y tú qué? ¿Estás casada, tienes novio?

— No, no hablo de mi vida privada, quiero decir — respondí ambiguamente.

Se me quedó mirando fijamente y yo a él. Este hombre era guapo de narices. Lo había visto del lado ogro, pero viéndolo bien, su cara era muy masculina, muy marcada, era muy varonil.

Esos ojos azules como el cielo, y su boca, tan marcada.

¡Stop! Colette.

— Bueno ahora sí que sí, me voy. Gracias por la cena —dije levantándome. — Voy a llamar a un taxi.

— De eso nada. Te llevo yo—saltó él de pronto.

— Es tarde, tienes cara de cansado. —respondí.

— No te preocupes. Duermo muy mal. Necesito que me dé el aire.

Entré en su *Porsche* olía a nuevo. Como me gustaba esa clase de coches. Encendió la radio y metió un CD, era *Chopin*, la nocturna, para ser exacto. Cerré los ojos y me dejé llevar por la música. No sé por qué, pero siempre que la escuchaba me transportaba a esa época, me veía

Bailando, no sé cuánto tiempo pasó hasta que abrí los ojos sobresaltada.

— ¿Estás bien? —preguntó Alian.

— Sí, disculpa. Me metí tanto en la música que me asusté.

— No te preocupes, a mí me pasa igual. Hemos llegado a tu casa hotel. —contestó sonriendo.

— Gracias, espero que descanses. ¡Buenas noches!

— ¡Buenas noches! y gracias.

Cuando entré en mi habitación llamé a mi jefa, era tarde pero siempre respondía el teléfono.

Le conté todo, me felicitó por haberme ganado un poco su confianza. Según ella iba muy bien, según yo no había avanzado mucho. No me había contestado nada de si estaba casado, cosa la cual me molestaba. Necesitaba que se abriera conmigo.

Abrí mi ordenador y busqué información sobre Claudine. El tiempo que llevaba en la empresa, sus amigos, vecinos, etc…

Hablé con Annette y me envió la dirección de Colette. Iba a ir a hablar con sus vecinos y compañeros de piso. Necesitaba averiguar.

A las seis ya estaba despierta, no había pegado ojo. Me duché, bajé a desayunar. Luego fui a casa de Claudine, necesitaba encontrar a su compañera de piso.

Llegué a su edificio, estaba muy cerca de la empresa. Al entrar me sorprendió, pues no era un edificio cualquiera, era muy elegante, Tenía unos grandes techos, y en medio un ascensor de esos antiguos que no dan nada de claustrofobia. Era muy señorial. Cuando subí al cuarto piso, me encontré con dos puertas muy macizas, se escuchaba música en uno de los pisos, cuando verifique el número y la puerta, confirmé que era la casa de Claudine, así qué llamé.

Me abrió la puerta una chica morena con el pelo corto, iba vestida de sport.

— Hola, ¿en qué puedo ayudarte? —dijo esta.

— Mi nombre es Colette y era amiga de Claudine. Quisiera hacerte unas preguntas. Me gustaría saber quién acabó con su vida —respondí.

— Sí, claro. Pasa —contestó haciéndose a un lado para que pasara.

La casa estaba muy bien. Tenían muy pocos muebles, pero muy modernos. Era muy luminosa

y tenía unos techos muy altos. La chica apagó la música y me invitó a sentarme.

— ¿Cómo te llamas? —pregunté.

— Gigi, soy, bueno era la mejor amiga de Claudine — dijo apenada.

— Siento mucho lo que le paso. ¿Claudine tenía enemigos?

— No, que yo sepa. Era un encanto de chica. A ver, ella tenía sus amigos, pero estaba colada por el que la mató — contestó nerviosa.

— ¿Quién crees que la mató? —pregunté.

— Alain Morel. Su jefe acabó con su vida.

— A ver, empecemos por el principio. Claudine, además de verse con el señor Morel, se veía con alguien más.

— Ella estaba colada por él, pero este solo le echó un polvo y luego le dio la patada.

Pero sí, ella tenía un amigo con derecho a roce, se veían de vez en cuando, pero no era nada serio.

— ¿Me puedes decir el nombre de ese hombre? —dije con curiosidad. Necesitaba averiguar todo.

— No lo sé. No se veían aquí. Jamás me lo presentó. Lo único que me dijo es que era un hombre guapo, con dinero

—contestó encendiéndose un cigarrillo

— ¿Y no pudo ser él quien acabó con su vida? — expuse.

— No, fue Morel. Seguro que quería vengarse por él escándalo de su empresa. Llegó muy alterada y llorando, me contó lo que había ocurrido en la oficina, de qué él la humilló delante de todos. Yo le pregunté qué iba a hacer ahora. Me dijo que esa noche iba a ir a su casa —se levantó y fue a una habitación. Salió de ella y me mostró un gemelo.

— ¿Y esto de quién es? —pregunté mirándolo.

— De Morel. El día que se acostaron se le olvidó aquí.

— Pero eso no demuestra que el la asesinara.

— No entiendes. Cuando encontraron su cadáver, en el bolsillo de su gabardina estaba el otro gemelo.

Me quedé perpleja. La había asesinado y yo me estaba creyendo que era inocente. Me despedí de ella y me fui a la empresa. Tenía que contárselo a Annette.

Cuando subí, recordé que Alain me había dicho que ese día llegaría más tarde. Así que fui a su despacho y encendí e l ordenador. Busqué entre sus cajones la contraseña. No encontré nada. Así qué me tocaba adivinar, después de meter unas cuentas contraseñas y no ser válidas metí un nombre *Et voilá* pude entrar en sus álbumes.

Me quedé atónita cuando vi fotos de una mujer. Era muy guapa, rubia con los ojos verdes.

Tendría unos cincuenta y tantos. En otra foto estaba Alain con ella. La mujer le miraba con devoción. Él estaba un poco más joven. Encontré un video, era en algún evento, los dos estaban muy guapos, ella le agarraba de la mano, se les veía hablando hasta que ella empezaba a gritar y a pegarlo, la prensa se agolpaba para ver qué pasaba y a está s e le alcanzaba decir “Alain, me engaña con otras mujeres” “Quiere acabar conmigo” Luego este se la llevaba.

Esa debía ser la noche en la cual Annette me habló. Me llamó la atención otra foto, en ella se veía a Alain sin camisa y en el costado una raja, como si estuviera herido. Me resultó muy extraño. Escuché unos pasos y seguidamente apagué el ordenador, no podía encontrarme ahí, si no perdería lo poco que había ganado con él.

— Ay, Annette, eres tú. ¡Qué susto! —dije levantándome del asiento de este.

— ¿Qué estabas haciendo? —curioseo.

— Mirando unas fotos y un video de Alain. Vi un video donde su mujer gritaba que Alain la engañaba.

— Sí esa fue la noche que desapareció —dijo entristeciéndose.

— ¡Lo siento mucho!

Le conté todo lo que había averiguado. Cuando le conté lo de los gemelos, Annette, se llevó las manos a la cabeza.

—Sabía que era un asesino. Tienes que hacer que se pudra en la cárcel —dijo agarrándome de las manos.

— Tengo que averiguar aún más cosas. Pero si es un asesino, haré que la policía le detenga. Solo necesito más tiempo y más pruebas. —contesté alzando los brazos.

— No te demores mucho, Colette. Quiero verlo entre rejas.

Me fui al hotel a trabajar. Necesitaba mi ordenador y anotar cada uno de los informes que tenía sobre él.

Estaba saturada, así qué llamé a Chantal, necesitaba hablar con una amiga. Después de contarme sus locuras y de decirme que pronto me llegaría una sorpresa, colgué. A ver

que se le había ocurrido enviarme, pues era una loquilla adorable.

Me tumbé un rato y cerré los ojos.

Tenía un calor sofocante, quería quitarme la ropa pero una chica rubia con cara borrosa no me dejaba. Me decía que estaba loca si me lo quitaba. Montaría un escándalo público. No podía enseñar los hombros. Entonces me percaté de que tenía un vestido larguísimo y unas grandes enaguas. De pronto ya no estaba ahí, estaba en un salón enorme, era una fiesta, me sentía emocionada, iba a venir alguien importante. Luego otra vez estaba tumbada en la cama y me sentía horriblemente mal, y otra vez ese hombre, esa voz, de qué me sonaba,. Él tenía pelo largo, y estaba muy marcado, pero su cara estaba muy borrosa.

Me desperté de golpe. Otra vez esos sueños, ¿pero por qué? ¿y porque cada vez que soñaba eso me sentía tan débil después?

Me levanté y seguí con los informes. Según me había contado Chevalier, era su mejor amigo.

Debía acercarme a él y averiguar. Miré el teléfono y tenía varias llamadas perdidas, entre ellas estaban Alain, y Chavalier. Preferí ignorar al primero y llamar al segundo. Después de varios tonos, me respondió.

— Por fin, preciosa, te he llamado dos veces —dijo.

— Lo siento, lo tenía en silencio.

— ¿Quedamos para cenar? No me digas que no.

— De acuerdo. Acepto ir a cenar. Aquí no conozco a nadie.

— Perfecto. Te recojo en una hora. Déjame tu dirección.

Después de colgar busqué el teléfono de aquel psiquiatra que me habían recomendado.

Estaba decidida a terminar con esas malditas pesadillas de una vez.-

Después de explicarle lo que me pasaba me hizo un hueco para el día siguiente. Un paciente la había anulado y me la cedía, y todo por ser amiga de Chantal. Por lo visto, el

primo de mi amiga había estudiado en el mismo instituto que él. Causalidades de la vida.

Luego me duché y me puse un vestido fresquito, estaba acabando el verano pero algunas veces hacía más calor que otras.

Chavalier, me llevó a cenar a un sitio muy bonito. La verdad no tenía mucha hambre, estaba un poco confundida con todo lo que me había enterado ese día.

— ¿Hace mucho que conoces a Alain? —pregunté.

— Pues unos doce años más o menos —respondió mirando la carta.

— ¿Y cómo es él?

— ¿Vamos a perder una preciosa noche hablando de él?
—contestó con sonrisa pícara.

— Es qué no lo conozco y no sé, me gustaría que alguien conocido me hable de él.

— Es un tipo duro, es frío, calculador y sin escrúpulos.
—soltó tan tranquilo.

— Vaya, y eso que es tú amigo.

— A ver, lo es, pero es tu jefe, como tal es así. Como amigo es bueno, pero no se deja abrir mucho. Le gustan las fiestas a grandes escalas. No sé si me entiendes —dijo haciendo un gesto con los ojos.

— Algo había oído —respondí haciéndome la tonta.

Cenamos tranquilos. Chavalier, me estuvo contando sus cosas, de donde era, su familia, etc…

La verdad que no es que me interesara mucho pero debía mantener el tipo.

Luego se empeñó en que fuéramos a tomarnos una copa, no me apetecía mucho, pero tampoco estaba por la labor de encerrarme en el hotel y volver a tener pesadillas.

Fuimos a un local de moda. Según me dijo iba la flor y nata de Niza. El lugar era muy bonito, la verdad.

Me pedí una copa de vino blanco y él un whisky.

— De parte de aquel señor de aquella mesa le invita a lo que quiera, señorita —me dijo la camarera de pestañas postizas kilométricas.

— No sé quién es. Dígale que no, gracias. No acepto copas de desconocidos.

Esta me miró como si fuera un bicho raro y se volvió a marchar. El sitio estaba bastante oscuro y no lograba ver bien a ese tipo.

Chavalier, había ido al baño, así qué aproveché para enviar un mensaje.

— No soy un desconocido, puedes aceptar mi copa — dijo una voz en mi oído. Sentí entonces un escalofrío.

Cuando me di la vuelta, delante de mí se hallaba Alain.

— Vaya, es usted. ¿Qué hace aquí? —proclamé mirándole a los ojos.

— Necesitaba tomarme algo. ¡Qué sorpresa! ¿Estás sola? —preguntó mirando para ambos lados.

— Pues la verdad es qué…

— Vaya, Alain, no sabía que vendrías aquí —soltó Chavalier.

— Ah, ya veo. Habéis venido juntos —dijo Alain, dándose la vuelta para irse.

— No te vayas, ¡por favor! —contesté sin pensar agarrándole del brazo.

Se dio la vuelta y me miró serio. Este hombre nunca sabía por dónde iba a salir, me daba algo de temor, ya qué era sospechoso de asesinato y la desaparición de su mujer, y más viendo las fotos que vi ese día.

— No quiero molestar. Os dejo.

Al fondo donde estaba el sentado había una morena esperándolo. Menudo tío, ya se iba a cepillar a otra.

No sé por qué, pero me sentía algo incómoda. Cada vez que miraba hacia donde estaban me sentía extraña. Alain, me miraba fijamente y yo le quitaba la mirada, sus ojos me atraían como un imán, pero ¿qué demonios?

— ¿Nos vamos? Mañana tengo un día lleno de trabajo
—dije levantándome y poniéndome el abrigo.

— Vale, pero otro día quedamos un sábado y te llevo a otro sitio aún mejor. Esta noche mi amigo va a pasarlo bien
—expuso Chevalier mirando hacia donde estaba Alain.

— Sí, imagino. Bueno estoy lista —contesté sin volver a mirar a la mesa de ellos.

Al llegar al hotel casa donde me estaba hospedando, Chevalier trató de besarme. Yo me aparté, pues no me interesaba.

— Lo siento, no lo tomes a mal, pero yo solo te veo como un posible amigo. Espero que no te molestes. Expuse tranquilamente. — Lo lamento, no quería incomodarte. No volverá a pasar.

— Gracias por comprenderlo. Y muchísimas gracias por la cena. Lo he pasado muy bien.

Ya en mi habitación me volví a sentar frente al ordenador, tenía que averiguar quiénes eran esas personas que acudían a las fiestas de Alain. estaba tan agotada que no lograba concentrarme, así que me tumbé, ojalá no tuviera más pesadillas de esas.

Cuando llegué a la consulta me sentía un poco nerviosa. No sabía que me esperaría. Llevaba mucho tiempo con esos sueños y a excepción de mi tía, de Amelie y Chantal, nadie más sabía de ellos.

Al entrar me encontré una gran recepción con una mesa de cristal en medio. Enfrente había una mesa enorme, era la recepción. Al lado una sala muy grande con sillones de cuero blancos, era la sala de espera.

— ¡Buenas! tengo hora con el señor Pierre Dubois. Soy Colette Durant.

— Hola, señorita. Rellene por favor estos papeles, el señor Dubois le atenderá enseguida, en cuanto acabe con un paciente.

— De acuerdo.

Mientras esperaba, envié un mensaje de *Whatsapp* a mi tía y a Chantal, querían saber cómo iba a irme todo en el primer día con el psiquiatra.

Estoy muy nerviosa. No sé qué me va a solucionar a mí un psiquiatra, pero lo hago por vosotras.

Luego puse en teléfono en silencio. De pronto un adolescente salió de una habitación y detrás de él un señor

de unos cincuenta y tantos años, debía ser el señor Dubois, el hermano de

Chantal es mucho mayor que ella y si estudió con él por edad tenía que ser ese.

— Señorita Durand, ya puede pasar —dijo sobresaltándome la chica de recepción.

Cuando entré en la habitación había una gran luz. Había también un sofá, y una gran mesa que iba de una esquina a otra. Sobre ella había una gran grabadora, y muchos libros de psicología. Era muy cómodo, la verdad.

— ¡Buenos días! ¿Cómo prefiere que la llame, señorita?
—dijo de pronto el psiquiatra.

— Hola, me puede llamar Colette, por favor.

— A mí me puede decir, Pierre.

Le conté por encima que sufría pesadillas desde hacía muchos años, y que estas iban cada vez a más. Cada vez que me despertaba me sentía muy mal, casi me costaba respirar. Me preguntó si había tenido una infancia difícil, le conté que me crio mi tía ya que mis padres habían muerto en un accidente cuando era muy pequeña, pero que mi infancia y en general mi vida me había ido bien, no me podía quejar.

— ¿Has oído hablar de las terapias de regresiones, Colette? —preguntó atentamente.

— ¿Regresiones? ¿A qué se refiere?

— Verás, me gusta trabajar haciendo hipnosis a mis pacientes y haciéndoles recordar algo de su pasado o bien de sus vidas pasadas.

— Verá, yo no creo en las vidas pasadas —respondí agarrándome las manos yo misma.

— Bueno, si no crees, no tienes nada que perder, ¿no?
—dijo sonriendo.

— Ya, pero no sé, me da un poco de miedo.

— ¿Por qué has venido si no?

— Quiero averiguar el porqué de esas pesadillas — contesté muy nerviosa.

— Pues confía en mí. Todos y cada uno de mis pacientes, salen contentos y sin ningún tipo de problema.

Después de estar un rato pensándolo, me dije a mí misma que no tenía nada que perder. Yo soy una periodista de investigación ¿asustada por una regresión? Además quería demostrarle a él y a Amelie que esas cosas eran tonterías.

— Acepto. Hágame usted las regresiones que quiera.

— Perfecto. Necesito que te tumbes en el sofá, tienes una manta limpia en ese cesto —expuso Pierre.

Hice lo que me dijo, me tumbé en el sofá y cerré los ojos. Al cerrar los ojos y el doctor comenzar a hablarme, me percaté de que me era muy fácil inducirme a la supuesta hipnosis.

Sentía que mis párpados me pesaban cada vez más y más. Mi pulso y respiración fueron al mismo ritmo, me sentía relajada, tranquila.

—Colette, voy a contar hasta tres y tu subconsciente te va a llevar a un momento muy feliz de otra vida. Un, dos, tres.

— Estoy saltando de alegría, mis padres me han regalado un caballito y estoy la mar de contenta.

— ¿Cuántos años tienes?

— Diez. Soy muy pequeña.

— Muy bien, ahora vamos a pedir a tu mente que te lleve a un momento angustioso.

— Mi padre, mi padre está muy mal. Mi madre me pide que me quedé en la cocina, pero yo no quiero, tengo mucho miedo.

— ¿Qué le pasa a tu padre?

— Le han disparado, se está desangrando. Mi madre no quería que lo viera, pero me he escapado de la cocina y estoy viendo a papá. Mi madre llora desconsolada. Papá ha muerto.

— Tranquila, Colette. Ahora, cuento hasta tres y vas a volver a este siglo, te vas a despertar relajada y tranquila. Un, dos, tres.

Abrí los ojos y me sentía en calma, hacía tanto tiempo que no me sentía así. Cuando el doctor me dijo lo que había

dicho no me lo creía. Tuvo que ponerme la grabación para creerlo.

— Colette, vamos a trabajar durante un tiempo contigo, pero te aseguro que esos sueños desaparecerán.

Me dio hora para la semana siguiente. Ni estaba muy convencida de que esto me ayudaría, pero por salir de dudas accedí a seguir yendo.





8

ALAIN

Había pasado un mes desde que me acusaron de la muerte de Claudine, y nadie había podido demostrar nada. Trabajaba desde casa, ya que cuando iba a la empresa me sentía muy incómodo por cómo me miraban todos. Ya estaba un poco harto de que me señalaran con el dedo. Durante años me mantuve frío, distante y estricto en el trabajo, y no quería que de un plumazo me dejaran de respetar. Según Adrien, mejor que trabajara desde casa, pero necesitaba pisar las oficinas de nuevo, así que me decidí a ir y ver con mis propios ojos cómo estaba todo.

Al entrar todos se me quedaron mirando, el bullicio que se había formado, de un plumazo desapareció en cuanto puse un pie en la empresa.

— Bienvenido señor, Morel, —dijo una de las empleadas.

— Alain, ¿cómo estás? —dijo Annette.

— Muy bien, visitando mi empresa, viendo cómo va todo, ¿dónde está Colette?

— Pues ha ido a una reunión con el señor Richard. Después de lo que pasó no quería trabajar con nosotros. Colette ha estado detrás de él todo este mes y al final le ha logrado convencer.

— Como me alegro. Por favor, en cuanto llegué, que venga a verme a mi oficina. Necesito hablar con ella.

Entré en mi despacho y me puse a trabajar, necesitaba tener la cabeza bien despejada.

No sé si pasó una hora o tres, pero me centré tanto que se me fue la noción del tiempo, logré salir del estado de concentración cuando alguien llamó a mi puerta.

— Señor Morel, Annette, me dijo que quería verme — dijo Colette tímidamente.

— Pasa, por favor.

Entró y se quedó parada frente a mi mesa, le ofrecí que se sentara. Solo la conocía de hacía un mes, y aunque nuestro comienzo no fue el mejor pues, yo soy dinamita y ella es fosforito había algo en ella que me atraía como puede atraer la miel a la abeja.

— Me ha dicho Annette, que has logrado que Richard acepte volver a la empresa. — dije poniéndome las manos debajo de la barbilla.

— Sí bueno, no sé, no me parece justo que la empresa pierda un cliente tan importante por algo que no saben si es verdad. Nadie es culpable hasta que se demuestra la contrario.

— ¿Tú también crees que soy un asesino? —pregunté mirándola a los ojos. Quería saber qué pensaba de verdad.

— No lo sé. Voy a ser sincera con usted. No le conozco apenas, todos comentan cosas, y estoy hecha un lío. — respondió mirándome.

— ¿Me tienes miedo, Colette? —pregunté levantándome de mi silla y yendo hacia ella.

— No, si lo tuviera no estaría aquí sentada. Necesito un favor —dijo cambiando el tema.

— ¿Qué favor?

— Necesito salir antes. Estoy buscando una casa temporal y bueno, tengo que ir a ver unas cuantas.

— No hace falta que vayas a buscar ninguna casa. Quédate en mi casa de la piscina — lo dije sin pensar, nunca jamás había ofrecido esa casita a nadie.

— ¿Cómo creé? No puedo aceptar —contestó.

— Me tienes miedo —afirmé

— No le tengo miedo —dijo mirándome mosqueada.

— Entonces te quedas.

Hice que se levantará y me la llevé conmigo. Le dije a Annette que íbamos a hacer unas gestiones, que sí había una urgencia que me llamaran al teléfono.

En el coche ninguno de los dos hablaba. Colette estaba con los ojos puestos en el paisaje y yo me estaba pensando en la locura que estaba cometiendo, pero ya daba igual.

Cuando llegamos a mi casa, me bajé del vehículo y le abrí la puerta a Colette. Luego hice que me siguiera y la llevé hasta la casita de la piscina.

Cuando abrí entramos. Estaba todo tapado con plásticos y lleno de polvo. Hacía años que no usaba esa estancia. Era bastante grande. Un salón/cocina, un baño y una habitación bastante grande. Estaba pegada a mi casa, pero no lo suficiente, así podría tener un poco de intimidad.

— ¡Me encanta! —dijo Colette con una media sonrisa.

— Y a mí me encanta que te encante.

— ¿Cuánto cuesta? —preguntó levantando la ceja.

— Cien euros al mes.

— Venga ya, esto valdrá setecientos más por lo menos.

— Cien euros y listo. No acepto más. Eso sí, tienes que limpiarla un poco y decorarla a tú gusto. —dije quitando uno de los plásticos.

— De acuerdo —respondió Colette tendiéndome su mano. En el momento que la estrechamos sentí un hormigueo por todo el cuerpo. La segunda vez que me ocurría con ella.

Alguien la llamó y salió a contestar. Estaba bastante contenta con la conversación. No quise prestar mucha atención pues era su privacidad.

Colette, me resultaba una mujer muy bonita e inteligente. Lo que más me gustaba de ella es que no me bailaba el agua, todo lo contrario, no tenía pelos en la lengua a la hora de decirme lo que pensaba.

— Discúlpame, era mi mejor amiga. Resulta que está aquí en Niza. No sabía que venía, ni que estaba buscando casa y se ha presentado en el hotel.

— ¿Va a estar mucho tiempo? Le digo porqué esta casa es pequeña, en un par de día estará lista. Si te ayuda, se puede quedar contigo, mejor que un hotel —dijo quitando algunas cosas que estaban sobre la encimera de la cocina.

— No quiero abusar, de verdad.

— No es abuso. Esta es ahora tu casa. Invita a tus amigas, disfrútala. ¿Quieres que te acerque al hotel?

— Si no le importa.

— Llámame de tú, en la oficina está bien que me llames de usted, pero no estamos en la oficina.

— De acuerdo, pues si no te importa llevarme —dijo moviendo las manos.

En el coche puse la radio. Sonaba música techno, según me dijo Colette, le encantaba. No tenía nada que ver con la clásica que también le gustaba. Nunca había oído esa clase de música, pero no me disgusto.

Al llegar al hotel, había una chica muy menudita, con media melena. Juraría que había visto a esa mujer antes, pero no fue así. Quizás se parecía a alguna actriz de esas películas de época que veo.

Al bajarse ambas se fundieron en un abrazo. Parecía como si no se hubiesen visto en años.

— Alain, ella es Chantal, mi mejor amiga —dijo señalando a su amiga.

— ¡Encantado! Me alegro mucho de qué estés aquí, así Colette, no se sentirá sola.

Me despedí de ambas y me fui. Colette me dijo que había alquilado un coche y que estaba a la espera de recogerlo en un rato.

Los días pasaron muy rápido. Me metí tanto en mi trabajo que no me había dado cuenta de que ya había pasado una semana desde que Colette se había mudado. Su amiga se quedó con ella. Cuando llegaba de noche escuchaba la risa

de ambas, sin que me vieran me asomaba y veía a Colette riendo a carcajadas, me encantaba como sonreía. No sé qué me ocurría, pero cada vez que la veía me daban ganas de tenerla entre mis brazos y protegerla. Me parecía tan bonita. En el trabajo me había ayudado bastante, aunque la tenía más como mi asistente personal. Me escuchaba todo la que le decía, e incluso estaba ayudando a Adrien con las averiguaciones del asesinato de Claudine.

Mis pesadillas habían ido en aumento. Y ya no solo soñaba de vez en cuando, ahora las tenía todos los días. En ellas, además de soñar lo de siempre, veía a alguien pidiendo ayuda, me llamaban. Yo no lograba ver su cara, pero la escuchaba decir que no podía respirar, que la

ayudara. Luego volvía a sentir quemazón en mi garganta y esófago y me levantaba empapado en sudor. Me decidí y llamé al psiquiatra, quizás él si podía ayudarme, como en otras ocasiones me lo habían sugerido.

Tenía una cena con varios amigos, y quise invitar a Colette y su amiga. No sé, me apetecía que viera que soy una persona normal, con mis rarezas, que claramente esas no se las iba a mostrar, al menos no esa noche.

A las ocho llegaron mis amigos. Entre ellos Chevalier. A mis fiestas nocturnas no acudía, pero si a las cenas.

— ¿Dónde está tú inquilina? —preguntó mirando para todas partes.

— Te rogaría que la dejaras en paz. No es como las otras.

— Alain, ¿la quieres para ti? Como tú dices, no es como las otras. Déjala en paz. —respondió yéndose a coger una copa.

De pronto la vi aparecer. Estaba preciosa. Llevaba un vestido color azul que le marcaban sus bonitas curvas. Detrás llegaba su amiga, pero esta venía con un tipo que jamás había visto.

— Alain —dijo Colette, agarrándome del brazo — Disculpa que no he podido avisar antes, ha venido por

sorpresa un amigo, y como no estaba invitado, mejor nos vamos.

— Ni hablar, tú amigo también puede quedarse, uno más. Ahora aviso de que pongan un puesto más —respondí sonriendo y apartando un mechón de su mejilla.

— Vaya, ya estás aquí, Colette, la más bonita de la fiesta —dijo el zalamero de Chevalier.

— ¿Qué tal? Te presento a Chantal, mi mejor amiga. Y él es Claude, un amigo —contestó señalando a su amigo.

Este la agarró por la cintura, cosa que no me pasó desapercibido. Era como si quisiera aclarar que le pertenecía. Cuando fueron a tomar asiento aproveché para interrogar a Chantal muy sutilmente.

— ¿Te está gustando Niza? —pregunté.

— Mucho, es preciosa. Y que guapos sois —respondió mirando a Chevalier que estaba sentándose.

— Ten cuidado con él, es muy zalamero.

— Yo también —contestó riendo.

— Oye, y ese amigo vuestro, ¿es novio de Colette? No sabía que tuviera pareja, como ha estado tanto tiempo sola aquí.

— ¿Quién, Claude? No, es solo un amigo —y la palabra amigo lo dijo entre comillas.

— ¿Te puedo preguntar yo algo?

— Sí, claro.

— ¿Te gusta mi amiga? —cuestiono con sonrisa de pícara.

— No, es una amiga solamente —respondí haciéndome el loco.

— A mí no me las das. Colette, es especial, no es como el resto, y no me refiero a que sea una santa, sino a qué es diferente.

Nos sentamos todos en la mesa y degustamos una riquísima cena que había encargado a un *catering* con el cual

llevaba trabajando años. Todas las fiestas, cenas las encargaba ahí y jamás fallaba.

Hablamos de todo un poco, Colette, hablaba con todo el mundo sin problema. Mis amigos, sabían que no debían hablar de las orgías que de vez en cuando organizábamos. No me gustaba que la gente subiera de mis juegos.

— Alain, ¿cuánto hace que no haces esas fiestas que tanto te gustan? —dijo de pronto Chevalier.

— Hoy, no lo ves. Aquí estábamos cenando todos — respondí tratando de hacerme el tonto.

— No digo la cena, me refiero a las fiestas sexuales que os montáis de vez en cuando. —soltó mirando a Colette, que miraba para mí fijamente.

Me levanté de golpe tirando la silla al suelo. Les dije a todos que me disculparan. Necesitaba salir de allí si no sería capaz de romperle la cara a Chevalier. Cuando bebía más de lo normal se le soltaba la lengua.

Me fui a mi despacho, y me serví un whisky que me tomé de golpe. Notaba como el alcohol me bajaba por la garganta.

— ¿Me invitas a una? —me sorprendió detrás Colette.

La miré fijamente. Sus ojos estaban más brillantes esa noche. Le serví el whisky y como yo se lo tomó de un trago.

— ¿Estás bien? —preguntó mirándome a los ojos. Asentí sin quitarle la mirada.

— ¿No vas a hablar?

— ¿Qué quieres que te diga? Chevalier, me ha dejado en ridículo delante de ti y tus amigos —contesté volviendo a servir otro whisky.

Colette, me quitó la botella y el vaso. Hizo que me sentara en el sofá.

— Y a ti, ¿qué más te da lo que los demás piensen? — soltó dejándome sin palabras.

— ¿No te importa saber que me montó mis fiestas privadas?

— Es tú vida. No haces daño a nadie ¿por qué me iba a molestar? —dijo dándome el vaso con whisky.

— ¿Alguna vez has participado en alguna? —pregunté levantando el entrecejo.

— No, la verdad. No es algo que me vaya. Prefiero disfrutar de un hombre a solas.

— Ese chico, ¿es tu novio?

— No. Pero de vez en cuando lo paso bien con él.
¿Ves? No tengo problema en decirlo.

Ambos nos reímos y nos quedamos mirándonos a los ojos. Algo dentro de mí me gritaba que la besara, pero no, me negaba, mi vida era un auténtico caos. Me habían acusado de un asesinato, sabía de mis fiestas y además aún me quedaba un gran secreto que no podía contar.

— Alain, ¿te mueres por besarme como me muero yo por besarte? —preguntó mirándome a los labios.

— Es lo que más deseo, pero no debemos, no debo. No quiero hacerte daño, Colette. Mi vida es muy complicada.

— No te estoy pidiendo que te cases conmigo, solo que me beses —dijo sentándose sobre mis piernas.

Entonces no me pude contener y la besé. Fue un beso inocente, tierno, solo en los labios, pero fue suficiente para que algo dentro de mí comenzara a vibrar. No sabría cómo explicarlo, pero una voz en mi interior gritaba que era ella, pero no comprendía a qué se refería con eso.

Colette, se levantó de mis piernas. Su gesto había cambiado, pero no a mal, pero en su semblante veía algo que sabía que le había ocurrido lo mismo que a mí.

— ¿Estás bien? —pregunté.

— Sí, tranquilo. Lo siento, de verdad. No sé qué me ha pasado. Es esta habitación, nada más entrar en ella, es como si hubiera estado antes aquí. Nada más verte ahí de espaldas con la botella, sentí la necesidad de besarte, perdóname, no era mi intención, de verdad. Olvídalo.

Entonces, antes de salir del despacho, miró al cuadro que estaba encima de mi escritorio, es de mis antepasados.

— ¿Pasa algo? —dije mirando al mismo lugar que ella.

— Ese cuadro, ¿quién es él?

— Un antepasado. Se llamaba Jean Louis Morel. Fue un político muy importante en el siglo XVI.

Colette, cerró los ojos y se tambaleó. La ayudé a sentarse, le serví un vaso de agua. No

Entendía que le había ocurrido.

— ¿Estás bien? —dije dándole aire.

— Sí, perdóname, pero no sé qué me pasó. Hacía mucho que no me ocurría. Algunas veces, me vienen recuerdos, como *flashback* y me desmayo. Es algo extraño porque

yo no creo en vidas pasadas, no sé por qué me pasan estas cosas. Pero ya estoy bien.

Discúlpame, y por favor olvida lo que ha pasado aquí esta noche.

Sé marchó corriendo del despacho y fui tras ella. Cuando alcancé a verla entre todos mis amigos, el tal Claude la tenía agarrada de la mano y se la llevaba a la casita de la piscina.

Cuando fui a recriminar a Chevalier por irse de la lengua, le vi sentado en el jardín besándose con Chantal, así qué preferí esperar a la mañana para decirle. Fui a donde estaban mis amigos y vi a una de las chicas con las que participaba en orgías, le cogí de la mano y le pregunté si le apetecía sexo, me dijo si de inmediato y me la lleve al cuarto donde hacíamos las fiestas.

El resto se marchó. Necesitaba olvidarme del beso que me había dado esa noche con Colette, aunque sabía que ya jamás lo haría.

La tumbé en una de las camas que había en mi cuarto de fiestas. Entonces se empezó a desnudar. Me preguntó si iba a utilizar juguetes, respondí que sí.

Fui hasta ella y rápidamente fue hacia mi pantalón. Me los bajó seguidamente de los calzoncillos. Aún no estaba empalmado, tenía el beso de Colette en mi mente. Entonces, Selene, me la agarró y empezó a meneármela. Primero despacio, después fue aumentando. Se la metió en la boca y

me la engulló. La puse de espaldas y agarré el vibrador, seguidamente le llené de lubricante el culo. Abrí sus piernas bien y empecé a jugar con el vibrador, se lo fui introduciendo muy despacio. Esta dio un pequeño salto de placer. Frente a ella había un espejo y se podía ver su cara de placer. Me pedía más, así que sin sacarle el vibrador, le di la vuelta de tal modo que este se quedó en la cama y seguía aún dentro de ella. Coloqué sus piernas encima de mis hombros, me puse un condón y entré en ella de golpe haciéndole dar un grito de placer. Con ojos de lujuria, Selene exige más y yo no dudé en dárselo. Ambos estábamos a punto de llegar al clímax.

— Alain, no pares. —gritó justo antes de estallar.

— Claire, —dije antes de correrme.

— ¿Claire? —preguntó Selene antes de incorporarse en la cama quitándose el vibrador.

— Discúlpame, Selene, justo antes de correrme no soy yo. —contesté como excusa.

Después de descansar un rato, se duchó y se marchó. Yo aún en la cama no comprendía porque demonios le había llamado, Claire. ¿Quién demonios era Claire? No conocía a ninguna mujer que se llamara de esa manera.

Fui a por un vaso de agua y escuché voces afuera. Me asomé entré la oscuridad y vi a Colette con su amigo. Este le tenía agarrada por el cuello y se estaban besando. Algo dentro de mí se sintió molesto. Quizás mi ego, no lo sé, pero no me gusto ver como este la besaba.





9

COLETTE

Lo que había pasado esa noche me resultaba de lo más extraño. En el mes que llevaba viviendo en la casa de la piscina de Alain, no había entrado en su casa. Yo me había convertido en su asistente personal, le ayudaba en todas sus gestiones, pero hasta ese momento aún no había logrado encontrar nada de él. Mi jefa y Annette, me dijeron que me estaba tardando mucho, pero ¿qué demonios podía hacer? Tenía todo bien oculto.

Fui más allá cuando acepté vivir en la casa de la piscina, pensé que de esa manera estaría aún más cerca y podría sacarle información, pero no me estaba resultando sencillo. Alain, se había portado muy bien conmigo, pero ese misterio y ese secreto que tenía tan oculto, tenía que dar con él.

Cuando entré en su casa esa noche, todo me pareció súper extraño. Al poner el pie en ella me puse muy nerviosa, sentí temor e inseguridad. No comprendía por qué. Y más aún cuando entré en aquel despacho. Sentía como si algo me poseyera. Tuve la necesidad locas de besarlo. Y lo peor aún es que me gusto. ¿Me estaba volviendo loca? Cuando me disponía a marcharme y vi el cuadro de ese antepasado de él, sentí terror en mi interior. El corazón me latía muy deprisa y sentí un fuerte mareo. He estado muchas horas pensando en ello, después de acostarme con Claude.

No es que me apeteciera mucho, pero después del beso con Alain, lo necesitaba. Menos mal que se marchó temprano a Marsella.

Chantal, se fue a casa de Chevalier, desde que le vio en la fiesta quedó encantada con él, un peso menos porque no quería tener que romperle el corazón.

Me tomé mi café, me subí en mi coche y me fui de camino a ver a Pierre, el psiquiatra.

Llevaba cuatro sesiones, en las cuales, según me contó él, me había hecho regresiones de dos vidas diferentes, la primera sesión fue en el siglo X donde me veía de pequeña y mi padre había muerto por alguien que quería robarle, y vi como agonizaba. Aunque no creía en estas cosas, en un momento dado empecé a creerlo, le dije a Pierre, que quizás mi angustia cuando me desperté sin poder respirar era por sentir como mi padre murió, pero me dijo que creía y sentía que era de otra vida diferente. Entonces hemos estado trabajando en otra regresión que me hizo, esta era en el siglo
XVI. Me había visto en una gran familia, con dos hermanas y padres muy estrictos, pero según el terapeuta, algo dentro de mí, me impedía abrirme en esa regresión.

Cuando me disponía a salir me encontré con Alain, iba a coger su coche que estaba aparcado junto al mío.

— ¡Buenos días! —me saludó sonriendo.

— ¿Qué tal? Acabo tarde la fiesta, ¿eh? —afirmé.

— Cuando te fuiste tú a los diez minutos se fueron los demás. —respondió colocándose la corbata.

— Bueno, a las cuatro más o menos escuché un ruido afuera y cuando me asomé vi a una chica cogiendo su coche, así que para ti, la fiesta acabó tarde. —dije para picar.

— Para ti también terminó tarde. Me asomé a esa hora porque fui a beber agua y tú amigo te estaba besando —al decir amigo sentí como que lo decía con retintín.

— Pues sí. Hay que dar alegría al cuerpo, ¿no te parece?
—respondí.

— Sí, espero que te la hayan dado bien, aunque no tan bien como otros.

— Mi amigo sabe cómo alegrarme, quizás el otro no sabría darlo aunque él crea que sí.

— ¿Apuestas que sí sabe? ¿Te gustaría probar? — respondió dando un paso hasta mí.

— No, gracias. Me tengo que ir.

— ¿Mosqueada? —dijo sonriendo con sarcasmo.

— ¿Debería estarlo? —contesté abriendo la puerta del coche.

— ¿Tan temprano te vas a la oficina? —preguntó cambiando el tema.

— No, voy a otro lugar. Te veo luego. —Cerré la puerta y me fui.

Para ser sincera conmigo misma debía de reconocer que no me gustó saber que pasó la noche con una mujer. ¿Pero por qué? Si estaba aquí para averiguar, y no pensaba irme sin hacerlo.

Debía usar todas mis armas, y las únicas que me quedaban eran seducirlo. Era la última que quería usar, pero no me quedaba más remedio. Tenía un plan y debía llevarlo a cabo.

Llegué a la consulta a la hora citada. Pierre, como siempre me hizo que me tumbara en el sofá. Me relajé y cerré los ojos.

— Tres, dos y uno…. Estás en el siglo XVIII, con la persona que más amas.

— Estoy en una fiesta, estoy muy feliz pues el amor de mi vida va a venir. Nuestras familias no quieren que estemos juntos, pero me da igual. Nos hemos comprometido en secreto. Nos vamos a fugar.

— Colette, ¿recuerdas cómo te llamas en esa vida?

— Claire, me llamo Claire. Mi nombre gusta mucho a todos.

— Ahora vas a ir a un momento de privacidad con él.

— Estamos los dos solos en una habitación. Es su habitación, su familia no está y hemos aprovechado. Me he entregado a él. Él quería esperar, respetarme, pero yo he sido la que me he lanzado.

— ¿Cómo es su cara? ¿Lo ves claramente? Descríbemelo, Colette.

— Es alto. Tiene el cabello largo. Está fuerte. En su brazo derecho tiene una cicatriz en forma de rayo. Su voz me encanta, me relaja. Es blanquito de piel, aunque más morena que yo, pero no logro verle la cara con claridad, la veo borrosa, no sé por qué.

— ¿Cómo se llama tu amor, Colette?

— Malcom, se llama Malcom.

Me desperté relajada. Me había acordado de mi nombre en otra vida, y del nombre de mi novio en esa época, Malcom. Me sentía contenta. No sabía sí tenía que ver con mis pesadillas, pero estaba recordando otras cosas que antes me parecían una locura.

Fui a la empresa. Alain, estaba en el despacho, así qué entré con un café. Desde que era sospechoso de asesinato, muchos empleados habían renunciado, y la empresa estaba un poco de capa caída, pero yo quería ayudar, no sé porque demonios.

— Hola, ya estoy aquí. Le traigo un café, señor Morel.
—dije poniéndolo sobre su mesa.

— Gracias —respondió serio. — No nos escucha nadie, llámame de tú.

— Siento mucho lo de esta mañana. —Me sentía un poco incómoda al saber que después de que le besé otra estuviera en su cama.

Levantó entonces la cabeza de golpe. Sus ojos se le salían de órbita por lo que le había dicho.

— Yo también lo siento. —se levantó y fue hacía mí.

Yo miraba hacia abajo. Realmente me sentía mal por lo que estaba haciendo. Esta era siempre la peor parte de mi trabajo, cuando tenía que llegar a seducir al investigado, pero en este caso, por mucho que tratara de auto engañarme, no me desagradaba seducirlo. Era tan apuesto, con esos ojos azules, ese cuerpo que se le marcaba tras su camisa de *cashmere*. Deseaba retozar en él.

— ¿Qué sientes? —pregunté mirándolo.

— Siento que te molestara saber que me acosté con otra. Siento que te acostaras con tu amigo y no conmigo. Siento no haber sido capaz anoche haberte llevado en brazos a mi habitación y hacerte todas las cosas que tengo ganas de hacerte. —dijo mirándome a la boca.

En ese momento sentí que me deshacía, moría por tirarle sobre su mesa y ponerme sobre él para devorarlo.

— ¿De verdad? —respondí casi sin saliva.

— Sí, pero también siento no poder hacerlo. Por una vez en mi vida quiero hacer lo correcto, y no sería correcto hacer todo lo que te he dicho. En este mes te has convertido en alguien importante para mí y no quiero fastidiarla. Siempre la fastidio con las mujeres.

Le miré a los ojos y parecían sinceros, acaricié su mejilla y di un paso atrás.

— Discúlpame, no debería haberte dicho lo que te he dicho. Estás siendo investigado por la muerte de Claudine, y bueno, lo siento.

— Tú también crees que la maté, ¿verdad? —dijo mirándome a los ojos en busca de una respuesta.

— Sí te soy sincera, no sé qué creer, Alain. No me lo pareces, pero todas las pruebas que han ido saliendo te apuntan a ti.

— No maté a Claudine. Esa noche fue a mi casa, pero no tuve nada con ella. Confía en mí, por favor.

Miré hacia él, y decidí jugármela del todo.

— Confío en ti. Pero para ello debes contármelo todo.

Todo lo que pasó esa noche. Y Alain,

¿Qué pasó con tu mujer?

— Te voy a contar todo. Pero del tema de Celine no voy a hablar. Eso no tiene nada que ver con Claudine. Si confías, confías.

Al menos ya confiaba en mí para contarme lo de Claudine, y fuera como fuere iba a averiguar lo de Celine.

Me puse a atender asuntos suyos de la empresa. Mi jefa me llamó al móvil y tuve que disimular y hacer que hablaba con Claude. Mi jefa me dijo que me quedaba un mes para

destapar todo o nuestro periódico quedaría en ridículo, pues ella se encargó de decir que para esa fecha tendríamos una bomba.

— ¿Te gustaría cenar esta noche conmigo, Alain? — pregunté cuando colgué.

— Claro. Te voy a llevar a un sitio precioso.

— No, en mi casa. Te voy a hacer una cena buenísima.

—dije haciendo como si me chupara los dedos.

Chavalier, vino a la empresa para hablar de trabajo con Alain, cuando me vio me dijo que mi amiga era maravillosa. Habían pasado la noche juntos y habían congeniado muy bien.

— ¿Eres muy amiga de Chantal? —preguntó.

— Si, desde siempre. Vivimos juntas en Marsella.

— Me tienes que contar todo de ella, ¿comemos juntos?

— Perfecto. Espera que aviso a Alain.

— Ya lo hago yo. —respondió.

Fuimos a comer a un restaurante cercano. No quería ir a dónde iban todos los empleados porque quería interesarme por cosas de Alain.

— Chevalier, ¿Puedo preguntarte algo?

— Claro.

— ¿Conociste a la mujer de Alain? —pregunté.

— No puedo hablar nada de eso.

— Por favor. Yo te cuento cosas de Chantal, tú de Alain. No voy a decir nada.

— ¿Te gusta Alain? —dijo mirándome.

— No. Pero quiero saber con quién trabajo. Por favor.

—supliqué haciendo puchero.

— Que no salga de aquí. A ver, Celine era más mayor que él. Guapa, adinerada. Ellos se conocieron porque yo les presenté. Llevo años trabajando para esa empresa. Ella se quedó prendada de él, y bueno Alain me dijo, que iba a aprovechar eso para conquistarla y hacerse con su dinero. Y aunque eran felices en su matrimonio, un día ella desapareció. La policía estuvo investigando pero jamás encontraron nada. No apareció el cadáver. Pero en la casa de

Alain, en el cuarto de ella encontraron sangre en su cama, en su tocador, y un mechón de pelo. En cuanto vieron que no había pruebas para encarcelarlo, lo liberaron. Ese cuarto está cerrado desde entonces, Alain no habla de ello, pero todos creen que él la mató.

Me quedé alucinada con lo que Chevalier me contaba. Encima esa noche cenaba con él. Me estaba metiendo en la boca del lobo nuevamente.

— Pero si nunca apareció el cuerpo, ¿dónde estará?

— He oído que la puede tener enterrada en el jardín de su casa.

Le estaba dando un sorbo a mi copa de vino y la tuve que escupir, ¿me estaba diciendo que estaba viviendo al lado de un asesino y que su mujer estaba en nuestro jardín?

— ¿Y lo de las orgías esas, las hacía con su mujer?

— No. A Celine, no le gustaban esas cosas. Pero él siempre le fue infiel, las hacía sin la aprobación de ella.

— Chevalier, ¿crees que mató también a Claudine? —le dije sin parpadear.

— Sí.

— Entonces ¿por qué sigues siendo su amigo?

— Colette, necesito averiguar qué pasó ahí. ¿Puedo confiar en ti? —preguntó.

— Por supuesto.

Cuando volví a la oficina, me sentía como si fuera autómata. No sabía bien qué demonios estaba haciendo, solo sé que mi vida estaba corriendo peligro al lado de un tipo así. Se lo comenté a mi jefa y a Annette, quería dejar el caso, no podía arriesgarme tanto, pero ambas me convencieron de que siguiera. Me prometieron que no iban a permitir que me pasara nada.

Llegué a casa y me puse a preparar la cena. Malditas las ganas que tenía de meter a ese hombre ahí.

Me serví una copa de vino. Después vino otra y otra. Tenía que parar pues esa noche tenía que engañar a Alain para que se abriera.

Me duché y me puse un vestido bastante sensual. Iba a usar mis armas de mujer para que soltara todo. Eso sí, en el ligero que me puse, tenía mi pistola, no iba a permitir que me hiciera daño alguno.

A las nueve, Alain estaba llamando a mi puerta. Cuando lo abrí me quedé realmente impresionada, estaba tan guapo. Iba sin corbata, con una camisa abrochada hasta la mitad y unos chinos de pantalones. No estaba segura si me ponía más que miedo me daba.

— ¡Bienvenido! —le dije al abrirle.

— ¡Estas preciosa! —respondió mirándome de arriba abajo descolocándome.

— Y tú muy guapo, ¿quieres una copa de vino?

— Sí, por favor. Que bien huele. Se sentó y se la serví.

— ¿Y Chantal?

— Está con Chevalier. Ya sabes que te gustaron.

— Ah, cómo fuiste a comer con él hoy, pensé que os gustáis.

— ¿Cuándo comes con alguien tiene que gustarte? entonces ¿te gusto, Alain? —le dije muy bajito acercándome a él.

— Todavía no te ha quedado claro que me encantas. — respondió él.

Fui a poner un poco de música. Como no puse a *Chopin* nos gustaba a ambos.

— Hoy vas a contarme todo, ¿no?

— Casi todo. —contestó.

Nos sentamos a cenar en silencio. Ambos disfrutamos de la música y no dejábamos de mirarnos.

— Está buenísimo, ¿cómo se llama? —preguntó.

— *La Bouillabaisse*, es un típico plato de Marsella. Mi tía me enseñó a hacerlo. Por lo visto se come desde hace siglos.

— Nunca lo había comido, pero me suena el sabor. ¿Qué loco, no?

— Cuéntame de ti. ¿Por qué haces orgías? —solté sin pensar.

— Vaya, qué directa.

— Porque me encanta el sexo, me excita ver como otros disfrutan y más hacer disfrutar a las mujeres.

— Pero, ¿te gustaría que tu mujer participara?

— De mi mujer no voy a hablar, Colette. Pero no, no me gustaría que la mujer de la que estuviese enamorado hiciera eso.

— No entiendo. —respondí.

— Ven conmigo.

Me agarró de la mano y salimos en silencio al jardín. Me sentía atemorizada al pensar que ahí podía estar su mujer enterrada. Me llevó hasta un lateral del castillo, en él había una puerta enorme de madera, la abrió y me hizo entrar.

Dio al interruptor de la luz y toda esa estancia se iluminó. Era enorme. Me quedé alucinada cuando vi muchísimas camas y una mesa enorme que estaba vacía. Las paredes y los techos tenían espejos. Y había un gran armario en un lateral.

— ¿Es tú habitación de fiestas? —pregunté observando todo.

— Sí. Aquí es dónde hago las orgías.

Me agarró de la mano y me llevó a una de las camas.

— No temas. No te voy a hacer nada.

— No tengo miedo. —dije mirándolo.

— No estoy muy seguro de ello. Me encantaría poder mostrarte algo, pero eres tan inocente.

— ¿Que soy inocente? —dije mientras le tumbaba sobre una de esas camas y me sentaba sobre él.

Le agarré una de sus manos y se la pase por mi espalda que estaba descubierta por el escote de mi vestido. Me miraba con los ojos muy abiertos y se lamía los labios. Luego le pase la mano hasta el inicio de mi trasero. Me agaché hasta su boca y roce mis labios con los suyos, saqué la punta de mi lengua y se los lamí. Después me levanté y me volví a sentar normal.

— Te haría muchísimas cosas, pero el que no quiere eres tú. A lo mejor eres más inocente que yo.

Se incorporó y se colocó el pantalón. Por mucho que tratara de disimular se le notaba el gran bulto. Cosa que no me pasó desapercibida por mucho que tratara.

— De acuerdo. Tú ganas.

Se levantó y fue hasta un mueble. Lo abrió y tras él había un gran televisor. Luego cogió un mando a distancia, colocó un cd y se sentó a mi lado.

— ¿Preparada?

— Sí —conteste asentado con mi cabeza.

Cuando empezó la película, era esta misma habitación pero llena de gente. Todos iban enmascarados. La mesa que ahora estaba vacía estaba llena de juguetes sexuales. En otra había bebidas

Una chica agarró a un hombre y lo llevó hasta una de las camas. Se agachó y le empezó a hacer una mamada. Él le agarraba del pelo fuertemente. A la fiesta se unía otro hombre, en su mano llevaba un vibrador y se lo iba incorporando lentamente en el ano a la que estaba haciendo la felación.

En otra cama se unían dos chicas. Al lado había otros dos chicos. Y poco a poco se iban uniendo más gente hasta que estaban todos unos con otros. Me preguntaba si alguno de esos hombres era Alain. No podía quitar los ojos de aquella pantalla.

— Este es un ejemplo de mis fiestas. ¿Asustada?

— No. —dije sin quitar los ojos de allí. — ¿Estás en esa orgía?

— Estaba, pero no participaba en ese momento.

Le miré y él me estaba mirando. Esta vez la que tenía la boca seca era yo.

— ¿Excitada? —preguntó

— ¿Qué te parece?

Me acerqué de nuevo a él. Me senté sobre sus piernas y le agarré de la cabeza mirándole a los ojos.

Alain, empezó a subir sus manos por mis piernas. Iba tan despacio que mi piel se había puesto de gallina. Necesitaba que me tocara. Mi cuerpo gritaba que lo

necesitaba. Sus manos siguieron subiendo hasta que llegó a mi entrada. Estaba tan húmeda. Introdujo un dedo, luego el otro y empezó a moverlos suavemente. Eché la cabeza hacía atrás y comencé a moverme.

Alain, los movía muy despacio. Me agarré a sus hombros y me empecé a mover de adelante atrás. Este me miraba, sus ojos se habían oscurecido de repente.

— Te necesito, ¡por favor! —supliqué.

— No puedo, Colette. ¡Lo siento! No te imaginas cómo te deseo. Las ganas de hacerte el amor que te tengo, pero no puedo.

Sacó los dedos de mi interior. Me sentó con delicadeza en la cama, fue al armario y me dio un pañuelo. Me levanté y me fui de allí, me sentía tan estúpida y humillada a la vez. Jamás había caído tan bajo. Nunca había suplicado a un hombre que me poseyera.

Me metí en la ducha y cerré los ojos. No podía sacarme de mi mente esa imagen de Alain masturbándome. Lloré de impotencia.

A la mañana siguiente fui a la empresa decidida a irme, a dejar esto. Le conté a Annette todo, a excepción de lo que pasó en esa habitación. Solo le conté que me insinué y este me rechazó.

— No renuncies por eso. Confía en ti — dijo entonces.

— Me siento humillada.

— Colette, le gustas, pero todo es reciente. A lo mejor tiene miedo a asesinarte. Imagínate que te hace algo. Claudine recientemente apareció muerta.

— ¿Qué dices? ¿Estás loca?

— Ya casi lo tienes. Aguanta, por favor.

Ese día trate de evitarlo, al igual que el resto de la semana. Llegaba a casa y de ahí a la oficina. Me esperaba a que él se fuera, y me entretenía con cualquier absurdez con tal de no verlo.

Mientras estaba trabajando en mi ordenador y apuntando lo que había averiguado, Alain llamó a la puerta.

No me apetecía hablar con él, pero me había quedado en su casita y no podía no recibirlo.

— Estás bien, —dijo al verme — Como has estado evitando toda la semana.

— Sí, estoy bien.

— Colette, siento lo que pasó, de verdad.

— Por favor, no me hables de esa noche. Me arrepiento de todo.

— ¿Te arrepientes? —preguntó.

— Sí —afirmé.

— Yo de lo único que me arrepiento es de no haberte hecho mía.

— Te suplico Alain, que no juegues conmigo. — contesté dándole la espalda.

— No lo hago. No sé qué demonios me pasa contigo.

Sólo sé que me haces tambalear,

Colette, dejo de ser yo mismo cuando estoy a tu lado. — dijo dándome la vuelta para mirarme

— Quizás deba irme de aquí —afirmé.

— No, por favor, quédate. Me voy unos días fuera.

Venía a avisarte.

— ¿A dónde te vas? —pregunté.

— Me voy a Versalles. Tengo que aclarar unas cosas familiares allí. Por favor, espérame. No te vayas.

— Está bien. Espero que te vaya bien.

Me agarró de la cara y se acercó a mi boca. Su nariz se rozó con la mía. Me abrazó muy fuerte, y luego me besó en la cabeza. Dejándome con ganas de sus labios.

— Ojalá pudiera entender lo que me pasa contigo. Sólo sé que te deseo con toda mi alma. No puedo dejar de pensar en ti todo el día. Tengo el alma desgarrada al no poder comprender qué me pasa.

Luego se apartó de mí, nos miramos y se marchó. Cuando quise alcanzarlo se había subido en su coche y ya había arrancado.

Me quedé sin saber qué hacer. Lo que me había confesado, curiosamente a mí también me ocurría con él.

Moría por estar con él. Pero no lograba entender por qué. Se supone que es un asesino. Nadie le soporta, sus allegados le temen, todo lo que me habían pintado de él no lo había visto aún. Pero yo no había venido aquí por amoríos, si no por trabajo.

Me quedé horas sentada en una silla al lado de la piscina, mirando a la casa. Me decidí y fui hacía la puerta. Todo estaba bien cerrado. Las ventanas también. Rodeé la casa. No había forma de entrar. La única puerta que sí estaba medio abierta era la de sus fiestas. Pero no daba a la casa, aun así entré. Encendí las luces. Todo estaba tal y como lo había visto la semana anterior. Ahí no creía que hubiese nada.

Miré el mueble a ver si encontraba algo. Moví las camas. Me quedé sentada en el suelo, desesperada. Este caso me estaba volviendo loca, y encima ¿me había enamorado de él? Estaba a punto de levantarme para irme, hasta que algo llamó mi atención. Era la pared, desde donde yo estaba sentada, parecía como si estuviera desigualada. Me levanté de inmediato y fui hacia ella, la palpé, y esta se movió. Un pasadizo secreto, como en las películas que había visto desde niña. Encendí la linterna del móvil y entré. Todo estaba muy húmedo, las paredes algo deterioradas, caminé unos dos kilómetros hasta que llegué a una puerta, agarré la manilla y
entré. Era la casa de Alain.

Entré sigilosamente, sabía qué él no estaba, así qué tenía que averiguar todo. Miré en el gran salón, en la cocina, hasta que me acordé de lo que me había dicho Chevalier, la habitación de Celine. Subí al piso de arriba y busqué su habitación. Como era de suponer, estaba cerrada con llave, pero como buena experta en abrir puertas, cogí una horquilla y pude abrir. La habitación estaba impoluta. Busqué entre los cajones y me encontré con una caja, en el interior había unos papeles. Le saqué una fotografía y lo volví a meter en su sitio. Vi una foto de ambos, y el certificado de matrimonio. No sabía exactamente lo que

estaba buscando, pero esos papeles que había fotografiado eran importantes, en ellos estaba la firma de Alain.

Estaba a punto de marcharme, cuando vi algo en el cajón, un sobre fondo, así que lo abrí, en el interior estaba el diario de Celine, esto era una joya, por fin había encontrado algo para escribir el artículo, para saber si Alain había matado a su mujer y poder largarme de ese lugar y volver a Marsella. Guardé el diario en mi bolso, dejé todo como estaba y me marché.

Volví al pasadizo y entré en la sala de fiestas. Cuando me disponía a salir de allí, escuché un coche acercarse, me asomé entre las cortinas, era Alain, estaba aparcando junto a mi puerta, ¿no estaba de viaje? ¿Y si había dicho eso para engañar a todos y luego matarme y tener coartada? me escondí en la sala. Cuando Alain volvió a subir en el coche y dejarlo en la puerta de su casa, salí sigilosamente de allí, él estaba aparcando, así que hice como si viniera corriendo del jardín, y me paré frente a mi puerta.

— Colette, te estaba llamando — dijo de repente tras de

mí.

Mierda, esperaba que no me hubiera visto.

— Sí, había salido a dar un paseo —respondí nerviosa.

— Te veo acalorada.

— Es que hacía mucho que no corría.

— ¿Vienes del jardín? —preguntó mirando hacia él.

— Sí, ¿pero no te ibas a Versalles?

— Me olvidaba de algo, por eso he cambiado la hora de

vuelo. Salgo esta noche.

— ¿Qué olvidas si se puede saber? —Mi lado periodístico siempre está al acecho.

— A ti.

Se abalanzó sobre mis labios y los poseyó. Y yo me olvidé de mis miedos, de lo que había ido a hacer allí y simplemente me dejé llevar. Necesitaba esos labios como necesitaba el aire para respirar.

Entramos en mi casita, pegados el uno al otro, no podíamos parar de besarnos.

— Discúlpame un momento, voy a darme un baño, enseguida vuelvo —dije, aproveché para esconder bien el diario entre mis cosas. Luego me duché.

Salí con mi albornoz puesto. Alain estaba sentado en el sofá, cuando me vio se levantó y vino hacia mí.

— Sé que te dije que no podemos tener nada, pero Dios, Colette, te necesito. Antes de que ocurra algo, necesito que hablemos. No voy a hacer nada que tú no quieras. Quiero ser sincero contigo desde ahora, no puedo tener nada serio con nadie, pero me gustas, me gustas muchísimo, desde el primer momento que te enfrentaste a mí en la cafetería, supe que eras diferente. Colette, no puedo dejar de pensar en ti, te deseo, te necesito, pero si una vez dicho esto no quieres que pase nada aquí hoy, lo respetaré y me iré, sin problema alguno.

— Somos adultos ambos, Alain. Tú también me gustas. Quiero acostarme contigo, no he dejado de pensar en ello desde hace mucho tiempo. Te deseo, por favor hagámoslo, sin compromisos.

Me agarró por la cintura y me besó. Le cogí de la mano para llevarlo al cuarto, pero me retuvo.

— Vamos a mi cuarto de juego. Allí tengo muchas cosas con las que podemos jugar.

Fuimos hacia su sala particular. Me sentía muy nerviosa. Sabía que en esa habitación habían ocurrido noches de desenfreno, y aunque yo no era una santa, jamás había practicado el sexo como la que vi en aquel video.

— No tengas miedo. Vas a disfrutar, te lo juro.

En cuanto entramos, Alain, me dejó en una de las camas. Fue hasta el armario y agarró varias cosas, entre ellas lubricante.

Se acercó hasta mí y me quitó el albornoz dejándome completamente expuesta para él. Se lamió los labios.

— Eres preciosa, Colette. Jamás había visto algo tan bonito como tú.

Me levanté y fui hacia él. Le desnudé despacio. Primero le quité el pantalón, luego la camisa.

Estaba tan marcado. Bajé hasta sus calzoncillos dónde tenía una gran erección. Le bajé los calzones. Y le acaricié suavemente.

Me agarró de las manos y me tumbó en la cama. Se puso sobre mí y empezó a besarme.

Luego fue bajando hasta mis pechos, primero se paró en uno, luego en el otro. Mordió mis pezones, los pellizcos y estos se me pusieron muy duros. Siguió bajando y llegó a mi vagina, la cual empezó a lamer. Jamás me había sentido tan excitada, Alain me volvía loca. Me agarré a las sabanas y empecé a gritar de placer.

— Qué bien sabes, eres una delicia —dijo Alain.

Luego me dio la vuelta y empezó a besarme las nalgas, les dio un pequeño cachete.

— ¿Alguna vez te han hecho un anal? —preguntó.

— Sí, —dije muy excitada.

Entonces noté como algo frío caía en mi ano. Era lubricante, noté como le extendía con la mano. Luego metió suavemente un dedo, y luego el otro. Me empecé a mover.

Alain, movía los dedos cada vez más fuerte hasta que los sacó. Luego me volvió a poner lubricante y escuche un ruido, empezó a meterme el vibrador. Estaba fresquito y me daba mucho placer. Empezó a moverlo más salvajemente, entonces, sin sacarlo me dio la vuelta dejándome boca arriba, el vibrador seguía en mi dándome placer. Volvió a ponerme lubricante, pero esta vez en la vagina, y sacó un *We- Vibe* un vibrador que nunca había visto.

Era en forma de V, lo colocó dentro de mí y empezó a vibrar, estaba puesto de una forma que me tocaba el clítoris, entonces me besó.

— Quiero sentirte dentro de mí —supliqué.

— Ahí voy, pequeña.

Entró en mí en una estacada. El vibrador se hizo más intenso. Estaba completamente llena.

Por delante le tenía a él dentro de mí, más el vibrador en mi clítoris, y el otro en mi ano.

Empezó a moverse en mi interior. Cerré los ojos, y empecé a gritar de placer, no podía parar, era tan intenso. No quería que acabara. Estaba muy excitada. Alain, estaba muy excitado también, ambos gemíamos de puro placer. Estaba a punto de correrme, no podía retrasarlo más, el orgasmo se acercaba a cada segundo, entonces, Alain me levantó y me sentó sobre él.

Sacó el vibrador de mi ano, y empezó a penetrarme cada vez más y más fuerte hasta que no pudimos más y ambos llegamos al clímax. Alain, me quitó el otro vibrador, pero él se quedó aún dentro de mí. Nos miramos a los ojos y entonces sentí que éramos uno. Sentí que eso que estaba viviendo ya lo había vivido anteriormente, pero no en esta vida.

Estábamos los dos abrazados. No habíamos hablado desde que nos corrimos.

— ¿En qué piensas? —preguntó rompiendo el hielo.

— Jamás había sentido esto, Alain. Cuando estabas dentro de mí, sentí qué… déjalo.

— No, dilo, sentiste que éramos uno, ¿verdad? ¿Tú también lo sentiste?

— Sí, también lo sentí. Como si te conociera de antes.

— Lo mismo me ha pasado a mí. Colette, sentía como si te conociera de siempre

— Lo sé. —Dije acariciándole. — Aunque sé que no podemos tener nada. Ha sido lo mejor que he vivido nunca.

No dijimos nada más, ambos sabíamos que esto iba a ser solo esta noche y no habría nada más, pero al menos lo habíamos disfrutado. Algo que llamó mi atención y que no me había percatado, Alain tenía un tatuaje en la espalda en forma de rayo, pero, ¿dónde lo había visto antes? No estaba segura de que me sonaba, solo sé que estaba muy a gusto. Nos tumbamos en la cama.

Entonces pensé, ¿y si no fuera un asesino? ¿Y si fuera inocente? Ya tenía el diario e iba a averiguar la verdad.





10

ALAIN

Cuando estaba en el aeropuerto rumbo a Versalles, no podía dejar de pensar en ella, en Colette, necesitaba tocarla, sentirla. Era consciente de que no podía tener nada con ella, no era un hombre libre, era esclavo de mis errores del pasado.

Decidí posponer el viaje para más tarde e ir a por ella. Sí quería pasar la noche conmigo iba a hacer que nunca lo olvidara.

Cuando la vi tan dispuesta no me lo pensé dos veces y la hice el amor como tanto tiempo llevaba queriendo. La hice disfrutar como deseaba. Escucharla gemir y agarrarse a las sabanas de placer me hizo muy dichoso.

Cuando ambos estábamos a punto de llegar al clímax, sentí algo que jamás había sentido, una conexión especial con ella. Sentí como si la conociera de antes, nunca antes con ninguna otra mujer lo había sentido, y lo más curioso es que ella también lo sintió.

— No quiero moverme de aquí, estoy muy tan a gusto entre tus brazos —dijo acariciando mi torso desnudo.

— Ni yo, no tengo ganas de moverme. Tenemos dos horas hasta que me vaya al aeropuerto

—respondí tocándole su preciosa cabellera castaña. No sé en qué momento me quedé traspuesto.

Estaba en un barco, se movía muchísimo, tenía angustia, tenía que llegar. Escuchaba una voz que me llamaba,

Malcom, te necesito. Luego se esfumaba. Todo se veía oscuro. De pronto estaba en una habitación con velas, el aire estaba muy viciado. Alguien me decía que era tarde para ella, que moriría. Miraba hacía la cama, una mujer castaña, me miraba, no lograba verla bien la cara, sólo veía la silueta de sus ojos. Me decía algo que no alcanzaba a escuchar y de pronto moría. Desperté de pronto. Colette, estaba a mi lado, boca abajo, dormida. Su suave piel y su preciosa espalda estaban al descubierto, la comencé a acariciar. Nunca permitía que ninguna mujer durmiera conmigo, solo me las follaba y luego las echaba, pero con ella no, quería que estuviera conmigo, pegado a mí. Deseaba tatuarla en la piel.

De pronto dio un grito y se despertó.

— ¿Estás bien? —pregunté apartando el pelo de su cara.

— Sí, —respondió acelerada. He tenido una pesadilla.

— Yo también, y es horrible, me levanto fatal —dije mientras me levantaba

— Me pasa igual.

Me puse el pantalón y la camisa.

— Me tengo que ir al aeropuerto, pero antes me voy a duchar, ¿me acompañas?

— Me encantaría, pero me tengo que marchar. Tengo una cita.

— ¿Con un hombre? —pregunté muerto de celos.

— Sí, —respondió, se puso su albornoz y vino hacía mí.

Se puso de puntillas y me besó. —

Ha sido maravilloso. Gracias por regalarme esto. Jamás lo olvidaré.

Luego abrió la puerta y se marchó dejándome con ganas de llevármela a la cama nuevamente y hacerla muchísimas más cosas.

Fui a mi casa, me duché y me cambié. Llamé a un taxi para que me llevara al aeropuerto. Lo había pensado mejor y preferí dejar el coche.

Mi viaje a Versalles se debía a qué en mis sueños, me veo delante del palacio de Versalles, en él estoy hablando con una mujer. No logro verle la cara claramente, pero

siento que era el amor de mi vida. Siempre he creído en las vidas pasadas y aunque iba a ir a ver a un psiquiatra, tengo que averiguar por mí mismo qué es lo que me pasa. Le pregunté a Adrien si podía viajar, como están con la investigación de la muerte de Claudine, no estaba seguro, pero como no tienen ninguna prueba en mi contra.

Pensé en ir a despedirme de Colette en su casa, pero no podía darle esperanzas a ella y menos a mí mismo, estaba sintiendo cosas muy profundas por ella y no podía permitírmelo.

Cuando llegué, me fui al hotel a dejar las cosas, no iba a estar mucho tiempo, solo quería averiguar cosas de mis antepasados.

Quedé con un historiador conocido de un amigo de los que monto las orgias. Él tendría alguna respuesta.

Quedamos en una cafetería. Cuando llegué me estaba esperando, se estaba tomando un café, al verme alzó la manos para que le viera.

— ¿Alexandre? —pregunté.

— Sí, soy yo. Encantado, Alain.

Después de presentarnos le puse al día de lo que sospechaba, este entonces me empezó a hablar de mis antepasados. Me pasó documentación y fotos. Todo muy profesional. Luego se marchó.

Regresé al hotel. Me serví un *whisky* y me puse a revisar los documentos. Mi antepasado se llamaba Maxime Lefebvre Morel. De ahí mi apellido. Por lo visto fue un político muy reconocido en Francia en el siglo XVIII, de ahí que me llamé tanto esa época. Tenía un gran rival llamado Clément Roux, archienemigos, los dos se disputaban ser el mayor mandatario en ese siglo. Ambos tenían hijos, y el mayor de Máxime, se enamoró de la hija de Clément, no se sabe con exactitud qué ocurrió ahí, pero por lo visto ambos murieron en trágicas circunstancias, dejando a sus padres con fuertes tristezas que jamás superaron.

Me quedé dormido. Pero de nuevo tuve esas pesadillas, se volvían a repetir, lo único diferente era yo, paseando por

los jardines de Versalles con una bella dama. Vi que nos apoyamos en un muro de los jardines, no había nadie alrededor y nos besamos, luego yo con un alfiler de mi camisa escribía en el tronco del árbol nuestros nombres, Malcom y Claire. Seguía sin verle la cara. ¿Qué tenía que ver mis recuerdos con ese antepasado mío? Lo único que sabía es que algo en mi me decía que fuera a los jardines, así que espere a que se hiciera de día.

No sabía exactamente que buscaba, pues eran solo sueños, pero necesitaba saber qué había pasado, porque soñaba eso y poder superarlo y dejar esas pesadillas, al menos era mi esperanza. Bastantes problemas tenía ya como para también seguir con esos sueños que no me dejaban descansar y me torturaban.

Entré como un autómata a los jardines, miré alrededor y los árboles de ese siglo habían sido podados, pero entonces mi interior me guio. Empecé a caminar sin saber dónde me llevaban mis piernas, me paré en un muro del palacio, debía ser el que vi en mi sueño, estaba restaurado, pero era él, sin duda, no comprendía que hacía ahí delante, me sentía estúpido, ¿qué demonios pretendía con eso? me di la vuelta para irme, pero entonces mis gafas se cayeron al suelo, me agaché para cogerlas, pero estaban muy pegadas al muro, me apoyé en él para poder meter bien la mano y de pronto vi como todo alrededor se transformaba, el

Palacio de Versalles, volvía a ser como en el siglo XVIII, miré alrededor y los árboles que hacía un rato estaban podados volvían a estar en su sitio. Pero algo más llamó mi atención, me vi enfrente con ella, con Claire, yo estaba escribiendo nuestros nombres y ella reía, como en mis sueños, entonces comenzaba a llover y echamos a correr para refugiarnos. Venían hacia donde yo yacía ahora, me apoyaba en el muro y entonces la abrazaba, no lograba verla la cara, pero por Dios que ahí estaba, tan real. Había visto mi vida pasada y al amor de mívida, se me veía feliz con ella,

¿pero, porque estas pesadillas? ¿Me querrían decir algo?





11

COLETTE

No me podía quitar de la mente la tarde de sexo que pasé con Alain, había sido sin duda alguna la mejor de mi vida. Y no porque sabía lo que hacía y sabía de qué manera lo hacía porque lo sabía muy bien, si no porqué sentí lo que jamás había sentido, amor. Sentí que

Alain y yo éramos uno, quería llegar a más con él, pero no estaba aquí por eso. Cuando me despedí de él tomé la decisión de no volver a verle más, aunque me hubiera encantado volver a repetirlo.

Cuando me duché y me vestí, abrí el diario de Celine, sabía que tenía algo muy poderoso entre mis manos, así qué, comencé a leerlo.

Jueves 5/02/2009

He conocido a un hombre guapo, galante. No es tan rico como yo pero sus antepasados fueron muy importantes. Le conocí cuando él trabajaba de mensajero en mi empresa. Subió a recoger un recado y me prendó su guapura. Le invité a comer, y aunque al principio se negó, era bastante orgulloso, al final accedió. Sabía que era bastante ambicioso, para qué negarlo, pero un chico de su edad era normal que lo fuera.

Martes 24/02/2009

Desde que conocí a Alain, no he parado de pensar en él. Viene a verme todos los días, sabe las pasiones que levanta en mí, y aprovecha.

Me tiene loca, la gente me dice que es un capricho, que es un niño, pero me tiene cautivada.

Sábado 15/04/2009

Hemos ido a cenar. Le he dicho que estoy enamorada de él, y aunque él ha sido sincero y me ha dicho que no siente lo mismo, me ha prometido que tratará de enamorarse de mí. Yo tengo cincuenta y dos años y él tiene veintidós. Nos llevamos treinta años, pero qué más da.

Le he llevado a casa, y bueno, le he enseñado mis gustos sexuales. Me encanta ver a la gente follar. Yo no participo, solo miro. Le he invitado a las fiestas que hago en casa y le he animado a participar, aunque al principio no se atrevía, al final se ha animado, y de qué manera. Me ha excitado verlo entre cuatro mujeres. Luego ha venido hacia mi desnudo y me ha besado, no he podido contenerme y le he llevado a mi cama, le he enseñado todas las cosas que no sabía.

Según me había dicho Chevalier, a Celine no le gustaban estas cosas. Imagino que tampoco es que ella fuera contando sus aventuras sexuales. Necesito saber más, según he ido leyendo he ido escribiendo un artículo, la fecha programada con el periódico ya casi llega.

Me salté varias páginas pues necesitaba adelantar, necesitaba saber qué pasó.

Sábado 22/07/2012

Hoy hacemos tres años de casados. Me siento feliz, aunque no quiero que nadie toque lo que es mío y ese hombre es mío.

Después de ahí se salta al año 2015. No hay nada escrito hasta esa fecha.

Jueves 7/08/2015

Hacía mucho que no escribía, pero no he estado bien. Alain está muy extraño. En estos años de casados, me ha hecho feliz, sí. Sé que no logró enamorarse de mí, pero está a mi lado.

Sigue participando en las orgías y a mí me encanta. Cada día está más guapo. Hay una mujer llamada Yvette, que me lo quiere quitar, es de su edad y se ha enfrentado a mí en varias ocasiones. Siempre están juntos en las orgías, y más de una vez lo han hecho los dos solos.

No me gusta. Además, la ha metido a trabajar en la empresa. En una ocasión estaban con la puerta del despacho cerrada, y yo traté de entrar y no podía, aporree la puerta y no me abrieron hasta quince minutos después. Ella salía colocándose la camiseta y él tenía la corbata fuera de su sitio. Le pregunté directamente si se la había tirado y me dijo que sí, con todo el descaro.

Lunes 31/12/2018

Lleva años engañándome, Yvette se fue un tiempo. Él entonces buscó a otra, se llamaba Alizee, y esta es peor, mucho peor que Yvette. Ya había decidido mirar a otro lado. No quería perderle. Llevaba sin tocarme dos años. Él era todo para mí, le di un puesto en mi empresa, mi mano derecha, sin embargo, él me está matando. Un día me pegó un bofetón. Me dijo que se casó conmigo por mi dinero, que le daba asco, y que jamás volvería a tocarme. ¿Cómo hacerlo sí tenía a mujeres más jóvenes y mejores que yo?

Según iba avanzando en el diario, tuve que mostrárselo a Annette, esta me animó a que lo que tenía escrito se lo enviara a mi jefa en Marsella. Estaba hecha un lío, el hombre con el que había pasado la mejor noche de mi vida no me parecía así, aunque quizás todo fuera un engaño.

No me lo pensé, por esa mujer tenía que hacerlo, así qué le envié el artículo. Aunque no había leído más páginas me parecieron suficientes para saber que Alain, era un interesado. Me sentía tan mal que quedé con Chantal, tenía que hablar con ella.

— Te veo mal. ¿Qué te ocurre? —me preguntó.

— Creo que me he enamorado de un asesino, eso es lo que me pasa.

— ¿Qué dices? Pero, ¿cómo?

— Investigando, me metí más allá de dónde debía meterme, y me he enamorado de la cara que él me ha mostrado. —dije con lágrimas en los ojos.

— Colette, ¿te has acostado con él?

— Sí, y fue lo mejor que jamás he vivido.

— Joder, ¿pero estas loca? Que sea bueno en la cama no significa que sea amor.

— Chantal, no es solo que sea bueno en la cama, es que no veo en él lo que los demás ven.

— A ver, los días que le has visto y has hablado con él, ¿cómo le viste?

— Es verdad que en la empresa es duro, y nuestro primer encuentro fue desagradable, pero luego cambió.

Mi jefa me llamó para contarme que acababa de ver mi correo con el artículo y le había encantado. Me dijo que en lo que terminaba de encontrar las pueblas para culpabilizar a Alain, publicaría las notas del diario, lo había hablado con Annette y estaba de acuerdo. Mis artículos e investigaciones, jamás las firmaba con mi nombre, siempre iba bajo pseudónimo, que era *Fleur de lys* así guardaba bien mi anonimato. Así que podía estar tranquila, ya que Alain no iba a saber que era yo. Mi pseudónimo era ese porque en mi talón tengo tatuada esa flor, mi favorita. Me la tatué porque soñé con ella y me encantó así qué la busqué y me la hice, junto a una frase que no entiendo el significado pero me encanta, *Lumière de mon univers., "Luz de mi universo"*.

Tenía miedo de qué Alain descubriera que yo estaba detrás de esa noticia, así qué hablé con

Annette, y le dije que iba a continuar mis investigaciones desde Marsella. Hice las maletas y me fui de esa casita que había sido mía durante un mes. Me sentí mezquina y cobarde por hacer eso y huir, pero, ¿y si el de verdad había matado a su mujer, y a Claudine? No podía exponerme de esa manera.

Los días habían pasado. Ya me había vuelto a instalar en mi casa de Marsella. Mis consultas con el psiquiatra seguían, como las tenía una vez en semana, iba hasta Niza, total en coche solo son dos horas y media aproximadamente.

No hay día que el periódico en el que trabajo publique algo de él. Pero había cosas que no me cuadraba. Había hablado con mi jefa para que me permitiera investigar bien

el caso, no podíamos precipitarnos, más porque el abogado de Alain, puso una demanda por difamación.

Menos mal que el día que fue al periódico no estaba yo.

Estaba en casa revisando el diario, cuando me percaté de algo que no había visto antes, había hojas arrancadas, y de un día a otro, la letra de Celine estaba como diferente. Estaba pensando en ello cuando fui a por un café a la cocina, al levantarme el diario cayó al suelo y la portada se abrió, no me había fijado que tenía algo pegado en ella, estaba doble, me costó despegarlo, pero cuando lo saqué me topé con una foto, la foto era de Celine con una niña igual a ella, ponía por detrás dos nombres, Celine y Annette. Me quedé petrificada, ¿Annette era hermana gemela de Celine? Agarré las llaves de mi coche, mi bolso y me fui rumbo a

Niza.

En el coche llamé a Annette, le dije que estaba en Niza y me apetecía verla para contarle mis averiguaciones, accedió de inmediato. Luego llamé a mi tía, había quedado para cenar con ella, pero no tenía pinta de que volviera a Marsella a esa hora.

Después de dos horas, llegué a Niza. Quedé con ella en una cafetería.

— Qué alegría verte, Colette. —dijo.

— ¿Cómo estás, Annette?

Nos pusimos un poco al día, me contó cómo iban las cosas por la empresa.

— ¿Cómo está Alain? —pregunté. — Con todo esto estará furioso.

— Muchísimo. Sí antes era antipático, ahora lo está más, además de amargado. Según la prensa, que ahora le sigue a todas partes, está todo el día metido en clubes, imagino que fornicando con unas y otras —dijo haciendo cara de asco. Y sentí unos inmensos celos. — Además de que ahora bebe muchísimo.

— Yo me fui de su casa sin decirle nada. Y no he vuelto a la empresa. Cuando me llamó y me envió mensajes ni le respondí. ¿Te ha dicho algo? —me interesé.

— Preguntó por ti los primeros días. Me tuve que inventar que un familiar tuyo estaba muy enfermo y tuviste que irte de inmediato. Cómo vas a volver a la empresa, ¿no es así? Tienes que seguir investigando.

— Sí, pero antes quiero que me digas la verdad, Annette. No me lo has contado todo.

Se quedó muy pálida, mirándome fijamente.

— Sí lo he sido. —respondió.

— Entonces ¿por qué no me dijiste que eres la gemela de Celine? Soy periodista, y muy buena además, perdón si suena egocéntrico, pero nada que ver, simplemente sé mi profesionalidad.

— Colette, yo no sé por qué te lo dije, quería que me vieras como una empleada más, que lo soy, mi hermana le dejó a cargo de todo, y quiero recuperar mi patrimonio, ese asesino no lo merece.

Annette, se tuvo que ir de nuevo a la empresa, las cosas por allí estaban muy ajetreadas y no quería llamar la atención. Su respuesta no me sirvió de mucho, me sonó a excusa, como si ocultase algo.

Tenía hora con Pierre esa tarde, así qué aproveché para seguir investigando. Fui a la cafetería de la empresa, aun con el riesgo de encontrarme con él, deseaba verlo, pero no sabía cómo iba a ser su reacción. Me encontré con algunos empleados, me interesaba hablar con los que mayor tiempo trabajaron allí, pero no quería descubrirme, así qué se me ocurrió una idea, telefoneé a Adrien, le dije que tenía que hablar de algo con él, quedamos para después de mi terapia.

Llegué puntual a mi cita.

Ya sabía todos los pasos, así que me tumbé y me tapé. El frío acababa de llegar a Niza y no quería ponerme enferma en estos momentos.

— Tres, dos, uno… Vas a recordar un momento bonito con Malcom, el momento que os conocisteis.

— Estoy discutiendo con mi padre. Él no quería que me pusiera ese vestido. Siempre nos pasaba igual. Yo soy rebelde, muy atrevida. No me gustaba ir tapada hasta el

cuello, y papá siempre me regañaba, me decía que le dejaba en evidencia. La discusión se ha acalorado y me he ido de allí corriendo. Estábamos en una reunión sobre su trabajo y toda la familia debía acompañarle. Cuando salí todo estaba oscuro, no veía nada y de pronto zas, me choqué con alguien, por poco me caigo, pero esa persona me ha agarrado. Sigo sin verle la cara, pero me dice algo que me hace temblar, su voz y lo que dice.

— ¿Qué te ha dicho?

— *Lumière de mon univers.*

Cuando desperté me di cuenta de él por qué me ha gustado esa frase hasta el punto de tatuarme en el empeine. Pierre, me dice que ya va quedando menos para averiguar todo. Pero yo me desquicio, ya que no logro verle la cara a Malcom.

Cuando salía de la consulta se me cayó el bolso, con la mala suerte de que estaba abierto y se me desparramó todo. Entonces alguien se agachó a ayudarme, mi sorpresa fue cuando alcé la vista y era Alain.

Me levanté corriendo, cuando fui a decirle algo miró al frente y se metió en la consulta de

Pierre. ¿Qué hacía Alain en la consulta?

Había quedado con Adrien cerca de la consulta. Cuando llegué ya estaba esperándome. Me saludó con dos besos y nos sentamos a tomarnos un café.

— Colette, ¿cómo has estado? Annette, nos contó lo de tú familiar, espero que ya se encuentre mejor. —dijo removiendo su café

— Sí, lo siento, de verdad, fue repentino y me tuve que ir sin avisar.

— Alain, está muy cabreado contigo. No entiende porque te marchaste así, después de todo vivías en su casa.

— Lo sé, lo sé. Él se portó muy bien conmigo, lo siento mucho. —lo decía de verdad..

— ¿Qué querías contarme?

— Quiero ayudaros, pero bien. Necesito que me digas por qué no me habéis dicho que Annette, es la gemela de Celine?

— Porque Alain, quería saber porque le dijiste que eras prima de ella. —dijo riendo.

— Fue cosa de suya. El comienzo entre los dos no fue el mejor, y como quería trabajar en la empresa, me sugirió que dijera que éramos primas. Ahora me siento una imbécil.

— No lo eres, pero Colette, las mentiras no llevan a ningún lado. ¿Qué quieres que te cuente?

— ¿Cómo es la relación entre Annette y Alain?

— Buena, los dos se llevan muy bien. Annette, adora a Alain. Ella fue la que los presentó.

Alain, era un mensajero de la empresa, por ese entonces era muy joven y quería trabajar para ayudar a su madre enferma. Annette, conocía a su madre, pues había sido cocinera de un tío de ella. ¿Por qué me preguntas eso? — dice curioso.

— Creo que me ha engañado —respondo.

— ¿Por qué? No entiendo.

Lo puse al día rápido. Le conté que Annette, me contrató, no me quedó más remedio que decírselo a él. Pero le hice prometer que no le diría nada a Alain, yo se lo diría en el momento correcto, pero ahora iba a rectificar y a ayudarlo. No teníamos muchas más pistas, pero tenía que ayudarle de alguna manera.

La noción del tiempo se nos fue. Tanto que mientras hablábamos apareció Alain.

— Ya he terminado. Cuando termines de hablar con ella nos podemos ir —dijo Alain sin mirarme yéndose a la calle.

Le dije a Adrien que esperase, tenía que hablar con Alain.

— Puedes parar un momento —dije mientras él seguía afuera sacando de su chaqueta una mini botella de *whisky.* — Alain, por favor. —le toqué la mano haciendo por fin que me mirara.

— No tengo nada que hablar contigo. Tuviste oportunidad y no me respondiste ni a un jodido mensaje, ni a una llamada. Eso sí, para hablar con tu amigo Claude sí que tenías tiempo.

— ¿Qué hablas? —dije suspirando.

— Cuando Annette me dijo que un familiar se había puesto mal, fui a Marsella para verte, mi sorpresa fue cuando te vi salir de la que se supone es tu casa, muy tranquila y sonriente con él.

— Alain, me tuve que ir, sí, lo siento, me inventé lo de la enfermedad, me tenía que alejar de ti.

— ¿Por qué? Estoy harto de que me tomen por un asesino. No lo soy, puedo ser muchas cosas, pero jamás un asesino. Quédate tranquila, no te voy a molestar más. — ¿Por qué has regresado?

— No puedo decírtelo. Pero confía en mí, Sé que no eres un asesino, Alain.

Se acercó a mí, olía tan bien. Pero como me había dicho Adrien, se le veía cansado, y no solo físico, sino interior.

— ¿Ya olvidaste aquella noche? —dijo dando un trago.

— He estado con otras mujeres, pero sigues tatuada en mí, tu olor, tu sabor.

— Yo también he estado con otros hombres, pero a diferencia de ti, ya olvidé tu olor, y tú sabor. —mentí, tenía que estar centrada en ayudarle, y de la forma romántica no iba a poder.

— Eres como todas las demás. Bien, lo has olvidado, y yo también lo haré. De ahora en adelante volvemos a ser jefe y empleada. ¿Le queda claro? —Hizo un gesto con la mano y llamó a Adrien que estaba en la puerta, había dejado que habláramos.

Se marcharon y me quedé con el corazón en un puño.

Pero lo nuestro no iba a poder ser.

A las doce de la noche, llegué a casa. Le dije a Chantal que iba a volver para Niza, aunque estaba cerca, necesitaba estar allí establecida.

También hablé con Claude, le necesitaba para mi plan, sin decirle todo claramente, le conté que le necesitaba para que se hiciera pasar por mi novio. Todos debían creer que estábamos juntos, empezando por Alain.

Cuando llegué a la empresa por la mañana, Alain, pidió expresamente que cuando llegara fuera su despacho. Así que así hice.

— ¡Buenos días! —dije al entrar.

— Lo serán para ti —respondió seco.

— Pues sí, para mí lo son, señor Morel. — ¿Dónde está mi mesa?

— La mandé quitar, su mesa de ahora en adelante, estará fuera. No quiero compartir nada con usted, señorita. Y si la mantengo aquí es por su *prima*.

— Sé que sabe que no lo es. A qué espera para echarme entonces —dije acercándome a él.

Sabía que no debía, pero necesitaba provocarle.

— Sí mintió por usted por algo será. Si la mantengo aquí es por ella.

Me acerqué hasta su mesa y me senté en ella. Llevaba una falda plisada, bastante ajustada.

Alain, al verme me miró las piernas de arriba abajo.
Estaba consiguiendo lo que quería.

— No juegue conmigo, señorita —respondió levantándose, pero yo le agarré.

Le pegué a mí. Me estaba engañando a mí misma, no es que quisiera provocarlo, es que necesitaba tenerle cerca, moría por sus labios.

Me acerqué más a él y le lamí los labios.

— Señorita Durand, está jugando con fuego — respondió.

— Me gusta el fuego.

Entonces me levantó de la mesa y me llevó hasta la pared, me agarró de los brazos con una mano, con la otra me tocó. Me metió la mano por dentro de la camisa, y bajando la copa del sujetador me tocó el pezón. Los tenía duros solo con mirarlo. Me los estrujo fuerte. Luego bajó

hasta mi falda, me metió la mano por dentro, me hizo a un lado el tanga, y me acarició el clítoris, estaba muy húmeda, me metió dos dedos y empezó a masturbarme. Buscaba su boca, pero él no me la daba. Me comía los gemidos, aunque me moría por gritar de placer. Pero de pronto Alain, sacó la mano y me soltó. Fue hasta su mesa, sacó un papel y se limpió.

— Señorita Durand, si quiere correrse búsquese a otro. Aquí está para trabajar, no para follarse al jefe. Creo que eso ya lo hizo, su oportunidad ya se oxidó. Ahora colóquese la ropa y vaya a su puesto de trabajo. No vuelva a entrar a mi oficina hasta que no la llame.

Me sentí tan humillada. Sus ojos se habían vuelto oscuros. Su mirada era fría como cuando lo conocí. Me coloqué todo rapidísimo y salí de allí corriendo. Annette, me estaba llamando, pero me hice la sorda, las lágrimas estaban a punto de brotar por mi cara, así que me metí en el baño y cerré la puerta con llave. Solo allí pude desahogarme. Nunca me había sentido como me sentía.

Cuando volví a mi mesa, Alain estaba ahí. No quería verlo, estaba furiosa.

— Señorita, Dunand, llevó quince minutos esperándola.

Entré a mi oficina.

Se me acercó al oído y me dijo algo de lo cual me tuve que contener para no darle un bofetón,

— Fue al baño a terminar lo que empecé.

Le miré, y tenía claro que si quería guerra la iba a tener.

— No, sabe que pasa, que me gustan los hombres que acaban lo que empiezan, así que llamé a Claude, creo que le conoce ¿no?

— Su amiguito, si lo conozco —dijo sin mirarme.

— Perdone que lo corrija, mi novio.

Alain, levantó entonces la cara y me miró más serio que nunca.

— ¿Ahora me va a decir lo que quiere? Porque no estamos aquí para hablar de mi vida privada.

Mientras estaba atendiendo algunas cosas de Alain, Adrien llegó, me llamó, me estaba contando que al día siguiente era la fiesta anual de la empresa, ahí iban todos los empleados desde la época de Celine, mi oportunidad para sacar información.

— Adrien, ¿qué haces hablando con mi secretaria? Adrien entró en la oficina, yo detrás.

— Perdona, ¿qué haces aquí? No la he llamado —me dice Alain con desprecio.

— Si estoy aquí es porque mi amigo Adrien me requiere. —escupí.

— Chicos, ya basta. Comportaos como adultos. —dijo Adrien.

— ¿Qué pinta ella aquí?

— Ya te lo dije anoche, nos está ayudando.

— Ah, ¿sí? ¿En que nos puede ayudar la señorita?

— He averiguado alguna cosa, y tengo sospecha de que el verdadero asesino de Claudine trabaja en esta empresa. Puedo limpiar su nombre. —dije mirándole.

— No necesito que usted limpie nada mío.

— Apuesto a qué sí, cabezota insolente. —contesté.

— ¿Qué ha dicho? —dijo pegándose a mí y mirándome desde su altura.

— ¿Crees que me asusta? —contesté subiéndome en la silla y quedando por arriba de él.

— De verdad que parecéis dos críos —suelta Adrien. — Estáis verdaderamente ridículos.

Cuando me bajé de la silla, pudimos hablar tranquilamente. Adrien pudo convencer a Alain de que yo tenía que asistir a la fiesta y averiguar todo lo que pudiera.

Cuando llegué al hotel después de un día duro me metí derecha en la ducha. Me acordé entonces de lo que había ocurrido por la mañana con Alain. Me sentía tan mal, por un lado quería ayudarlo, por otro mandarlo todo a la basura y volver a mi vida. Si estaba así por haberme ido sin avisar, no quería imaginar cómo se pondría cuando se enterara que fui yo la de ese artículo. Adrien me había advertido que no

tardara mucho en decírselo. En ese momento llamaron a la puerta, era Claude, había venido para ayudarme. Cuando le dije que me ayudara, le conté poca cosa, pero le pedí que me ayudara a conseguir información sobre varios empleados, como a mí me conocían no quería que se alertaran de nada.

— ¿Has conseguido algo? —pregunté.

— Te vas a caer para atrás cuando te cuente. Mira esto.
—dijo pasándome unos papeles.

Me quedé anonadada cuando vi varios nombres ahí apuntados. Todos ellos, tenían algo en contra de Alain, y no comprendía porqué, pero el mismo me tendría que contar todo. Aunque estaba enfadado conmigo, tenía que contarme todo de una vez.

— ¿Cómo lo conseguiste? —pregunté.

— Fui directamente a ellos, les dije que era periodista y estaba averiguando sobre la muerte de Celine Bertrand. Y aunque muchos se negaron y me cerraron con la puerta en las narices otros aceptaron. Fui a un barrio marginal que me dio uno de ellos, pero cuando llegué no había nadie. Me dieron una dirección y cuando entré en el edificio estaba todo derruido. Me costó salir, por un momento tuve miedo, Colette.

Le abracé cuando me dijo eso, me asusté. Claude, aparte de un amigo de intimidad, era mi mejor amigo, y le estaba arriesgando demasiado.

— Perdóname, no tenía que haberte pedido eso. Te he puesto en peligro.

— Tranquila, no pasa nada. Ya estoy aquí. No te preocupes. Me alegra saber que te preocupas por mí.

— ¿Cómo no iba a hacerlo? Te quiero mucho, Claude.

Entonces me besó. Traté de corresponder. Me llevó hasta mi cama, y me quitó la toalla que tenía puesta después de la ducha. Me empezó a besar por todo mi cuerpo, cuando llegó a la altura del ombligo le frené, no podía, solo quería los labios, y el olor de Alain.

— Lo siento, no puedo, Claude. —dije colocándome la toalla.

— Ya nunca más volveremos a acostarnos, ¿verdad? Puedes ser sincera. Sé qué lo nuestro es solo sexo. No hay sentimientos, y así lo decidimos hace tiempo, pararíamos cuando uno de los dos se enamorará. ¿Estás enamorada de él, verdad? —dijo quitándome las manos de mi cara.

— Sí, me he enamorado de él. Sé que lo nuestro es imposible, pero le quiero, No puedo remediarlo. Cuando todo esto acabe volveré a Marsella a mi vida de siempre, pero ahora estoy cerca de él, y bueno.

Me alzó la cara, me secó las lágrimas que me empezaban a brotar.

— No llores. No seas tonta. Seguimos siendo amigos y siempre me vas a tener. Alain, es un hombre afortunado aunque aún no lo sepa. Pocas mujeres arriesgan todo por ellos.

Se quedó a dormir en la cama de al lado. Teníamos una fiesta al día siguiente. Nos esperaba una noche interesante.

El día pasó volando. Fui a la empresa a ultimar todo con ellos. Alain seguía hablándome de usted. Seguía frío y distante, pero más abierto a contarme cosas, aunque lo de Celine, seguía siendo un misterio.

Tenía hora en la peluquería, esa noche quería estar radiante. Iba a observar todo a detalle.

Quería conocer a los antiguos empleados. Me llevé una lista con los nombres más importantes para estudiarlos.

A las diez, estábamos Claude y yo en la puerta del lugar donde se celebraba la fiesta.

Todo el mundo iba de etiqueta. Yo me puse un vestido dorado, tenía lentejuelas. Un hombro sin mangas. En la cintura se estrechaba. Y tenía una raja en una pierna. Fui con el pelo ondulado, pero medio recogido.

Cuando vi llegar a Alain, mi corazón palpitó. Estaba guapísimo con su traje gris, llevaba una camisa blanca y su chaleco gris a juego con el traje. Una corbata negra.

Cuando me vio se quedó paralizado. Pero de su coche bajaba una mujer rubia, bastante guapa. Sentí unos celos

horribles, esta se enganchó a su brazo. Y se dirigieron a nosotros.

— ¡Buenas noches! —dijo Alain. — Os presento a Jade, una amiga.

— ¡Buenas noches! —respondí. — Encantada, Jade, él es Claude.

Alain y yo nos mirábamos fijamente. Ambos nos devoramos con la mirada.

Entramos en el sitio. Estaba lleno de gente. Muchos al ver a Alain, se acercaron a él a saludarlo. Yo preferí irme con Claude a la barra. Necesitaba observar las caras de todos.

Me encontré con el señor Roberts. Desde que hablé con él para convencerle para que no abandonara a la empresa no lo había vuelto a ver.

Me dijo que él conocía a Alain desde hacía años. Nunca le pareció un mal hombre. Si bastante serio, y exigente, pero de ahí a asesino. Me contó que en estas fiestas venía siempre con su mujer, y que a ella sin embargo, la veía bastante celosa, quería que él estuviera pendiente de ella todo el tiempo. Celaba a cada mujer que hablaba con él.

— Por ejemplo, si ella estuviera aquí ahora mismo, estaría muerta de celos. —dijo.

— Por la chica que le acompaña, ¿no? es una amiga. — respondí yo.

— No muchacha, por ella no. Celine, estaría muerta de celos de ti. —contestó sonriendo.

— ¿Por mí? Qué cosas tiene.

— ¿No te has dado cuenta, verdad? No para de mirar todo el tiempo hacia ti. Soy hombre y sé la forma que tenemos de mirar a las mujeres, a ti no te mira cómo puede mirar a la rubia, a ti te mira con otros ojos, los del amor. Hazme caso muchacha, le conozco desde hace años, le he visto desfilar con muchas mujeres, y a ninguna, jamás las ha mirado como a ti. Ni siquiera a Celine.

El señor Roberts se disculpó y se marchó. Yo me quedé en la barra. Tenía ganas de que hubiera venido Chevalier,

pero estaba en Marsella con Chantal. Se habían vuelto inseparables. Me pedí una copa, la necesitaba.

— Está usted muy bonita esta noche —dijo de pronto Alain.

— Gracias, usted también está muy guapo —dije mirándole.

— ¿Dónde está su novio? —preguntó

— Pues no lo sé, hablando con alguien. ¿Y su amiga?

— Creo que iba al baño. ¿Ha visto algo raro esta noche?

— No, me tiene que decir quien de esta gente le odia. Se empezó a reír. Su sonrisa me fascinaba.

— Colette, todos me odian.

— ¿Por qué? No lo entiendo. —dije tomándome un trago.

— Por ser duro, estricto, y borde. Pero no hace falta que me lo pregunte, usted es una de ellos.

— Yo no le odio, y lo sabe —dije mirando sus labios.

En ese instante llegó su amiga. Se acercó a él y le dijo algo en el oído. Él se sonrió.

— Bueno, pareja, os dejo. Voy a buscar a la mía. Cuando iba a buscar a Claude, me encontré con Claudine, que hablaba con alguien que me sonaba. No sabía de qué, pero parecían muy entretenidos.

— Tengo que irme, Colette —dijo tras de mí Claude.

— ¿Qué? ¿Pero a dónde? —pregunté.

— He averiguado algo, y sí es cierto, tu amor va a demostrar que no mató a la tal Claudine.

— Claude, voy contigo. —respondí.

— No, tú debes quedarte aquí. Tranquila, voy a estar bien. Mi fuente es fiable.

Se acercó a Alain y le dijo algo. Ambos se fueron a hablar en privado. No sé qué demonios le estaría diciendo. Alain, miró para mí y Claude, levantó la mano diciéndome adiós.

La velada pasó tranquila. Hablé con varias personas que habían conocido. Pero ninguna me dijo nada que me

ayudara. Vaya decepción. A las tres de la mañana la fiesta ya estaba acabada.

Llamé a Claude, este me respondió. Me dijo que tenía una bomba. Que al día siguiente me contaría.

Salía de la fiesta cuando Alain, me alcanzó. Me dijo que me llevaba al hotel. Le dije que no, no quería fastidiarle su noche con su amiga. Me dijo que mi amiga se había ido con su marido, Adrien. Me quedé bastante cortada, así qué acepté que me llevara.

Entré en su coche. Los asientos estaban fríos, a esa hora hacía bastante frío. Alain, me cedió su chaqueta.

— ¿Que habló con Claude? —dije

— Me pidió que la llevara al hotel cuando esto terminara. Qué él tenía algo importante que hacer.

— ¡Ah! —dije mirando hacia la calle.

— También me dijo que era un hombre muy afortunado, pues una mujer maravillosa estaba enamorada de mí. ¿Usted sabe quién puede ser?

Miré para él. No sabía qué hacer. Tragué saliva. Estaba tan guapo, con esos ojos tan bonitos, esa boca.

— Puede que sepa quién es esa mujer. Pero también sabe que no puede tener nada con usted.

— No quiero hacer daño a esa preciosa mujer. Mi vida es muy complicada. Tengo mucha mierda encima, pero me gustaría que esa mujer supiera que yo también estoy enamorado de ella. Y aunque no puedo ofrecer una relación por ahora, me encantaría volver a repetir lo de aquel día con ella. ¿Sabe si a ella también le gustaría? —preguntó mirándome.

— Se muere por que vuelva a ocurrir lo de ese día. Pero no quiere que la desprecie como lo hizo la última vez.

— Estaba enfadado. Pero me moría por poseerla.

Entonces Alain, paró el coche. Se acercó a mí y me besó. Sus labios estaban fríos por el relente de la noche, pero tan suaves como recordaba.

— Llévame a tu casa, por favor.

Condujo en silencio, pero sonriente, una mano me acariciaba mi brazo. Cuando llegamos aparcó su coche. Me agarró de la mano y me llevó al interior de su casa.

Subimos en silencio a su habitación. Encendió la luz. Su habitación era amplia, bonita.

Me acerqué a él y lo besé. Luego me quité el vestido quedándome semidesnuda.

Luego le quité su chaleco, su corbata. Él se quitó la camisa. Le bajé los pantalones y le metí mano en sus calzoncillos. Se la agarré y le apreté. Estaba dura. Lo llevé a la cama y le quité los calzones. Me arrodillé ante él y le lamí la punta. Luego me la metí completa en la boca, la succioné una y otra vez, quería engullir.

— Colette, vas a hacer que me corra ya. —dijo suavemente.

Me levanté del suelo y me tumbó en la cama. Me abrió las piernas y fue directamente a mi entrada. Me lamió de arriba a abajo. Me introdujo los dedos mientras me lamía. Estaba tan excitada que me corrí en su boca. Luego me puso de espaldas y me penetró por el ano. Me agarraba del pecho, me retorcía los pezones y yo cada vez me sentía más y más excitada. Me volví a correr. Este hombre lograba que lo hiciera con solo mirarlo.

Me puse boca arriba mirando para él. Lo tendí a él en la cama y me senté sobre él.

— ¿Eres multiorgásmica? —dijo sonriendo.

— Sí —respondí.

Se levantó, cogió las bolas chinas. Se las quité de las manos, y me las introduje en la boca provocando. Luego me puse a cuatro patas y me las metí en el ano. Me senté sobre él. Me abrí las piernas y le dije que entrara en mí. Así hizo.

Empezó suave, pero fue aumentando cada vez más y más. Cogió el hilo de las bolas y empezó a moverlas. Un escalofrío maravilloso sentí en mi cuerpo, por cada estocada, tiraba del hilo. Ambos empezamos a gemir, estábamos cerca. Empecé a moverme muy deprisa hasta que no pudimos más

y nos corrimos. Me tumbé encima de él recuperando el aire. Nos besamos y nos abrazamos.

— ¿Te quedas a dormir? —preguntó.

— Por supuesto.

Me metió dentro de la cama y me apoyé sobre él. Luego cerré los ojos y me quedé dormida.

Por la mañana cuando me desperté, lo hice muy contenta. Hacía años que no dormía tan bien.

Alain, me besó. Me incorporé de la cama.

— Me encanta hacerte el amor, Colette.

— Y a mí, Alain. Sé qué no podemos tener nada más, pero bueno al menos tenemos estos momentos. Para mí es más que sexo, es la conexión de nuestras almas.

Me abrazó y me besó. Qué bien sabía este hombre, incluso recién despierto.

Me sonó el teléfono. Eran las diez de la mañana, se me había ido la hora. Debía ser Claude preocupado.

— Señorita Durand. —dijo alguien.

— Sí, ¿quién es?

— Soy el inspector Charlon. Le tengo que pedir que esté tranquila.

En ese momento el teléfono de Alain también sonaba.

— ¿Tranquila? Si me dice eso así es porque algo ha pasado.

— ¿Conoce al señor Lefroid?

— Sí, claro es mi amigo —dije nerviosa.

— Siento comunicarle que está muerto.

El móvil se me cayó de las manos. Me quedé sentada en el suelo, las lágrimas me brotaban por mi cara, no podía creerme que mi mejor amigo, había muerto por mí culpa.

Alain, me abrazó. Lloraba desconsolada, no comprendía cómo era posible que Claude, muriera. Él no había hecho nada malo, sólo me estaba ayudando.

Alain, me llevó a mi hotel a cambiarme de ropa. Tenía que ir a la comisaría para hablar con la policía.

Cuando llegamos, un hombre alto y muy delgado se presentó como el inspector Charlon. Me dijo que estaba encargado del caso.

— Señorita, sabemos que anoche el señor Lefroid estaba con usted y el señor Morel en una fiesta. ¿Por qué se marchó?

— Pues verá estábamos tan tranquilos y alguien le llamó. Mi amigo me estaba ayudando en una investigación.

— Pero usted es ayudante del señor Morel, ¿no? Entonces, ¿por qué estaba investigando? No entiendo, — preguntó este.

Alain, me miraba confundido. Él sabía que estaba ayudando a averiguar quién le quiere hacer daño. Pero no sabía la verdad. Y era el momento de decirlo. No podía mentir a la policía. Adrien, que estaba presente me miró, pues él me había dicho se lo contara a Alain.

— La verdad —dije llevándome las manos a los ojos, me pesaban mucho. — Yo no soy secretaría ni nada de eso. Soy periodista de investigación —respondí mirando a Alain que me miraba sin pestañear. — Mi jefa me envió aquí para averiguar si el señor Morel había matado a su mujer.

— ¿Qué? —preguntó Alain levantándose de su asiento.

— No me lo puedo creer. Nunca en mi maldita vida he matado a nadie, aunque cueste creer a la gente.

Se marchó furioso. Adrien, se disculpó y fue tras él. Yo me quedé para seguir hablando con el detective. Le conté todo. Me pidió que si me enteraba de algo les contara. Me dio su número y luego me marché, no hacía nada más allí.

Cuando salí, Adrien estaba afuera. Me contó que Alain se había marchado, pues estaba muy enfadado, este le contó que también lo sabía y no había dicho nada porque confiaba en mí.

— No le busques ahora, le conozco y podría ser muy cruel, Colette. Te dije que tenías que habérselo dicho antes.

— Lo sé, pero no me dio tiempo.

Me marché a dar una vuelta. Estaba destrozada. Mi mejor amigo había muerto. Y Alain, estaba furioso conmigo. Lo había estropeado todo.





12

ALAIN

Cuando Claude me contó que Colette me quería sentí una gran alegría. Me quedé primero sorprendido, porque ella me había contado que eran novios. Cuando este me confirmó que no era cierto, que Colette lo había dicho para darme celos sentí una felicidad enorme. No podía tener una relación estable con ella, pues mi vida era complicada. La verdad es qué tenía muchas cargas a mis espaldas, y no era libre. Mi pasado me tenía atrapado. Quería contarle todo a Colette.

Claude me dijo que la cuidara. Me pidió como favor que la llevara a su hotel, pues él tenía que irse urgentemente. En ese momento me sonó extraño, pero como tampoco sabía a qué se dedicaba pues supuse que era por algo de trabajo.

Cuando vi que Colette se iba decidí ir tras ella. Estaba tan bonita. Brillaba tanto. Tenía ganas de confesarle todo lo que sentía por ella, por eso le pregunté si me quería.

Cuando me pidió que la llevara a mi casa no me lo pensé dos veces. Deseaba volverla a saborear, Quería sentirla, olerla. La noche fue maravillosa. Jamás había estado con una mujer como ella. Jamás había amado a nadie, por eso sentía eso tan especial con ella.

Pero por la mañana todo eso acabó. Al verla llorar desconsolada por la muerte de su amigo sentí la necesidad de mandar todo a la mierda y volcarme en ella. Deseaba protegerla.

En un segundo todo se esfumó, cuando confesó que era periodista y que había venido a mi empresa a investigarme. Me sentí estafado, engañado, decepcionado. Todo lo que dijo que sentía por mí entonces era mentira, quería enamorarme para sacarme información, y lo peor es que por poco lo consigue, estaba dispuesto a contarle toda mi historia, imbécil de mí.

Cuando salí de comisaría me fui a dar una vuelta. No sabía dónde meterme, entonces conduje hasta Marsella, necesitaba averiguar. A mí, me tocaba saber quién era ella de verdad.

Sabía que se llamaba Colette Durand, periodista de investigación. Así qué tirando de conocidos averigüe dónde vivía su tía.

Al llamar a la puerta, me abrió una señora muy amable.
Me presenté y me dejó pasar.

— Así qué eres tú el famoso Alain. —dijo mirándome con una sonrisa.

— Vaya, veo que su sobrina ha hablado de mí con todo el mundo.

— Dime muchacho, ¿Qué ocurre? —hizo que me sentara.

— Sólo quiero saber la verdad. Quién es su sobrina y por qué me ha engañado.

Le puse al día de todo. Ella me escuchaba en silencio. Primero me puse furioso, luego me fui relajando. La verdad que la señora era muy amable. No tenía la culpa de qué su sobrina me hubiera engañado.

— Siento todo esto, Alain. Colette, es una buena chica. Ella no te ha engañado. Vale que al principio al llegar sí, pero sobre sus sentimientos no lo ha hecho.

— Señora, se metió en mi corazón solo para arrancarlo después. No se lo pienso perdonar.

Me ha destrozado la vida.

— Alain, ella cometió un error al coger el diario de tu mujer y dárselo a su jefa. Cuando se dio cuenta quiso

rectificar, por eso volvió a Niza, porque quería demostrar que eras inocente.

— ¿Cómo que ella robó el diario de Celine? —escupí.

— ¿Entonces fue ella? ¿Es la famosa

Fleur de lys? Me levanté furioso. Gracias, señora. Siento haberla molestado.

Me marché furioso. Pensé en ir al periódico, pero me fui relajando. No podía montar un escándalo. No me vendría bien.

Volví a Niza. Cuando llegué a mi casa y subí a mi habitación me vine abajo. La cama estaba sin hacer por qué tuvimos que salir corriendo. Hacía apenas unas horas habíamos hecho el amor, la sentía de verdad, y ahora sé que todo era mentira.

Arranqué las sábanas y las tiré a la basura. Me duché y bajé al salón. Cogí mi botella de whisky y me senté. Solo quería emborracharme.

Cuando era un niño, solo deseaba ser rico para ayudar a mi madre. Cuando conocí a Celine, me dejé deslumbrar por todo lo que ella me ofrecía, y aunque no la amaba, le cogí cariño. La cuidé todo lo que pude. Pero si hubiera sabido todo lo que me iba a pasar, hubiera preferido vivir en la pobreza.

Estaba en el salón a oscuras. No sabía cuánto tiempo había pasado, pero sí el suficiente para acabar la botella y empezar otra. No estaba en todas mis facultades.

Miré el teléfono y tenía varias llamadas de Adrien, y varias de la impostora. Así la iba a llamar de ahora en adelante.

Sonó la puerta, supuse que era Adrien, ya que cuando me llamaba y no le respondía se presentaba en casa, pero cuando abrí era Colette.

Nada más ver que era ella, cerré, pero ella puso el pie.

— Quítalo, no quiero hacerte daño —dije, me costaba mucho mantenerme en pie.

— ¡Por favor! Déjame pasar. Tengo que hablar contigo.

— No tenemos nada de qué hablar. Ya está todo dicho
Fleur de lys.

— ¿Cómo te has enterado? —soltó.

— ¿Creías que no me iba a enterar? —Me tropecé con el mueble.

Colette entró. Y me agarró para que no me cayera.

— No me toques —escupí. — Eres una farsante.

— Alain, comprendo que estés enfadado conmigo. Lo hice fatal. A mí me contrataron para averiguar qué había pasado con tu mujer. Pero luego te conocí de verdad, me enamoré.

— No mientas más, por favor —grité. —No finjas que te importo. ¡Basta ya! Yo no maté a mi mujer, no sé por qué la gente dice eso. No hay cuerpo, no hay muerto. Ahora lárgate.

— No estoy fingiendo. Te quiero, Alain. La cagué cuando te robé el diario. Lo siento.

— ¿Cómo lograste robarlo? —pregunto.

— ¿Recuerdas el día que hicimos el amor por primera vez?

— Yo te hice el amor, tú me utilizaste.

— Ese día te ibas de viaje, aproveché y entré. La puerta de tu sala de fiestas estaba abierta. Vi el pasadizo. Y bueno, el caso es que lo encontré.

— Claro, para que no te descubriera fingiste que deseabas estar conmigo. Dime, Colette,

¿Porque no te dedicas a la prostitución? se te da de maravilla, y déjame decirte algo, aunque no lo mereces, follas de puta madre.

Me pegó un bofetón y se dirigió a la puerta, pero antes de abrirla me miró;

— Sé qué me pasé. Aquí no solo pierdes tú. Yo te pierdo a ti. Lo creas o no, te quiero. Y pienso rectificar el error que cometí, no sé cómo, pero lo pienso hacer.

— Lárgate de una vez. No necesito tu maldita ayuda.
No quiero volver a verte jamás. —abrí la puerta y la eché.

Me dolió en el alma, pero me había engañado y no sabía si en algún momento podría perdonarlo.

Pasó un mes. Un mes que no había vuelto a saber de ella. La cosa estaba un poco más calmada. Estuve centrado en el trabajo todo el tiempo. No hacía otra cosa más qué ir a trabajar y volver. Cuando llegaba a casa, me emborrachaba. Había dejado de ir al psiquiatra.

Había avanzado mucho, pero no tenía cabeza para eso. Los sueños habían cesado, solo soñaba con la figura de una mujer, una mujer que amaba muchísimo pero algo o alguien me la había arrebatado y no quise seguir viviendo. Pierre, el psiquiatra quería ayudarme a recordar la cara de ella, pero no podía, solo me venía a la mente la cara de Colette. Maldita, se había metido en mi corazón y no podía sacarla. Mis amigos me habían dicho de hacer una de mis fiestas privadas, pero no tenía ganas.

Cuando llegué a mi oficina, me encontré con Adrien, me dijo que Colette, estaba en la empresa. Fui a decirle que no la quería allí, pero me contestó que no se iba a ir, iba a averiguar quién era el asesino.

— No quiero su ayuda, ¿es que no lo entiendes?

— Deja el orgullo a un lado por un momento. Colette, ha averiguado algo. Encontró entre los papeles de Claude información. Tiene una pista de quién puede ser la persona que te ha traicionado.

— ¿En serio? —quería limpiar mi nombre, la verdad.

— Alain, ella está aquí. Va a pasar. Sé que no quieres verla. Ella no quería venir, pero la convencí.

Cuando Adrien abrió la puerta y avisó me puse nervioso. No me apetecía verla, pero por otro lado tenía curiosidad por ver su cara.

— ¡Hola! —dijo tímidamente.

Yo la miré, y me senté sin responderle. No quería hablar con ella. Pero estaba preciosa.

— Colette, ¿qué tienes planeado? —preguntó Adrien.

— Voy a volver a la empresa. No voy a ser la mano derecha del señor Morel, todos creen que yo le creo un asesino. Así les he hecho creer.

— ¿Por qué? —saltó mi abogado.

— Porque el asesino o asesina, está en esta empresa. Sí me ven la mano derecha del señor, no van a confiar en mí, sin embargo si ven que nos detestamos, sí que confiaran. Necesito acercarme a todos esos que le odian.

— No será difícil fingir que nos detestamos, al menos para mí —dije rompiendo el hielo.

Colette me miró. Sus ojos se mostraban fríos. La miré con desprecio.

— Así es, señor. Va a ser fácil mentir.

— Tú eres toda una experta de hecho.

— Y usted todo un cretino, insolente, engreído. — respondió.

Me levanté de mi asiento furioso. Fui hacia ella.

— ¡No juegues conmigo, Colette. Lo permití una vez, no voy a permitirlo una más.

— ¿O qué? Me va a matar como a las demás — respondió ella elevando la voz.

— ¿Qué haces, loca? —dije tapándole la boca. Ella se me soltó. Y fue hacia la puerta.

— Estoy haciendo el show. Y por cierto, no me vuelva a tocar en lo que le quede de vida, ¿le queda claro?

Desde luego que empezaba el show. Con lo a gusto que estaba todo este mes.

— ¿Tengo que aguantar eso? —pregunté a Adrien.

— Ella es la única que puede ayudarnos.

— No quiero que me ayude. No confío en ella — escupí.

— Sé que te sientes utilizado, pero yo creo en ella, Alain. Quiere ayudarte.

Me sonó el teléfono, era uno de mis amigos, quería saber si me animaba a ir a una de esas fiestas que tanto me gustaban, dije que sí. Necesitaba poder sacarme a Colette de mi cabeza.

Luego seguí trabajando. Ya no me fiaba de nadie de mi empresa. Adrien, me había contado que Annette había sido la que contrató a Colette. Mi cuñada pensaba que había matado a su hermana y fingía llevarse bien conmigo. Ahora entiendo muchas cosas, ella odiaba a Celine, le tenía envidia porque sus padres dejaron a cargo de la empresa a su hermana. Con razón

Celine me dijo que no me fiara de ella. Menos mal que jamás le dije la verdad. Quería hablar con ella, así que la invité a comer. Hacía mucho que no comíamos juntos. Cuando Celine la invitaba a comer, llamaba a un catering buenísimo que le encantaba a Annette, así que organicé una comida en casa. Cuando se lo dije, se quedó algo extrañada, le dije que nos habíamos distanciado y no me gustaba, era la hermana de mi mujer.

Me tocaba hacerla creer que me seguía fiando de ella. Aunque no confiaba en Colette, no podía ponerla en peligro.





13

COLETTE

La noche que Alain me echó de su casa y de su vida, no quise seguir con la investigación. Me volví a Marsella y le dije a mi jefa que me tomaba unas vacaciones, aunque no estuvo muy contenta no le quedó más remedio que aceptarlo.

Me encerré en mi casa y no quería salir. Chantal, trataba de animarme, pero no me apetecía.

Mi mejor amigo estaba muerto y la persona de la que me había enamorado, no me quería ver.

Mi tía y Amelie, me animaron para que luchara por Alain, pero no me quedaban más fuerzas

y ánimos, era consciente de que lo había perdido.

Mis pesadillas se habían vuelto más fuertes. No paraba de ver mi muerte en ese siglo. Me despertaba angustiada. Se lo conté a Amelie que me dijo que tenía que llegar al final de la terapia.

— Tienes que seguir con el psiquiatra, Colette. Si viste que yo era el médico que te atendió y has reconocido a más personas, estoy segura que averiguaras quien era Malcom.

— No logro verle la cara nunca. No podré saber quién era él.

— Cuando estés tranquila y relajada sé que lo averiguarás. Porque además tú corazón te hablará y no dudarás. —dijo Amelie agarrándome de las manos.

— ¿Tú sabes quién es, verdad? —pregunté segura de que lo sabía.

— Sí, pero no puedo decírtelo. Debes estar tranquila, cuando lo estés lo sabrás.

Me volví a casa, Chantal quería hablar conmigo, estaba un poco decaída, y como sabía cómo me encontraba yo no quería agobiarme con sus problemas.

Estaba sentada mirando por la ventana como llovía, ya había llegado el invierno y hacía mucho frío.

— Ya estoy en casa. ¿Qué te pasa? Te veo tristona. Perdóname por no haberte hecho caso en este mes, he sido una egoísta.

— No tengo nada que perdonarte. Lo tuyo ha sido muy fuerte —dijo abrazándome.

— Cuéntame, ¿qué ocurre?

— Es Chevelier, no me coge el teléfono. No sé qué le ocurre. Parecía que todo iba bien entre nosotros. —dijo moviendo los brazos.

— Pero, ¿habéis discutido?

— No, para nada. Bueno, me dijo que estaba molesto porque habías engañado a su amigo. No esperaba eso de ti.

— Lo siento tanto, Chantal. No solo le hice daño a Alain, te lo he hecho a ti y a Chevalier. He sido una estúpida.
—contesté con los ojos encharcados.

— No llores, seguro que lo solucionaremos. Estás muy enamorada, ¿verdad? — pregunta.

— Muchísimo. Chantal, nadie jamás me ha hecho sentir lo que he sentido con él. Las dos veces que nos hemos acostado han sido maravillosas. No era solo el sexo, que por cierto era increíble, si no la unión de nuestras almas. Nunca lo había sentido con nadie.

Se nos ocurrió pedir unas pizzas y ponernos a ver maratón de películas ñoñas.

Necesitábamos llorar y desahogarnos.

Por la mañana estaba mirando unos informes que me había traído de Niza, cuando vi los papeles que estaban entre las cosas que Claude había dejado en el hotel. Me pareció extraño entonces ver un apellido, Dubois. ¿Dónde había escuchado ese apellido? Llamé a Adrien, le pedí que

me hiciera el favor de averiguar sí en la empresa había alguien que se apellidara así.

En una hora me llamó. Me contó que no había encontrado nada, pero a él también le sonaba ese apellido. Le pregunté por Alain, me contó que seguía bebiendo. No había vuelto a preguntar por mí, así qué supuse que ya me había olvidado. Me sentí fatal.

Abrí el ordenador y me puse a mirar en los archivos que tenía de cuando trabajé en la empresa de Alain. Un día busqué el nombre de todos los empleados, yo sabía que el apellido Dubois, lo había visto en algún lado. Mi sorpresa fue más allá cuando vi que Annette, años atrás se apellidaba así, pero ¿cómo? Le envié un mensaje a Adrien y se lo conté. Me llamó de inmediato.

— No me acordaba de eso, pero en la época que empecé a trabajar con Alain, Annette se estaba divorciando. Su matrimonio siempre fue un misterio, pero su marido se apellidaba así.

Decidí retomar el caso, así se lo hice saber a Adrien. Llamé a mi jefa y le conté lo que había averiguado, le hice jurar que no contaría nada y menos a Annette. Hice mi maleta y volví a

Niza.

Cuando me presenté en la empresa y le ví me dieron ganas de ir hacia él y abrazarlo muy fuerte. Aunque la última vez que le vi fue duro conmigo, pero le amaba tanto.

Tenía un plan y lo iba a llevar a cabo. Hablé con Annette la primera, le dije que tenía una prueba de que Alain era el asesino de Claudine, pero hasta no estar segura no podría decir nada. De su hermana no había pruebas, ya que nunca apareció el cadáver.

Sabía que ella llevaría el rumor. Mi meta con eso era que el verdadero asesino se confiara.

Necesitaba que se acercara a mí. Si su interés era que Alain fuera a la cárcel haría lo que fuera por acercarse a mí.

No confiaba en nadie. Pero tenía que acceder.

Annette, me preguntó si podía ir esa noche a una fiesta. No una fiesta cualquiera, sino las fiestas a las que Alain iba. Nunca había ido a una.

— ¿Para qué quieres que vaya? —pregunté.

— Porque Alain va a ir esta noche. ¿Y si alguna de las qué están allí muere? No me fío de él.

A lo mejor encuentras alguna prueba.

Solo escuché que Alain iba a ir y me mató. Ya me había olvidado. No era tan mala idea asistir a una de esas orgías. Por lo visto la iban a hacer en un local de un primo de un amigo de Alain.

— Pero, ¿cómo voy a asistir? no tengo invitación. —
dije.

— Yo conozco a ese amigo. Alguna que otra vez nos
hemos acostado. Y cualquier favor que le pida me lo hace. Le diré que seas su invitada especial.

— Yo no voy a participar.

— Algunas personas van de espectadoras. Tú serás alguna de ellas.

No tardó en organizarlo. El amigo de ella, un tal Simón, me esperaba en una hora en una dirección. Me estaba arriesgando demasiado, Annette, tenía mucho que ocultar, ¿y sí era una trampa? Necesitaba arriesgarme.

Llegué a un sex-shop. Un tipo moreno con los ojos oscuros y bien parecido se presentó como

Simón. Era muy simpático. Me contó que era su negocio y le iba muy bien. Hacían bastantes orgías. A Alain, solo le había visto una vez, cuando este recién comenzaba. Me explicó que muchas personas solo iban a mirar porque les ponía, siempre y cuando los que participaran estuvieran de acuerdo. Me dejó un disfraz, tenía que ir así a la fiesta. Me dijo que iba a ir como su pareja, así nadie tendría problema.

A las once de la noche entramos en el sitio. Como ya había visto en la sala de Alain, había espejos por todos lados. Unos sillones de color rojo lo adornaban. Una mesa gigante llena de juguetes, todas limpias, y ordenadas.

— Siéntate aquí. Ahora vengo, voy a saludar a unos amigos.

Para mí era algo embarazoso, no me sentía cómoda, pero no por ver a esas personas hacer lo que iban a hacer, sino porque Alain iba a asistir, no me apetecía nada verlo montárselo con otra.

Empezó a entrar gente y a saludarse. Todos iban con disfraces de médicos. Yo iba de

dominatrix. Al ser la invitada especial, Simón me dijo que me vistiera así, la verdad no entendía de estos juegos.

Simón se volvió a acercar a mí y se sentó a mi lado.

— La fiesta acaba de comenzar, —dijo en mi oído.

La gente se empezó acercar a una chica, y en ese momento me percaté de que solo éramos ella y yo de mujeres. Qué extraño.

Esta se tumbó en la cama y empezó a tocarse. Todos se quedaron desnudos e hicieron lo mismo. No me sentía a gusto, la verdad. Entonces, los chicos se empezaron a apartar, y a lo lejos apareció Alain. Lo reconocería entre un millón. Fue hacía la chica y se sentó a su lado.

Esta dejó de tocarse y fue hacía él. Se agachó y se la introdujo en la boca. Yo me levanté para irme, no me sentía bien, pero ocurrió algo que no me esperaba, Simón me agarró y me llevó a la misma cama donde estaba Alain, yo decía que no, pero él no me escuchaba. Me arrancó el body y se sentó sobre mí y comenzó a besar mis pechos, su mano, bajó hasta mi vagina, me dio un asco enorme, entonces le pegué una patada en los huevos. Todos me miraron al ver a este en el suelo, me tapé corriendo y Alain al verme se levantó.

— ¿Qué haces aquí? —preguntó a la vez que iba hasta Simón y le metía un puñetazo. —

Como vuelvas a tocarla juro que te destrozo la cara de imbécil que tienes.

Me agarró del brazo y me llevó a una sala dónde me dio una toalla y él se vistió.

— ¿Me vas a explicar qué demonios haces aquí, Colette?
—dijo muy enfadado. — ¿Me sigues vigilando? ¿No decías que tú no participabas en orgías, o era también mentira?

— Para empezar no te estoy siguiendo. Esto ha sido una maldita trampa de Annette.

— ¿Annette? ¿Qué tiene que ver ella en esto? —dijo mirándome esperando una respuesta.

— Esta mañana me dijo qué iba a venir aquí. Que quizás matabas a alguien. Obvio no vine para eso, quería saber si la persona que te quiere perjudicar estaría aquí. Ya veo que Anette es la culpable de lo que te pasa.

— Aquí la única que me ha perjudicado eres tú. No solo te metes en mi empresa y me mientes. Me robaste algo muy personal de mi esposa. Te metiste en mi cama haciéndome creer que me amabas cuando estaba claro de que no. Y ahora esto. Es muy fuerte lo tuyo.

— Me creas o no, es la verdad. Anette me engañó. Y la única verdad de todo esto es que te quiero, cosa que tú a mí no, pues ya estabas tirándote a otra.

— Es solo sexo. Además, tú y yo no tenemos, no tendremos nada, jamás. —dijo terminando de vestirse.

Me senté en el suelo y me empecé a limpiar, me sentía asquerosa de que el tipo ese me tocara como me tocó. Me restregaba muy fuerte dejándome la piel irritada.

— Para Colette, te vas a hacer daño —expuso Alain levantándome del suelo.

— No hay más daño que el de tú desprecio.

Agarré el albornoz, me lo abroché bien y salí a la calle.

— ¿Dónde vas así? —preguntó Alain.

— Al hotel, ni modo que me quedé aquí en estas guarradas que te gustan. No sé cómo puedes tirarte a una persona sin sentir amor. Es lo que hiciste conmigo.

— A ti te amaba, te hice el amor. A las otras simplemente me las tiro. Venga te llevo al hotel.

— ¿Para qué? No dices que no quieres verme más, ¿qué te utilicé? Qué te importa entonces lo qué me pase —dije poniéndome de puntillas y señalándole.

Me agarró y me subió a su hombro. Yo pataleaba.

— Me quieres soltar. Suéltame, Alain.

Pero no me hacía caso alguno. Me llevó al parking, abrió la puerta del copiloto y me introdujo en el interior. Luego entró él. Yo no paraba de patalear, por primera vez en mi vida, me había entrado un ataque de histeria. Entonces Alain, me agarró de la cara, hizo que le mirara y me plantó un besazo en la boca. Como le extrañaba, sus labios, su lengua, su sabor.

No sé en qué momento dejamos de besarnos, pero yo ya estaba calmada. Alain, arrancó el coche y condujo en silencio. Me dejó en la puerta del hotel, antes de bajarme me agarró de la mano.

— Lo que pasó hace un rato quiero que lo olvides. — dijo.

— ¿Lo de la orgía? —pregunté deseando que fuera eso.

— No, el beso. Eso jamás ocurrió, como quiero que olvides también lo que pasó entre nosotros en dos ocasiones, yo ya lo olvidé. Quiero que sigas con tú vida, Colette. No quiero que me ayudes. Vuelve a Marsella. — respondió mirándome seriamente.

— Esto ya no se trata de ti, Alain, sino de mi trabajo y ahora mi vida. Anette me ha engañado, me tendió una trampa y pienso demostrar que es ella la asesina. Y tranquilo, ese beso para mí no ha sido nada, igual que los dos polvos que echamos, como tú bien dijiste, te utilicé. —le dije eso porque ya estaba harta de suplicarle y de decirle que le quería. Ahora después de esas palabras deseaba que me odiara.

— Por fin te sinceras. Hasta que reconociste que fui para ti un polvo.

— No, uno no, dos, recuérdalo. Abrí la puerta y cerré de un portazo.

— Colette, te lo repito, vuelve a Marsella. De Annette me encargo yo.

Arrancó el coche y se marchó de allí dejándome el corazón destrozado.

A la mañana siguiente fui a la empresa, Anette se disculpó conmigo. Según me contó, Simón le había prometido que me ayudaría y cuidaría, pero que cuando me vio le gusté tanto que quiso que participara en su fiesta.

— Por poco me viola, Anette. No entiendo tu empeño en que fuera. Encima tuve que ver al imbécil de Alain. Que querías, ponerme a mí de tapadera para ver si me asesinaba?
—tuve que soltar eso para ver cómo reaccionaba.

—Lo siento. Sí, pero según tenía planeado, no tenía que pasarte nada porque Simón te protegería. Lo siento.

— No me creía nada de ella, pero tenía que seguirle el rollo.

Al rato apareció Alain, que al verme se puso muy serio. Le dijo algo a su nueva asistente y se metió en su despacho. Cuando me disponía a llamar por teléfono a mi jefa, Adrien me avisó de que pasara al despacho de Alain.

— Señorita Durand, creo haberle dicho anoche que se marchara a Marsella.

— Señor Morel, creo que no se ha dado cuenta aún de que yo hago lo que me da la gana, y no me pienso ir, esto ya no es por usted, sino por mí.

— Muy bien, pues haga lo que le dé la gana fuera de mi empresa. —dijo mirando a Adrien.

— Colette, será mejor que le hagas caso. —expuso este.

— ¿O sino qué? No me pienso ir, ya sé quién está detrás de todo esto.

— Señorita Durand, si no se marcha llamaré a seguridad, y ya sabe cómo es, lo vio con Claudine.

— Cierto, y esa misma noche murió. Creo que me quedo, digo, a lo mejor corro la misma suerte.

Alain, me miró con unos ojos llenos de furia. Esos ojos azules se habían vuelto muy oscuros.

— Adrien, me voy a la comida, encárgate tú de qué se haga lo que he ordenado. La señorita

Durand está fuera.

Se marchó de su oficina dando un fuerte portazo.

— ¿Quién demonios se cree que es? —escupí.

— El dueño de la empresa me temo —contestó Adrien

— Y por lo que veo también el dueño de tú corazón. Me contó lo que te pasó anoche, Colette. Corres peligro, si de verdad es Anette, lo estás.

— ¿Dueño de mi corazón? Es un imbécil mal agradecido. Encima que le ayudo me paga así, me desprecia y me hecha.

— Esta vez, estoy de su parte. Lo hace para protegerte Colette. No quiere que te ocurra nada.

Por eso te ha dicho que lo dejes.

— Ya claro. —dije cruzando los brazos como una niña pequeña.

— Colette, ya ha muerto mucha gente, y todas las culpas se las lleva él. Jamás han demostrado nada porque no había pruebas que demostraran nada, pero para él eres importante, y aunque está enfadado y no quiere verte, no quiere que te ocurra nada. Respétalo. Él se va a encargar de desenmascarar a Anette.

Me fui al hotel. Pero estaba claro que no me iba a ir, ni iba a dejar de investigar. Aunque fuera lo último que hiciera.

Me eché un rato en la cama y me quedé traspuesta.

Estaba en una habitación enorme. Había una chimenea que estaba prendida. Las paredes eran de piedra, y gracias a la chimenea estábamos calientes. No había apenas muebles. Solo unas sillas de patas de madera y el asiento de cuero. Por encima había pieles de animales, y en el suelo piel de jabalí, era una alfombra. Yo estaba sentada en ella. Entonces apareció él,

Malcom. Su cara no la veía, pero su cabello largo y sus fuertes brazos y torso sí. Se agachaba y me besaba, yo le correspondía y me sentaba a horcajadas sobre él. Este me decía que no estaba bien que una señorita se comportara así que pensaría la gente, y luego se reía. Me metía sus frías manos por debajo de mi enorme falda. Yo le arrancaba su camiseta y le dejaba el torso desnudo, tenía un colgante con un rayo. Me bajaba el vestido y me desesperaba, me quitaba

todo hasta quedar desnuda. Entonces Malcom, me tumbaba en el suelo y me besaba completa.

— Claire, me vuelves completamente loco. Te quiero toda mi vida así. No veo el momento de desposarme contigo.

Luego se quitaba sus pantalones y me penetraba, gritaba de placer, Malcom me hacía el amor de una manera maravillosa. Mientras me lo hacía me percaté de que en su brazo tenía una marca, era un rayo, igual que el de su colgante. Yo le tocaba el brazo, quería sentir el tacto de su mancha. Después de hacer el amor nos abrazamos.

Me desperté bastante adormecida. Habían pasado tres horas desde que me había dormido. El sueño, ese sueño, y la mancha de Malcom en su hombro, yo lo había visto en algún lugar, ¿dónde?

Me llamarón por teléfono, era Adrien, conteste pensando que Alain, estaba arrepentido y quería que volviera. Pero me quedé de piedra al escuchar lo que Adrien me dijo.





14

ALAIN

No comprendía qué demonios hacía Colette en esa fiesta. No me percaté de que era ella hasta que Simón la empezó a meter mano, ese cuerpo no lo podía olvidar. Al ver que ella le pegaba una patada a este, me enfurecí, no iba a permitir que absolutamente nadie la tocara. Aunque estaba furioso con ella, y aunque no la quisiera ver más no significaba que la hubiera olvidado. Colette se me había tatuado en mi corazón y en mi alma.

Verla tan susceptible, llorando desnuda y limpiándose donde ese tipo la había tocado, me dieron ganas de volver a salir y arrancarle el alma.

No iba a permitir que se fuera a esa horas y semidesnuda sola por la calle. Así qué sin preguntarle la llevé a mi coche. Estaba realmente preciosa. Como le entró un ataque de histeria por lo que había ocurrido, aproveché para besarla. Como lo deseaba, sus labios y su sabor. Me hubiera encantado volver a llevarla a mi casa y hacerle el amor, pero me acordé de que ella me había utilizado, así que me aparté.

Aunque no le dije nada, tenía claro que iba a enfrentar a Anette, no se iba a quedar así.

No quería que Colette corriera peligro, y por desgracia en mi vida pasaban cosas muy raras, por eso le dije que se marchara, además, necesitaba sacarla de mi corazón. Fuera como fuere estaba decidido a olvidarla y más cuando me dijo

que tenía razón y me había utilizado, despertó en mí ese lado borde y lo iba a utilizar para alejarla.

Como es tan terca y tiene ese carácter que me vuelve loco, preferí que Adrien se encargara de convencerla para que se fuera. Si lo hacía yo no iba a ser de las mejores formas.

Me fui a mi casa, la comida con Anette, estaba por comenzar y desde luego me iba a explicar muchas cosas.

A las dos estaba todo preparado. El catering que hacía esas ricas comidas llegó a su hora.

Cuando llamaron a la puerta, creí que era Anette, pero mi sorpresa fue cuando apareció Chevalier.

— ¿Qué haces aquí? —pregunte sorprendido.

— Perdona que venga sin avisar, es que necesito unos papeles que te has llevado. Me dijo Adrien que te los trajiste.

— Sí, los traje porque luego no voy a volver a la empresa, voy a trabajar desde aquí.

— ¿Qué pillín, comida romántica? —preguntó.

— No, más bien familiar. Viene Anette, hace mucho que no como con ella, y es mi cuñada.

— Cierto. Pues nada, entonces si los vas a revisar tú pues nada. Me voy te dejo con tus cosas.

— Espera, si me puedes ayudar, es mucho trabajo, te voy a dar unos documentos que me gustaría que revisaran.

Fui a buscar los papeles. Se los di y este se marchó justo cuando entraba Anette. Se saludaron y se fue.

— Qué bien huele. Hace mucho que no comía nada de este sitio. ¿Te acordaste, eh? — dijo ésta sonriendo.

— Sí, ¿quieres vino? —pregunté.

— Sí, claro.

Nos sentamos a comer. La verdad que todo estaba buenísimo.

— Anette, ¿porque enviaste a Colette a esa fiesta ayer?

Ella no es como nosotros.

— Yo hace años que no voy a esas fiestas, Alain. Le dije que fuera porque quería saber si de verdad está enamorada de ti.

— ¿Y a ti que más te da eso? —expongo.

— Te gusta, ¿verdad? —dice levantándose y yendo hacia mi silla. — ¿Colette, sabe lo que hubo entre nosotros?

— No hubo nada, Anette, participamos en una orgía juntos. Follamos un par de veces y ya está. Tu hermana se enfadó contigo porque no quería que fueras a esa fiesta.

— Mi hermana no era mi dueña. —suelta con rabia.. — No me has respondido ¿te gusta?

¿Estás enamorado de ella?

— No es asunto tuyo. Aléjate de ella. Sé que la contrataste para espiarme. Yo no maté a tu hermana. Ni a Claudine. No soy un asesino.

— Eso ya lo sé. —suelta con risa maliciosa.

— ¿A qué estás jugando? —escupo furioso.

— No estoy jugando. Quiero saber dónde está el cadáver de mi hermana. Quiero lo que me corresponde, poniéndome su mano en mis partes.

Le solté la mano. Y me levanté de golpe.

— No me vuelvas a tocar, te lo advierto.

— O qué, Alain. Eres mío. Yo te presente a mi hermana. Me debes todo. Hasta que recuperaras tu castillo.

— Este castillo es herencia de mi familia. De toda mi vida. —contesté señalando mi casa. —

Deja que Colette se vaya. No pinta nada aquí.

— Vaya, hizo bien su trabajo. Te enamoró. Y ella que solo te utilizó.

— Lo sé, por eso la odio. No siento ningún amor por ella. Quiero que se largue. — tenía que hacerle creer eso.

— ¿Qué más da lo que ocurra con ella?

Se sentó y siguió comiendo. Bebía vino tan feliz.

— ¿Eres tú la asesina de Claudine? —dije

— Puedo ser muchas cosas, pero no una asesina. No, yo no tengo absolutamente nada que ver en esto. Quería recuperar mi empresa y de paso a ti, aunque jamás me

quisiste, creía que podrías casarte conmigo como hiciste con mi hermana.

— Yo estoy casado, Anette. No me he divorciado.

— Eres viudo, Alain.

— ¿Y si te digo que tu hermana está viva?

La cara de Anette se transformó en una pequeña sombra se puso sobre ella. Por un momento creí que era por lo que acababa de decir, pero de pronto cayó al suelo y empezó a convulsionar. Traté de animarla, no entendía qué estaba pasando. Llamé a una ambulancia y se la llevaron de inmediato. Fui con ella al hospital. Llamé a Adrien y vino de inmediato.

Después de dos horas de espera, el médico salió y nos informó de que Anette había sido envenenada. No comprendía nada.

— ¿Cómo que envenenada? Si estábamos comiendo juntos. Hemos comido lo mismo.

— Señor Morel, hemos encontrado en el cuerpo de la señora cicuta, una planta muy venenosa. Hemos avisado a la policía.

Los médicos me hicieron pruebas y vieron que yo estaba limpió. Una vez que llegó la policía, estos me detuvieron acusándome de haber tratado de asesinar a Anette.

— Esta vez no te ha salido bien, ¿eh? Por fin le tenemos, señor Morel. Mis compañeros han acudido a su casa, y en el plato de la señora había cicuta y en el suyo perejil. Ambos son muy semejantes, siendo el primero venenoso. ¿Se pensaba que no nos daríamos cuenta?

— Yo no he hecho nada. No he tratado de envenenarla.

Esa comida es de un *catering*.

Adrien, me dijo que se encargaría de sacarme. Iba a tratar de que pusieran una fianza. Ahora sí que estaba jodido.

Me llevaron a un calabozo. Jamás pensé que pudiera acabar aquí. No sé cuánto tiempo pasó, quizás una o dos horas que se me hicieron eternas. Un guarda vino a

buscarme, me dijo que tenía visita, me llevó a una sala, en ella me esperaba Adrien, cuando vi que también estaba

Colette, mi semblante cambió. No quería verla y menos aún que me viera en esta situación.

— ¿Qué hace ella aquí? Te dije que te encargaras de ella.

No la quiero aquí. —dije enfadado.

— Creo que no es momento de orgullo, Alain. Quieras o no te voy a ayudar, una vez que lo haga me iré y jamás volverás a verme. —me respondió Colette, mirándome molesta.

— Alain, cuéntanos la verdad. Es la única forma de poderte ayudar. ¿Dónde está el cuerpo de

Celine?, ¿qué pasó con ella? —pregunta mi abogado.

— Pero qué manía con que Celine está muerta. No lo está. No soy un maldito asesino, joder.

Adrien y Colette se miraron. Ella se levantó y fue hacia mí. Su presencia lograba ponerme nervioso. Me dolía mucho lo que había pasado entre nosotros.

— Te escuchamos, Alain. ¿Dónde está entonces? Ella podrá ayudarte.

— No, ella no puede ayudarme. Celine, está ingresada en un centro psiquiátrico. —dije por fin. Y con ello sentí un gran alivio.

— ¿Cómo? —dijeron al unísono Adrien y Colette.

— Celine, tiene una enfermedad mental heredada por su madre. Cuando la conocí yo era muy joven —empecé a contar sentándome por fin y tocándome los ojos de lo agotado que estaba.

— Yo venía de una familia con dinero, pero mi padre nos arruinó, y lo único valioso que nos quedaba era mi castillo, pero el para pagar sus vicios se lo vendió a Celine. Cuando me enteré busqué trabajo en su empresa. Necesitaba recuperarla. A la primera que conocí, fue a

Annette. Esta se ofreció a ayudarme a entrar a la empresa a cambio de algo, necesitaba una pareja que fuera joven y guapo para sus fiestas privadas, yo nunca había participado en nada de eso, pero estaba tan desesperado. Mi

madre estaba enferma, no teníamos apenas para comer, así qué accedí, en esa época, cobraba por participar en las orgías, el caso es que me metió de mensajero en su empresa.

— ¿Cómo fue Annette la que te inició en eso? — preguntó Colette asombrada.

— Sí. Pero llegó un punto en el que me gustó y monté una sala especial para ellas, de esa manera ganaba lo suficiente para ayudar a mi madre. Cuando Celine, llegó de un viaje muy largo y ocupó su lugar en la empresa, Annette se molestó. Celine me conoció y enseguida se prendó de mí. A diferencia de su hermana, me quiso ayudar de otra manera. Me puso como su mano derecha. Yo la ayudaba en todo lo que podía, y un día me pidió que se casara con ella. Dije que no, no estaba enamorado. Pero ella entonces, me confesó que era el único en el que confiaba, que su empresa era muy importante para ella, y sabía que yo la cuidaría.

— Y su hermana, ¿por qué no a ella? —expuso Adrien.

— Me decía que no era muy responsable. Yo era más responsable que ella. Me dijo que no me pediría nada que yo no quisiera darle. Así qué acepté. Nos casamos al mes. Annette, me hizo prometerle que nunca le diría a su hermana lo de las orgías, así que me quedé callado.

Vendí mi local. Una noche, a Celine, le dio una crisis, no entendía qué le pasaba, cuando llamé al médico de ella, este me contó que tenía una enfermedad, pero que solo ella podría contármelo. Cuando se le pasó, la llevé de viaje, y en ese viaje me contó que tenía una enfermedad psicológica llamada trastorno límite de la personalidad. Cuando pasaba el tiempo, aumentaba más, empezó con celos, creía que yo la engañaba. Jamás la engañé —dije mirando a Colette. — Nunca la amé, pero cuando me casé con ella juré cuidarla y hacerla feliz, era lo menos que podía hacer por todo lo que me había ayudado. Me devolvió mi casa, me dio estabilidad. Pero sus celos iban en aumento, hasta el punto que se creyó que la engañaba con una prima segunda suya llamada Yvette. Yo me llevaba muy bien con ella, pero nada más. Celine

trató de matarla, y luego trató de suicidarse. Así qué la ingresé en un centro psiquiátrico.

— ¿Por qué no habías dicho nada? Has permitido que todos creyeran que eras un asesino.

— Se lo prometí a ella. Me dijo que sí alguna vez hacía algo malo, si la tuviera que meter en algún centro, jamás se lo contaría a nadie. Prefería que creyeran que estaba muerta. Y a mí jamás me importó lo que los demás pensaran de mí, mi conciencia estaba limpia. Hasta que apareció Colette. En ese momento, mi vida se tambaleó. —Miré para ella — Cuando me enteré que me había utilizado, me dio igual todo y preferí seguir callado. Pero ya no puedo soportar tanta mierda en mi contra.

Colette, se me acercó y me acarició la cara. Deseaba abrazarla, pero me contuve. Tenía decidido olvidarla, y eso iba a hacer, así que le quité las manos.

— No necesito de su compasión señorita Durand. Les he contado esto, porque quiero ser libre de una vez.

Ella se apartó rápido de mí y fue hacia donde estaba Adrien.

— ¿Dónde está ingresada Celine? —preguntó Adrien.

— En una clínica en Normandía.

— Ahora cuéntanos, ¿qué ocurrió con Claudine? — preguntó Colette.

— Ya lo he contado. No pasó nada entre nosotros esa noche. Fue a mi casa, entró sin ser invitada y se quedó desnuda cuando me vio. Le dije que se fuera. Nada más.

— ¿Y con Annette? —salta Adrien.

— La invité a comer a mi casa. Quería hablar de la trampa que le había hecho a la señorita

Durand. Llamé a un catering que llamábamos antes. Pedí caracoles de Borgoña y pollo provenzal. A mí nunca me han gustado los caracoles, pero a Annette sí, por eso los pedí.

Jamás se me hubiera ocurrido envenenarla.

— ¿Qué te contó de la trampa a Colette? —preguntó mi abogado.

— Annette, siempre ha creído estar enamorada de mí. Se enfadó con su hermana porque se casó conmigo. Quería que creyera que la señorita Durand me había mentido con respecto a que nunca había participado en una orgía.

— ¿Ves como no te mentí? —escupió Colette.

— Será solo en eso, señorita Durand. Pero no estamos aquí para hablar de cosas que por mi parte ya están olvidadas. Yo no envenené a Annette.

— ¿Había alguien más con vosotros? —se interesó mi abogado.

— No. El chico del catering me trajo la comida un poco antes. Annette, se retrasó. Vino también Chevalier a pedirme unos documentos de trabajo, pero estuve con él todo el tiempo, no pasó más allá de la sala. Creo que fue ella misma para culparme.

— Fuera como fuere, te he conseguido una fianza d cinco mil euros. Esta misma noche estás fuera.

Adrien, salió para arreglar lo de mi fianza. Colette, aprovechó para hablar conmigo.

— No te preocupes, te vamos a sacar de aquí. Y te juro que cuando eso pase, jamás me volverás a ver. Perdóname por el daño ocasionado.

— Me parece perfecto. Cada uno a su vida. Esta pesadilla por fin acabará. Al menos ambos en este juego saciamos nuestra sed de deseo. Ambos queríamos sexo y lo obtuvimos, quédate con eso, como yo. Confundí amor con deseo, ahora lo veo claro. Es usted guapa y con un cuerpo muy deseable, como le dije en una ocasión es muy buena en la cama, confundí eso con amor. Así qué, disculpe usted también por engañarla. —me sentía tan engañado que me inventé eso para que me odiase.

— Vaya, por fin ponemos las cartas sobre la mesa. Usted fue el que se aprovechó de mí, mientras yo me enamoré de usted. Pensó mal de mí porque todo ladrón creen que son de su condición. No se preocupe, la he superado, como usted bien dice, fueron dos muy buenos polvos. Usted también es muy bueno en la cama. Ahora si

me disculpa, voy a hacer mí trabajo, a lo mejor y engaño a algún otro para tirármelo, ¿quién sabe? —dijo marchándose muy furiosa.

Era lo mejor, ella por su camino, yo por el mío.





15

COLETTE

Me quedé alucinada con la confesión que Alain, había hecho sobre su mujer. Sabía que era inocente, y haría lo que fuera por limpiar su nombre. Como le prometí, tenía claro que iba a renunciar a él. Pero llevaba un rato pensando en algo, siempre que alguien ha muerto, el asesino se ha encargado de estar en su casa. Alain, no quiere tenerme cerca, pero tengo que estar pues debo enterarme de quién le está perjudicando. Me iba a arriesgar a hacer algo que quizás me saldría mal, pero se lo debía. Voy a instalarme en su casa, aunque no le guste. Voy a ponerme de cebo con él asesino. No sé quién es, pero voy a averiguar y cuando tenga una ligera sospecha de quién pueda ser, voy a tenderle una trampa, pero para ello, debo estar donde está Alain. Llamé a Adrien y le conté mi idea, aunque al principio dudó, sabía que a este no le iba a gustar, le pareció también peligroso, pues si Alain se enteraba de que iba a poner en riesgo mi vida, este le mataría.

Decidí llamar a Pierre, el psiquiatra, llevaba tiempo sin ir, y quería acabar lo que había empezado. Me dijo qué me hacía el favor de dejarme ir a última hora. Así que agarré mis cosas y me fui volando.

Cuando llegué, ya me estaba esperando. Le conté mi último sueño, donde me vi haciendo el amor con Malcom, no entré tampoco en todo detalle, pero sí que no le vi la cara. Eso sí, una marca en forma de rayo y el colgante.

Me dijo que me tumbara en el sofá y cerrara los ojos, como siempre.

— Tres, dos, uno… Estás con Malcom, cuando os conocisteis.

— Estoy en una tienda con mi madre y mis hermanas. Yo estoy mirando libros, según mi mamá, eso no me va ayudar en nada, pero es que amo leer. Mis hermanas están mirando ropa y ella está con unos zapatos. Voy de estantería en estantería hasta que un libro llama mi atención, cuando me dispongo a cogerlo una mano se me adelante y me lo quita. Le digo que lo iba a mirar yo, pero entonces ahí está él. Veo sus labios, pero el resto de su cara sigue borrosa. Su cabello largo y ondulado, su camisa blanca y su chaqueta negra, es tan varonil.

Me pide disculpas, y me dice que nunca imaginó una mujer leyendo, qué le parece una imagen preciosa. Hablamos de cosas banales durante un rato, entonces se me presenta, dice que se llama Malcom Lefebvre Morel. En ese mismo instante me enamoré de él. Mi madre como no, vino para romper el encanto. Pero, antes de eso, quedamos en vernos al día siguiente, yo me las ingeniaba para escaparme, no era la primera vez.

— Ahora, vete hasta vuestra muerte…

— Malcom, me agarra de la mano. Me cuesta respirar. Él está llorando. Me dice que no nos ha dado tiempo a hacer nuestra vida. Qué sin mí no puede vivir. Me besa, trata de darme aliento, y en mi último sollozo, le digo que aunque en esta vida no nos dejen estar juntos, en la próxima me encargaré de encontrarlo, cueste lo que me cueste, y entonces, seremos felices, le digo nuestra frase, *Lumière de mon univers.* Luego muero.

— Ahora vas a despertar tranquila, tres, dos uno. Me despierto relajada, pero aún sigo sin ver su cara.

— Tranquila, lo vas a lograr. Cuando menos lo esperes.

¿Sabes? Tengo un paciente, que tiene sueños como los tuyos, y como a ti no logra recordar la cara de su amada. Pero sé que ambos lo haréis.

Me fui al hotel, estaba agotada, y al día siguiente, empezaba mi lucha, tenía que hacerme hielo con Alain.

Me presenté en casa de Alain a la hora que Adrien me había dicho. Habíamos planeado algo, que tenía que salir bien, sí o sí.

Cuando llamé a la puerta, Adrien me abrió. Me contó que Alain se estaba duchando, pues no había pasado buena noche, después de pagar la fianza, se vino a su casa y se cogió una borrachera, que esta mañana tenía una resaca impresionante.

— ¿Quién es Adrien? —dijo Alain, saliendo con la toalla alrededor de su cintura. Mi corazón se puso cardiaco. Mi entrepierna me empezó a arder.

— Es Colette, y antes de que digas nada, la he dicho que viniera, necesita ayuda.

Alain me miró, yo no podía dejar de mirarlo. Si no hubiera estado Adrien, creo que me hubiera lanzado contra él.

— ¿Qué es lo que la señorita necesita? —preguntó.

— Se ha quedado sin habitación en el hotel. Como se va a quedar más tiempo para ayudarnos, se le olvidó reservar más días y la habitación ya estaba ocupada por otra persona.

Estas semanas son muy altas en turismo, ya lo sabes, no hay ni un hotel libre y bueno, pensé que podría quedarse contigo.

Alain miró a Adrien negando con la cabeza.

— Ni hablar, aquí no se puede quedar. Nos mataríamos.
—dijo mirándome.

— Bueno, pues entonces, quédate en mi casa, mi mujer está de viaje. Es muy pequeña, puedes dormir en mi cama.
—dijo Adrien.

Alain, miró para él como perdonándome la vida.

— Ni hablar, la señorita Durand, no puede quedarse en tu casa. Es muy pequeña, ¿y tu mujer? porque aunque esté de viaje, la gente puede murmurar. Ni hablar. La casita de la piscina, están pintándola. —se quedó en silencio un rato. Subió las escaleras hasta su habitación, cosa que Adrien

aprovechó para guiñarme un ojo. Alain volvió a bajar, esta vez con una camisa y pantalón puesto.

— Se va a quedar aquí, pero procure no cruzarse conmigo. Ahora le digo cuál será su habitación. No quiero que interfiera en mis fiestas privadas, que por cierto, en unos días tengo una.

— De acuerdo. No le molestaré, señor. —dije mirándole fijamente a esos ojos que me tenían loca.

Cuando Adrien se fue, Alain me dijo que lo siguiera. La habitación donde me iba a quedar era la de invitados. Estaba en el otro extremo de su habitación.

— Esta será su habitación. Puede moverse por dónde quiera, eso sí, si quiere averiguar algo, pregúnteme a mí. Y no entre en la sala de juegos. —dijo en tono de advertencia.

— ¿Por qué? Ya la conozco, ¿acaso la ha olvidado? — pregunté retándolo.

— Precisamente como no lo quiero volver a recordar, no la quiero allí —dijo con resentimiento.

— Vaya, ¿se arrepiente entonces?

— Sí. Nunca tenía que haber ocurrido.

Me acerqué a él, muy sigilosa. Me puse de puntillas y rocé mis labios primero en su nariz, luego en su boca. Él no se apartaba, le agarré de una mano y se la puse en mi trasero. Luego le pasé mi lengua por sus labios y me aparté, le guiñé un ojo y me metí en la habitación.

Me puse a ordenar mis cosas ya que estaba todo en la maleta. Cuando recogí mis cosas en el hotel, el recepcionista me dio una carta que había llegado para mí. La abrí y mi sorpresa era que se trataba de una carta de Claude.

Quería Colette,

Si esta carta llega a ti, es que no logré sobrevivir. Me metí en la boca del lobo.

Pero quiero que sepas que tenías razón, Alain es inocente. Él no mató a la tal Claudine. Sé quién es el verdadero asesino. Le he seguido hasta su casa, esperé a que se marchara y he revisado sus cosas. Colette, no creo que lo sepas, ni siquiera creo que lo sepa Alain, pero en la sala

de juegos de este hay unas cámaras instaladas. Me he topado con muchos videos en los que se ve a Alain practicando sus fiestas. Y bueno… También estás tú y él solos. Por favor, ten cuidado, estás en peligro. Este tipo, está obsesionado con Alain. Tiene fotos de él, de su mujer, de Claudine, de un sin fin de mujeres. Por favor, cuídate.

El nombre del susodicho es Didier Bonner.

Por favor, no actúes sola, te conozco. Habla con Alain y con la policía.

Alain te quiere, no dejes escapar el amor.

Te quiero y gracias por haber sido mi amiga todos estos años. Claude.

No me lo podía creer, ¿Había cámaras en la sala de fiestas de Alain? Nos habían visto. Pero,

¿Quién demonios era ese tal Didier?

Bajé a la sala de fiestas, sabía que Alain no quería que fuera, pero debía averiguar.

Primero fui a ver dónde estaba él, me asomé a la puerta de su habitación que estaba medio abierta. Se estaba duchando, me asomé y le vi en la ducha. Así qué salí hacia la sala.

Fui por el pasadizo. Cuando llegué encendí la luz. Cómo sabía que había cámaras, me puse a disimular. Abrí el armario, y me puse a ver los juegos sexuales, cogí uno y me puse a observar, a la vez que miré a una de las esquinas del techo. Luego, cogí otro juego y me fui hacia la cama, me tumbé y me puse a mirar por los espejos, ellos me dirían, pero no lograba verla.

Me puse en pie y dejé el otro juguete. Cuando cerré el armario me llevé un susto de muerte,

Alain, estaba detrás de la puerta.

— Creía haberte dicho que no quería verte aquí y menos aun hurgando en mis cosas. — dijo molesto.

— Me aburría y por eso bajé. Tenía curiosidad por ver tus juguetitos. —respondí.

— Esto es en serio, Colette. No me gusta que no se me obedezca. —escupió furioso.

— Shhs, tranquilo. No tienes ningún derecho a gritarme. Si entré aquí es porque me apetece jugar con uno de tus aparatitos. —tuve que decirle eso para disimular. — Pero tranquilo, mañana mismo me compro unos cuantos.

Cuando me disponía a salir, Alain me agarró por la mano.

— No juegues conmigo, Colette. ¿Qué pretendes? — dijo pegando su boca en mi nuca.

— No pretendo nada. Como tú bien has dicho, procuremos no vernos, ni tocarnos. Te agradecería que no me pusieras las manos encima.

Me fui de allí sin mirar atrás.

Los días siguientes, así lo cumplimos. No nos encontrábamos para nada. Procuraba no cruzarme con él, aunque me apetecía muchísimo. Había buscado muchísimas cosas sobre ese tal Didier Bonner sin suerte. No había nada. Parecía como si no existiera, pero si lo hacía.

Me llamó por teléfono Chevalier, me invitó a cenar, así qué acepté, era uno de sus amigos y compañeros, y necesitaba averiguar más.

Después de preparar mi ropa para la cena, me fui a duchar, pero con tan mala suerte, que la alcachofa de mi ducha se había estropeado. Busqué otros baños, en un castillo tan grande tenía que haber muchos baños, pero la mayoría de las puertas estaban cerradas. Alain, debió de haberlas cerrado para que no entrara. Le estuve buscando hasta que le vi en la sala, hablaba por teléfono, cuando le hice un gesto para hablar se tapó el teléfono.

— ¿No ves que estoy hablando? Déjame tranquilo. — soltó cerrando la puerta de su biblioteca.

Cogí mi toalla y me metí en su habitación. Tenía que ducharme, ya que tenía que ir presentable a la cena.

Su habitación me traía unos recuerdos maravillosos. En su mesa, dentro de la habitación me llamó algo la atención, un colgante con un rayó estaba sobre ella. ¿Qué hacía Alain con ese colgante? No quise indagar mucho ya que tenía mil cosas en mi cabeza.

Después de un rato bajo el agua caliente dónde no pensaba en nada, salí de la ducha. No encontraba la toalla, había sido tan tonta que la había dejado sobre su mesa. Con lo calentita que estaba, ahora tenía que salir al frío. Mi sorpresa fue cuando al salir, me encontré a Alain, sentado en su cama con mi toalla en la mano.

— ¿Buscas esto? —preguntó con ella en la mano.

— Sí, si me la das me podré tapar e irme a mi habitación. —tendí mi mano para que me la diera.

— No sé cómo decirte que no te metas en mis cosas

— No me he metido en nada, cabezota orgulloso y egocéntrico. Fui a avisarte de que mi alcachofa no funciona, y no podía ducharme. Como me diste con la puerta en las narices me he tenido que meter aquí. —escupí.

— ¿No podías esperarte? —suelta.

— No. Tengo que salir.

Alain, no dejaba de mirarme de arriba a abajo. Mi corazón latía muy deprisa.

— ¿Ahora, me das la toalla? Me voy a resfriar. —dije.

— No. Por no obedecer mis órdenes no te la voy a dar.
Así me recreo de paso con tu cuerpo.

Me acerqué a él. Me senté en sus piernas. Alain, estaba quieto. Mi mano fue bajando hasta su bragueta y ahí la dejé. Luego le cogí su mano, la cual tenía muy caliente y se la puse en uno de mis senos. Su boca y la mía estaban muy cerca. Notaba como su pene palpitaba. Me levanté y me aparté.

— Bueno pues nada. Gracias por dejarme usar su ducha, señor Morel.

Me fui desnuda a mi habitación, sabiendo que Alain, me estaba observando.

A la media hora bajé ya preparada. Alain, estaba en la entrada, parecía que estaba esperando a alguien. Estaba realmente guapo. Pasé por su lado sin decir nada.

— Que guapa te has puesto. ¿Cena de placer? —dijo con recochineo.

— Puede ser. Usted también está muy guapo. ¿Cena de placer?

— Siempre de placer. Esta noche tengo una de mis fiestas. No vayas a la sala.

Me molestó enormemente que fuera a estar con otras mujeres. Pero no podía decirle nada, no éramos absolutamente nada. Ni siquiera amigos.

— No se preocupe, señor, le dejaré follar en paz. Además yo también voy a dar placer a mi cuerpo. No se crea que sea usted el único que va a disfrutar esta noche.

Su cara se transformó. No pensaba acostarme con Chevalier, pero quería molestarlo. En ese instante, apareció él.

— Vaya, estás preciosa, Colette —dijo.

— ¿Qué haces aquí? Hoy tengo fiesta, y no te gustan — preguntó Alain.

— Vengo a recoger a Colette, cenamos juntos, ¿no te lo ha dicho?

Alain, miró para mí con cara de pocos amigos, luego agarré mi chaqueta y me marché con

Chevalier.

Me llevó a un restaurante muy bonito, era pequeño, pero agradable.

— ¿Qué haces viviendo con Alain? no os soportáis.

— Pues porqué me quedé sin hotel. Tenía que haber reservado más días pero se me fue.

—respondí.

— Vente a mi casa, allí eres bienvenida.

— Chevalier, mi mejor amiga, está colada por ti. Me contó que no seguiste con ella porque estabas enfadado conmigo.

— A ver, me molestó que engañaras a Alain, pero luego comprendí que creyeras que es un asesino. Tiene mala suerte. Todo le guía a él. Pero siempre ha sido tan fiestero, tan ligón, que esa vida termina pasando factura. Y con respecto a Chantal, me gusta, pero no es amor. No quiero hacerle daño, es tan buena. Yo me hubiera enamorado de ella, pero es que amo a otra persona. —me contó.

— ¿En serio? ¿Por qué no se lo has dicho?

— Porque si se lo digo no va a querer saber de su amiga. —me quedé boquiabierta. —Sí,

Colette, estoy enamorado de ti. No sé cómo pasó, pero solo sé que me encanta. Eres la mujer que siempre soñé.

— Lo siento, de verdad. No puedo corresponderte. Yo de verdad lo siento. —respondí.

— ¿Cómo lo sabes si no me das la oportunidad? — pregunta mirándome.

— Porque mi corazón ya tiene dueño. —contesto.

— Alain, ¿no? Siempre Alain. —responde molesto.

— No, no es él. En Marsella hay alguien. —suelto. No puede enterarse de la verdad.

— Mentira. Chantal, me dijo que estabas enamorada de Alain.

— ¿Cómo? No, imposible, no es Alain.

Chevalier, se levantó, llamó al camarero y pidió la cuenta.

— Te acompaño a que cojas un taxi —dice.

— No, gracias. Me voy sola.

No espere por él y me subí en el primer taxi que encontré. Pues vaya cena más breve.

Llamé a Chantal, no me respondía. Tenía que saber por qué le había dicho a Chevalier que estaba enamorada de Alain.

Cuando el taxi me dejó en la puerta, me dirigí hacia la casa, pero algo dentro de mí me hizo ir hacia la sala de fiestas de Alain. Y más sabiendo que había cámaras, ¿sería alguien de esos los que las instalaron?

Entré muy sutilmente, no quería que me vieran. La sala tenía unas luces muy tenues. Estaban solo dos hombres, Alain y otro más y unas seis mujeres. El hombre estaba con una de ellas, mientras que las otras estaban jugando entre sí. Alain, estaba sentado en una de las camas observando. Estaba sin su camisa, pero tenía los pantalones puestos. Una de las mujeres se le acercó y se puso a acariciarlo. Alain, acarició un seno a la chica, pero tenía la mano quieta, esta le agarró de sus dedos y se los puso sobre su pezón, pero

Alain, quitó la mano. Esta se agachó y le trató de bajar los pantalones. Sentí unos celos espantosos, cuando me disponía a salir, algo se cayó y todos miraron a donde yo estaba. Alain, se levantó corriendo, su cara era de enfado, pero yo salí corriendo y entré en la casa. Agarré una botella de whisky y me encerré en mi habitación.

Unos minutos después, el manillar de mi puerta se empezó a mover, pero como estaba cerrada con llave no pudo abrir. Alain, entonces llamó a la puerta exigiendo que le abriera, pero no quise. Me negué.

— Colette, abre la maldita puerta. —gritó.

— No me da la gana. Lárgate a tu fiesta y tírate a todas las que puedas, súper macho. — grité yo más alto mientras le daba un trago a mi bebida.

Se oyó como los pasos de Alain, se alejaban. En ese momento, me llamó Chantal y la respondí de inmediato. Le recriminé que le contara a Chevalier que estaba enamorada de

Alain. Pero me dijo algo que me dejó pensando. Me dijo que jamás habló con Chevalier ni de mí ni de Alain. Además que cuando le confesé a ella que me había enamorado ya no estaba viéndose con él. Entonces, ¿Cómo Chevalier sabía que yo me había enamorado de

Alain?

Cuando colgué me terminé la botella. No podía soportar pensar en que Alain estaba con más mujeres.

Sobre las dos de la mañana, una sed inundó mi boca. Bajé a por un vaso de agua. Cuando pasé por la biblioteca de Alain algo llamó mi atención, la chimenea, ¿dónde había visto esa chimenea? Me paré junto a ella y me puse a acariciarla. Pero un ruido me sacó de mis pensamientos, Alain, estaba sentado en su sillón con una botella de vodka.

— Me has jodido la noche, lo sabes, ¿no? —dijo tirando la botella vacía al suelo.

— Lo siento. Sé que no debí entrar, pero no pude remediarlo.

— ¿Qué querías ver, Colette? ¿Porque te haces esto y me lo haces a mí? —preguntó.

Ambos estábamos muy bebidos. Pero sabíamos lo que hablábamos, solo los borrachos y los niños dicen la verdad, o eso dicen.

— No puedo soportar pensar que estás con otras mujeres. Me molesta. Quería ver que hacías.

— Tú y yo no tenemos nada. —dice él.

— Lo sé. Pero no puedo estar con ningún otro hombre, Alain, pero veo que tú si con otras mujeres.

— No he podido hacerlo, Colette. Por primera vez en todos estos años que hago estos juegos.

No puedo dejar de pensar en ti. Solo quiero y deseo estar contigo.

Fui hacia él y lo abracé. Yo tampoco. Juro que no estoy fingiendo. Quiero estar contigo. Te quiero, Alain, ¿Tú crees que sí no te quisiera estaría aquí?

Alain, agarró mi cara y me besó. Me tumbó sobre la alfombra, al lado de la chimenea. Me abrió el vestido que llevaba puesto, dejando mi ropa interior expuesta. Me sentó de espaldas a él y comenzó a besarme el cuello, sus manos, acariciaban mis pechos. Los apretó y los sacó por fuera del sujetador. Se metió un pezón en la boca, mientras con la otra mano me pellizcaba el otro. Cuando acabo, me quito la camisa y el sujetador, yo trataba de acariciarlo, pero no me dejaba. Me mordía la oreja. Su mano comenzó a bajar por mi barriga hasta que llegó a mi braga, empezó a acariciarme por encima de ellas, cada vez iban a más.

— Estás tan húmeda, Colette. —susurró.

Su mano se metió entonces por dentro de la braga y empezó a masturbarme. Luego sacó la mano y nos besamos. Me subí sobre él y le quité su camiseta, le acaricié. Seguidamente, le bajé los pantalones y los calzoncillos y comencé a besarle. Llegué a su entrepierna, su pene estaba duro, me lo introduje en la boca.

Luego me levanté, me quité las bragas y la introduje en mi interior. Ambos nos movíamos suavemente. Nuestros

cuerpos iban al mismo compás. Alain, me acariciaba el pecho mientras yo me mordía el labio.

— Me estás volviendo loco, Colette —dijo gimiendo. Me levantó y me puso a cuatro patas, entró por detrás.

El calor de nuestros cuerpos cada vez era mayor. No íbamos a aguantar mucho más. Los dos nos dimos la libertad de gritar de puro placer, me corrí enseguida. Alain, salió de mí, y se corrió en mi espalda. Luego nos tumbamos en el suelo. Cuando conseguí coger oxígeno, me percaté de algo. Esa biblioteca,

Alain, su tatuaje en forma de rayo, y lo que sentí. Me levanté de golpe del suelo asustándole.

— ¿Qué te pasa? —preguntó.

— Acabo de tener un deja vu. —respondí.

— ¿Cómo? —dijo él.

— No te preocupes, son cosas mías. El tatuaje no te lo había visto. ¿Qué significa?

— Pues mira que nos hemos acostado unas cuantas veces. Es un rayo. Solo sé que me lo hice cuando soñé un día con él.

— Algo así me pasó a mí con el que tengo en el pie.

Alain, me lo miró, lo acarició y cuando leyó la frase su gesto cambió, pero no a enfado, si no a sorpresa.

Qué pena que no se acordara, ni siquiera sabía si creía o no en estas cosas.

Me senté frente a él, le miré a los ojos, a su cara. Le toqué, palpé su piel. Malcom, era Alain en esta vida. El hombre que juré que encontraría para estar junto a él toda la eternidad.

Tumbados junto a la chimenea disfrutamos del silencio. No podía evitar acordarme de la otra vida cuando yo como Claire, estuve aquí mismo con él.

— Colette, ¿no salías esta noche con Chevalier? — preguntó Alain.

— Sí, pero no podía evitar pensar que estarías con otras mujeres y no me centraba en la cita.

—mentí. Lo que había visto esa noche de Chevalier no me gustaba. Tenía que averiguar si él sabía quién era el tal Didier.

— Colette, —dijo Alain mientras se levantaba y se sentaba cómodamente. — Estoy enamorado de ti. Jamás me había sentido como me siento con ninguna. Pero hasta que no arregle mi vida no puedo tener nada con nadie. Te lo he dicho varias veces. Me gustaría saber algo, ¿si todo se arregla querrías estar conmigo? —preguntó mirándome.

— Sí, claro que sí —respondí sentándome sobre él. — Te quiero, Alain. Pero debo comentarte algo, voy a hacer cosas que quizás no te gusten, no compartas, pero eso no significa que no te quiera, precisamente por eso lo voy a hacer.

— ¿Qué cosas vas a hacer?

— Confía en mí. Pienso limpiar tu nombre. Por eso, delante de todos debemos fingir que nos detestamos, aunque sea mentira.

Fue a replicar pero le callé con un beso, luego a otro y a otro. Volvimos a hacer el amor.

Por la mañana me levanté en su cama. No recordaba en qué momento me llevó allí. Pero me sentía de maravilla. Alain, no estaba en la cama, pero tenía una nota en la que me decía que estaba en su despacho con Adrien.

Después de ducharme, bajé y llamé a Chantal, como sabía que ese día era el que solía tener libres, le pedí que viniera a Niza, necesitaba hablar con ella. Luego confirmé mi cita con Pierre, el psiquiatra.

— ¡Buenos días! —dijo Adrien detrás de mí en la cocina. Alain estaba detrás, habíamos decidido que nadie sabría nada de lo que sentimos hasta que se solucionara así qué también incluía Adrien.

— Hola, ¿cómo estás? —pregunté.

Alain, me miraba disimuladamente. Que guapo estaba con ese traje color azul marino. Su barba bien recortada.

— ¿Tienes alguna pista?

— Sí, algo tengo —respondí. — Pero de momento no puedo decir nada, quiero estar segura.

Señor Morel, ¿le importa que venga mi amiga Chantal a verme? Tiene algo importante que contarme.

— Mientras no entren en dónde no deben.

Adrien, salió a atender una llamada, entonces Alain aprovechó para acercarse a mí.

— ¿Por qué no me despertaste? —digo dándole un pequeño golpe en el brazo.

— Estabas tan bonita dormida. No quería molestarte.

— Quería mi beso de buenos días.

Miró para un lado y otro asegurándose de que Adrien aún estaba fuera y me besó. Yo le devoré los labios.

— Sí son así de calientes los besos a estas horas —dijo Alain acariciándome la cara.

— Soy muy fogosa, y más desde que te conozco. — respondo lamiéndole el labio.

Escuchamos que se acercaban unos pasos así que nos alejamos.

— Adrien, Alain, debo comentar algo que me enteré.

Les conté que me había llegado una carta de Claude, él sabía que estaba en peligro y estaba preparado.

— Señor Morel, según me contó Claude, la persona que le está tratando de perjudicar, tiene videos suyos en sus fiestas. —la cara de Alain se puso seria. — También tiene videos más íntimos aún. —le hice un gesto para que supiera que éramos ambos.

— ¿Por qué no me lo dijo antes?

— Porque estaba tratando de averiguar otras cosas, pero debe asegurarse de quitar todas esas cámaras.

Después de ponerles al día de todo me fui a la consulta del psiquiatra. Le conté todo lo que había recordado.

— Te voy a hacer una última regresión, Colette.

Me tumbé como siempre y en cuanto contó hasta tres me transporté.

— Estás en tu lecho de muerte con Malcom, le ves claramente su cara, ¿qué ocurre?

— Me cuesta respirar. No puedo más, estoy muy débil, entonces se abre la puerta y veo entrar

a alguien, me llama por mi nombre, se acerca a mi cama.

Lleva el pelo largo, es él, Malcom.

Ahora le veo la cara, es tan apuesto. Me coge de la mano, me dice que me aferre a la vida, pero estoy muy enferma. Voy a morir. Antes de hacerlo le digo que en esta vida no nos han permitido estar juntos, pero que en la próxima lo estaremos, y lucharé contra lo que sea o quién sea, pero en la siguiente vida seremos felices.

— Ahora vas a despertar…

Me desperté llorando. Sentía angustia, me había visto morir en esa vida.

— ¿Recuerdas la cara de Malcom en esta vida? — pregunta Pierre.

— Sí, ahora puedo confirmarlo, Malcom es Alain. Su cara es algo distinta, pero son sus rasgos, ese color de ojos, y como me siento a su lado.

— ¿Has dicho Alain? —pregunta el psiquiatra.

— Sí, ¿por qué?

— No, es que me suena.

Salí de allí muy contenta. Había recordado todo de mi anterior vida, ahora sabía porque tenía esas pesadillas, además de que por fin le había visto la cara a Malcom, y era Alain, y como bien dije en aquel entonces, nadie nos iba a separar en esta nueva vida.





16

ALAIN

Cuando vi que se iba con Chevalier, sentí unos celos horribles. Había pensado en anular la fiesta, pero quería olvidarla, por eso accedí. Cuando Sylvine, me acarició y trató de que le poseyera me negué, no podía, y jamás pensé que lo hiciera, pero mi corazón ya tenía dueña, aunque ella estuviera con otro. Cuando me percaté de que me estaba observando fui tras ella no me gustaba que me vigilaran, pero lo que no quería es que ella participara en estas cosas.

Solo de pensar que otro la tocara me ponía enfermo.

Cuando se lanzó hacia mí, no me pude resistir. Me había estado resistiendo mucho tiempo, por eso le confesé que si esto salía bien, quería que estuviera conmigo.

Colette, me mostró su pie, el tatuaje que tenía, esa frase, esa frase era la que yo le decía a

Claire, en mi otra vida, ¿porque Colette la tenía en su tobillo? Cuando me la enseñó me puse feliz, por un momento me había hecho la ilusión de que ella y Claire, fueran la misma alma, pero, ¿cómo iba a ser posible? Sería mucha casualidad. Tenía que volver al psiquiatra, pero con todos los problemas no tenía tiempo. Aun así, tenía cita para dentro de unos días.

Veríamos a ver si adelantaba algo.

Adrien, y yo entramos en mi sala de fiestas y nos percatamos de las cámaras, así que quitamos las cuatro que habían puestas, ¿quién era el enfermo que nos grababa?

Llamé a todos mis amigos, los que participaban en esas fiestas para preguntarles, pero todos me contestaron lo mismo, jamás harían algo así, pero entonces ¿quién fue?

Por la tarde, después de un día largo dónde Adrien y yo estuvimos haciendo averiguaciones, llegué a casa. Colette, estaba en la sala riendo a carcajada limpia con su amiga Chantal, me hubiera encantado llegar y besarla y tenerla solo para mí, pero estábamos en algo muy complicado y debía dejarla estar. Me preguntaba si estaba haciendo bien en dejar que ella me ayudara o excluirla de esto.

Cuando me vio entrar me guiñó el ojo. Su amiga estaba distraída con el móvil.

— ¿Quieres algo de beber, Chantal? —dijo yendo hacia la cocina y haciéndome un gesto para que fuera.

Se me acercó, se puso de puntillas y me besó. La agarré y la subí en la encimera, me rodeó con sus piernas y nos besamos.

— Nos va a pillar Chantal. —expuse.

— No, tranquilo, mientras esté enganchada a su teléfono ni se entera de que me he ido.

— ¿Has averiguado algo? —pregunté mientras acariciaba su mejilla.

— Sí. Cariño, voy a hacer algo que no te va a gustar, pero cuando lo veas recuerda que esto va a ser solo para ayudarte. No voy a hacer nada malo, solo ayudarte.

— ¿Me has llamado cariño?

— Perdón si te molesta.

— No, no me molesta, todo lo contrario. ¿Qué es eso que vas a hacer que me va a molestar?

Se escucharon unos pasos y Chantal, comenzó a llamar a Colette. Se bajó corriendo de la encimera y fue hacia la puerta.

— Ya está fuera. Me voy a esconder. —dijo esta. — Hola, Alain.

— Hola, Chantal, ¿quién está afuera?

Chantal se escondió y Colette abrió la puerta, mi sorpresa cuando entró Chevalier. ¿Qué demonios hacía este aquí?

— ¿Qué te trae de nuevo por aquí? —pregunté.

— Colette, me invitó a cenar, espero que no te importe.

— Señor Morel, tuve el atrevimiento de invitar a un amigo. Espero que no le importe. No haremos ruido.

Pero ¿qué demonios significaba esto? Sería a lo que se refería Colette con respecto a que me iba a molestar?





17

COLETTE

Cuando Chantal llegó a casa la puse al día, exceptuando que Alain y yo nos habíamos confesado nuestros sentimientos. La verdad, que prometí esperarlo cuando acabara todo esto, pero tenerlo delante sin besarlo, sin abrazarlo, me cuesta.

— ¿Le contaste a Chevalier que amo a Alain? — pregunté.

— No, te lo juro. Sabes que jamás hablo de ti con nadie, y menos de tu privacidad.

— No sé cómo Chevalier, se enteró de que estoy enamorada de Alain.

Le conté que salimos el día anterior para averiguar más cosas y lo que me había confesado.

Chantal se puso algo cabizbaja ya que le gustaba de verdad Chevalier.

— Colette, no estoy enfadada contigo, sino conmigo. Cuando le conocí me gustó mucho. Por eso me acosté con él. Él me contó que era libre, y que le encantaba como era yo. Me dijo que era el mejor amigo de Alain, pero que no le gustaba las cosas que hacía. Me contó lo de las orgías, que no le gustaba lo prepotente y chulo que era Alain, e incluso que estaba seguro de que Alain, había matado a su mujer pues vio como la maltrataba.

Según me contaba Chantal, me quedaba más boquiabierta. No me lo podía creer.

— Hay algo que no te he dicho, Colette. Estoy embarazada.

Mi asombro era aún mayor. Mi mejor amiga iba a tener un bebé, y era de Chevalier.

— ¿En serio? pero eso es maravilloso. ¿Se lo has dicho?

Al menos que tenga los huevos para hacerse cargo.

— No se lo he dicho, lo quería hacer, pero como me has dicho que está enamorado de ti.

— Eso no me lo creo, Chantal. Hay algo turbio en todo esto. —dije agarrándole de las manos.

— Pero no te preocupes, tu bebé va a tener una tía que le va a consentir mucho.

Nos pusimos a reír, en ese momento entró Alain. Chantal, no sabía nada de que Alain y yo estábamos comenzando algo, aunque realmente no lo sabíamos ni nosotros mismos.

Entonces le conté mi plan, pero antes le hice jurar que no le contaría nada a Alain.

— Tuve una regresión y por fin, sé quién es Malcom — empecé a contarle.

— ¿En serio? Pero eso es maravilloso. ¿Quién es?

— Alain. Malcom es Alain en esta vida. Por eso desde e l principio, aunque nos llevábamos mal me sentía tan atraída hacia él.

— Pero, ¿qué me estás contando? Eso es increíble, Colette. Y ahora que lo sabes, ¿por qué no eres sincera con él?

— Lo haré en su momento. Antes de partir en la vida pasada, le dije que le encontraría y haría hasta lo imposible con tal de estar juntos. No permitiría que nada ni nadie nos separaran, y es lo que voy a hacer. Sí se lo digo no me lo permitiría. Además, seguro que no cree en estas cosas. Por favor, no le digas nada. —supliqué haciéndole el gesto de por favor.

— De acuerdo, no le diré nada. Pero Colette, si veo que estás en peligro, romperé la promesa.

Después, llamé a Chevalier y le pedí que por favor viniera, quería hablar con él con respecto a lo que me había

confesado, ya que me lo había pensado mejor. No me atraía nada, pero debía de fingir si quería lograr mi propósito.

Le dije a Alain que viera lo que viera no se enfadara, tenía que saber que era parte del plan.

Cuando vio a Chevalier, se mosqueó, como es normal, pero no dijo nada, se saludaron y disimulo llamándome de usted. Se marchó de la sala, así que aproveché para llamar a un tailandés y cenar.

— Perdón por enfadarme así anoche, pero no estoy acostumbrado a qué me rechacen. —dijo el engreído.

— Yo no soy como las demás, me gusta hacerme la dura. Pero te pusiste como te pusiste, por eso me fui.

Se acercó a mi asiento y me puso la mano en la pierna, haciéndome dar un salto. Yo le quité

la mano.

— Despacito, Chevalier. —dije sonriendo, aunque no tenía ganas.

— Vente a mi casa. —Me pidió.

— Mañana mejor. Así, te preparo una sorpresa, ¿quieres?

— Me encantas. —se acercó y me besó.

Tuve que dejarme ya que tenía que hacerle creer que me interesaba.

— Tengo que seguir averiguando a Alain, creo que es el asesino de Claudine —solté.

— ¿De verdad? Yo también lo sospecho. Ella vino a provocarlo. Sabía que era peligroso y aun así se metió en su cuarto de juegos y entró por el pasadizo a la casa. —dijo este.

¿Cómo sabía que Claudine entró en la sala de juegos?
¿Cómo sabía que hay un pasadizo?

— Oye, alguna vez has jugado con él y sus amigos?
¿Conoces su sala de fiestas?

— No, eso es de pervertidos. A mi esas fiestas no me gustan. Estuve una vez cinco minutos, cuando vi esas camas y esos armarios lleno de juegos eróticos me largué.

Entonces ¿cómo sabía lo del pasadizo? No quería preguntarle, no quería que se percatara de que había metido la pata conmigo, así que me hice la tonta.

Después de una velada que se estaba alargando demasiado, me inventé la excusa de que estaba cansada, que al día siguiente le vería y jugaríamos él y yo.

Le acompañé a la puerta, pero antes de irse, se paró miró hacia la escalera y me besó.

— Señorita Durand, le agradecería que sus fiestas las haga fuera de esta casa —dijo tras de mí Alain.

— Disculpe, señor Morel. No volverá a ocurrir.

— Si te molesta, se puede venir a mi casa, ¿verdad, preciosa? —dijo Chevalier llevando hacía él y volviéndome a dar un beso en los labios.

Me aparté, le dije que buenas noches y cerré la puerta.

La cara de Alain, era todo un poema.

— ¿Me quieres explicar a qué viene ese beso? — preguntó con los brazos cruzados y cara de pocos amigos.

— Es parte del plan. La única manera de que confíe en mí es esa. —digo yo.

— ¿Tienes que zorrear con él?

— No estaba zorreando, Alain. Estoy tratando de ayudarte. Deja las estupideces y te agradecería que no me insultes. No tienes ningún derecho. —dije enfadada y yéndome hacia las escaleras.

Alain fue detrás de mí, me agarró de un brazo y me dio la vuelta hacía él poseyendo mi boca.

Luego allí mismo en la escalera me tumbó en el suelo. Me bajó el pantalón y las bragas y fue directo a mi entrada. Me lamió y me devoró completamente. Nos quedamos sentados en la escalera, yo aún con los pantalones bajados.

— No soporto que nadie más te toque. —me dice.

— Lo sé, me pasa lo mismo a mí contigo. Pero si te digo que confíes en mí debes hacerlo.

¿Crees de verdad que siento algo por él? Me desagrada enormemente, pero debo hacerlo.

Sabes, Chantal va a tener un hijo de él.

— ¿De verdad? —preguntó sorprendido.

— Sí, así es. No se lo quiere decir. Se portó fatal con ella. Chantal sabe lo que estoy haciendo, ¿crees que jugaría con los sentimientos de mi amiga?

Nos fuimos a su cama a dormir. Antes me di una ducha. Luego me metí en la cama. Alain, ya estaba dormido, así que lo abracé. En mitad de la madrugada, Alain empezó a moverse muy rápido, murmuraba algo pero no lograba entenderlo. Pegó un salto y se incorporó temblando.

Me recordaba a cuando tenía pesadillas.

— ¿Estás bien? —pregunto acariciándole la cabeza.

— Lo siento, he tenido una de mis pesadillas. — respondió levantándose.

— ¿Sueles tener muchas pesadillas?

— Sí, desde hace años.

Fue al año, al rato salió con una toalla en la mano, secándose la cara.

— Ya estoy mejor. Tranquila. —se metió de nuevo en la cama y me abrazó.

Por la mañana cuando me desperté ya no estaba. Tenía una nota en la cama.

¡Buenos días, preciosa!

He tenido que salir a hacer unas cosas. Pero te prometo que trataré de llegar pronto esta noche y hacer algo especial.

Je t'aime, Alain.

Tenía un mensaje de Chevalier, quería que me tomara el día libre para estar con él. Sí de verdad creía que iba a acostarme con él lo llevaba claro.

Necesitaba poder entrar estar en su casa sin que quisiera nada conmigo. Así qué recordé que una vez, en otro caso, usé *burundanga* para anular la voluntad de una loca que quería atacar a su hijo. Como Chantal, tenía que venir a verme la llamé y le dije que fuera a recoger algo a una dirección que la doy. Es la de la persona que me la consiguió la otra vez.

Al medio día, ya tenía todo preparado. Chantal, me preguntó qué estaba haciendo. Le expliqué por encima y traté de tranquilizarla, ya que no era la primera vez. Sabía que no se había quedado tranquila pero debía confiar.

Le escribí una nota a Alain, y se la dejé a Chantal. Sabía que corría peligro. Aunque no creía que Chevalier fuera directamente el asesino, sí que sabía más de lo que decía.

Me recogió a la hora que habíamos quedado y me llevó a su casa. Me sorprendió cuando al entrar estaba decorada de la misma manera que la de Alain.

— Alain, es un copión. Un día vino a mi casa y le gustó todo tanto que me dijo que me iba a copiar. La verdad, estoy harto de él. Siempre tratando de apagarme. ¿No ves que me habla como si se creyera mejor? —se levantó y se fue hacia la cocina.

Me sirvió una copa de vino. Él se sirvió otra. Era mi oportunidad para dormirlo.

Saqué de mi bolsillo la pastilla ya desmenuzada. Como estaba todo el tiempo detrás de mí tuve que fingir que me había manchado para que me diera un papel. Al marcharse, le puse la pastilla en su bebida.

— Toma, una servilleta —dice dándomela. — Pero mejor que te quites la camisa y la limpiamos, de aquí a que te vayas estará seca.

— No tengo otra cosa para ponerme. —respondo.

— No importa. No me voy a asustar de verte en sujetador.

Como estaba tomando la copa, me quité la camisa. En cualquier momento se dormiría.

— Uff, como me pones, Colette. —dice pasando sus manos por mi escote.

Le aparté las manos, pero él seguía tocándome.

— No te hagas la dura. Ambos somos adultos y sabemos a lo que has venido.

Se tumbó sobre mí. Me sacó un pecho y empezó a tocarlo.

— Chevalier, esta no es la manera en la que me imaginaba acostándome contigo.

Me estaba dando mucho asco, no iba a permitir que llegara más allá.

— Con Alain, bien que no te da asco cuando te folla, ¿verdad?

Me levanté del sofá dándole un empujón. Me puse el sujetador bien y me puse la camisa de nuevo.

— ¿Qué estás hablando?

— ¿Disfrutaste mucho con él? tu cara era de placer.

— Eres un cerdo. —escupí.

Traté de huir, pero este me lo impidió. Pero de pronto se desmayó cayendo al suelo. Salí de allí corriendo, pero algo llamó mi atención. Una habitación estaba abierta y llena de cámaras.

Entré en ella. Miré qué este siguiera en el suelo. La habitación era tal y como me la había descrito Claude. Me puse a ver las cintas, en ellas, salían las fiestas de Alain. La de nuestra primera vez. Saqué fotos a todo. Me puse a revisar todo. Fui a su habitación, y otra sorpresa, tenía fotos mías y de Alain. Abrí su armario, los trajes eran del mismo estilo de Alain, jamás me había percatado. Hasta su mismo perfume. Estaba bastante nerviosa, así qué cerré el armario, pero algo sobresalía y no me dejaba cerrar bien. Entonces, me encontré con una gabardina llena de sangre, era la misma gabardina que llevaba Claudine la noche que murió.

Me puse aún más nerviosa. Llamé a Alain, pero no respondía, así que le dejé un mensaje de voz.

Alain, ya sé quién mató a Claudine y a Claude.

Estoy en su casa. Hay pruebas por todos lados. Joder, Alain. Tiene videos tuyos en tus fiestas.

Y también la de nuestra primera vez. Voy a la policía.

— No vas a ningún lado, querida. Me temo que de aquí no vas a salir ya. —dijo Chevalier.

Estaba más fresco que una lechuga. — ¿Creías que me había tragado que querías verme así como así? Anoche os vi a Alain y a ti en la escalera. Ay, Colette, que zorrita me has resultado.

Podríamos haber sido felices. Estoy harto de que Alain, me quite lo que me pertenece. Pero él también va a morir, después de ti.

Me abofeteó en la cara haciéndome que me golpeara con la mesa dejándome inconsciente.





18

ALAIN

Después de esa pesadilla, decidí llamar al psiquiatra, me urgía hablar con él. En ese sueño la cara de Claire, se estaba haciendo visible, pero necesitaba confirmarlo.

Cuando llegué a la consulta, este me hizo pasar. Me pidió que me tumbara y cerrara los ojos.

— Alain, cuando cuente tres volverás a tu otra vida, esa vida donde te llamabas Malcom. Vas a ver a tu amor. Tres, dos, uno…

— Estoy entrando en la habitación donde Claire yace. Todo oscuro y lleno de velas. La respiración de Claire se entrecorta. Se está despidiendo de mí, yo le ruego que no lo haga.

Entonces me acerco a ella y le veo su cara. Está pálida, sus labios están resecos, pero aun así los beso. No quiero que muera. Me niego.

— Ahora vas a ir un poco antes de eso. Un momento bonito entre los dos.

— Estamos en mi castillo. Estamos solos. A Claire le encanta leer. De pronto se quita la ropa y me dice que la haga suya. Yo le digo que eso es un escándalo y me rio. Nos empezamos a besar. La tumbo en el suelo y la quito toda la ropa. Nos hacemos el amor ante el fuego de la inmensa chimenea. Nos juramos amor eterno y decidimos fugarnos juntos.

— Muy bien, ahora vas a despertar tranquilo. Tres, dos, uno. ¿Has visto su cara?

— Sí. La he visto clarísima. Anoche, mientras dormía tuve ese sueño, le vi la cara, pero pensé que eran alucinaciones, pero no, es real. Claire es Colette.

— Me alegro muchísimo de que por fin te hayas dado cuenta. —expresa el psiquiatra.

— ¿Usted lo sabía? Un día la vi salir de su consulta. Que hasta ahora no me había percatado.

— Sí, lo sabía. Pero no puedo meterme en esas cosas.
Los pacientes son los que deben recordar.

— ¿Ella sabe quién es Malcom? —pregunto.

— Eso es algo que tendrás que hablar con ella, pero no vas mal encaminado. Una cosa más,

Alain. ¿Qué fue lo que soñaste anoche?

— Qué Colette, estaba en peligro como lo estuvo hace quinientos años.

Salí de la consulta feliz. Claire y Colette eran la misma persona. La mujer de la que me había enamorado era la misma mujer. Iba a ir a casa a preparar una cena especial y contárselo. Y ya no iba a pedirla que me esperara, desde ahora la quería junto a mí. Mi novia, mi mujer, mi amante, mi todo.

Encendí el teléfono móvil y me llegó la notificación de un mensaje de voz. Cuando lo escuché me quedé helado.

Colette sabía quién era el asesino, y lo peor, estaba en peligro. Llamé a mi abogado y luego a la policía. Me citaron en la comisaría.

Mientras acudía, recibí una llamada de Chantal.

— Alain, estoy preocupada por Colette, me pidió que no te dijera nada, pero tengo miedo. Lo que está haciendo es peligroso.

— ¿Sabes dónde está? —pregunto nervioso.

— En casa de Chevalier. Pero he ido y el portero que me conocía de cuando estaba con él, me ha dicho que él nunca vivió ahí. Lo tenía alquilado e iba de vez en cuando. Hace unos días le dijo que lo dejaba de alquilar, que ya no volvería.

¿Dónde demonios estaba Colette? Sí le pasaba algo me moriría con ella, como en la otra vida.

Si pillaba a Chevalier, le iba a partir la vida.

Fui a hablar con el detective que llevaba el caso. Me contó que iba a llamarme, ya que Annette, acababa de despertar del coma y quería verme.

Cuando le conté lo de Colette, se puso manos a la obra y envió una patrulla a su casa, otra al trabajo. Necesitaba averiguar todo de él. Quise acompañarle pero me lo impidió, me dijo que fuera a ver a Annette y luego a casa, pero estaba claro que no iba a estar en casa.

Llegué al hospital y enseguida una enfermera me informó de la habitación en la que estaba Annette. En la puerta de su habitación estaba custodiada por dos policías. Cuando les dije quién era me dejaron pasar.

Al abrir la puerta me encontré con ella sentada en la cama. Tenía buen semblante. Al verme se puso a llorar.

— Perdóname, Alain. Yo no quería hacerte daño —dijo sollozando.

— Me gustaría que me dijeras algo, y quiero que seas sincera, la vida de Colette corre peligro y solo tú puedes ayudarme, ¿Chevalier está detrás de todo esto? —pregunté mirando para ella.

Annette, agachó la cabeza, se secó las lágrimas y me invitó a sentarme.

— Te voy a contar toda la verdad desde el principio. Pero respondiendo tu respuesta, sí, Chevalier está detrás de todo esto.

Me levanté del golpe. Empecé a dar vueltas por la habitación, parecía león enjaulado.

— Por favor, Alain, escúchame —me pide Annette.

— Tiene a Colette, maldita sea.

— Escúchame. Cuando conocí a Didier, ese es el auténtico nombre de Chevalier, yo me dejé engatusar por él. Por ese entonces mi hermana había puesto sus ojos en ti, y sentí celos porque te quería para mí. El caso es que Didier, me cautivo, era atractivo, listo, divertido. Me lie con él, y así

hice. Nos casamos a escondidas de todos. En la oficina se hizo llamar

Chevalier, yo no entendía el porqué, pero como estaba enamorada no me preocupe, pensé que era para que no le llamaran enchufado. Pero poco a poco me fue mostrando su verdadera cara, me empezó a engañar con otras mujeres, él quería llegar a dónde tú estabas. Se empezó a obsesionar contigo, por eso parecía ser tu mejor amigo. Llegaba a altas horas de la madrugada. Se metía en una habitación encerrado. Una vez me levanté extrañada porque escuché un ruido, la puerta de esa habitación estaba abierta, él sentado mirando unas pantallas, mientras lo hacía se estaba masturbando. En esas cámaras salías tú y tus amigos en las orgías. Me pilló y me amenazó con matarme.

Según me iba contando más asco me iba dando. Chevalier, el que consideraba un amigo era el culpable de mis desgracias, y encima me observaba.

— No entiendo algo, ¿porque tenía esas cámaras en mi sala de fiesta? Según me contó, no le gustaban esas fiestas.
—pregunté.

— Él era un reprimido sexual, su familia lo educo así. Dejé de participar en tus fiestas por eso. Él día que mi hermana se enteró de que tú y yo estuvimos en una orgía juntos fue por él.

Le mostró un video dónde estábamos los dos. Cuando Celine, empezó a montar esos escándalos, cuando empezó a tener celos de nuestra prima, todo era provocado por él. Y yo me dejé arrastrar por qué me decía que eras mala persona. Cuando mi hermana desapareció,

Didier me dijo que te había visto por las cámaras de la habitación matarla. Por eso te cogí odio. En ese momento, nos estábamos separando.

Le conté que Céline, estaba viva. Annette, lloró de la alegría de saber que su hermana estaba bien. Le conté todo. Qué estaba en un centro psiquiátrico, y que a día de hoy está mejor gracias a la medicación.

— ¿Quién mató a Claudine? ¿Y a Claude? —pregunté.

— A Claudine, la mató él. Después del escándalo que se formó en la empresa, me dijo que se iba a tranquilizarla. Pero ya no me fiaba de él. Escuché como le decía a Claudine, que fuera a tu casa y se acostara contigo, así tenía otra prueba más para hundirte después del escándalo que te había formado. Ella accedió. Como todo me sonó raro, decidí seguirle. Primero fue a su casa y estuvo unas horas, luego fue a tu casa. Me escondí, vi como se encontraba con ella y le indicaba cómo entrar en tu sala. Me asomé sin ser vista. Luego, Claudine, entró por ese pasadizo. Me fui a la zona de la casa de la piscina, observé desde lejos como Didier, se metía en el coche y se alejaba un poco. AL rato apareciste tú. Y unos quince minutos después, vi que Claudine salía de tu casa y se subía en su coche. Me fui al mío y la seguí. Mi sorpresa, fue cuando está paró en una cuneta, Didier la estaba esperando. Se pusieron a discutir, escuché los gritos, este le decía que era una estúpida, que había tenido la oportunidad de tirárselo y la desaprovechó. Sin ningún reparo, la estranguló. Me quedé helada, me asusté muchísimo. No sabía cómo reaccionar. Vi que le ponía algo dentro de los bolsillos del abrigo. Luego dejó el coche de ella allí tirado y se marchó. Llamé a la policía anónimamente.

Me marché a mi casa sin saber qué hacer. —Annette, se puso muy nerviosa, y traté de tranquilizarla.

— ¿Por qué contrataste a Colette? ¿Por qué lo de la encerrona de la comida el otro día?

— Había oído hablar de ella. Una periodista de investigación bastante buena. Había conseguido desmantelar a un capo en seis meses. Su jefa es conocida mía. La contacté y ya sabes el resto. Lo de la comida del otro día fue porque quería contarte todo, pero cuando vi que Didier estaba en la casa me asusté, pensé que había puesto alguna cámara en la sala. Lo siento, de verdad. Sé qué fue él quién trató de envenenarme.

— Annette, Colette, está en peligro. Ha tratado de ayudarme y ahora la tiene él. No sabemos dónde está. Pero

si le pasara algo no sé qué sería de mí. Pero no sabemos la auténtica dirección de él.

— Yo la sé. Es la casa donde vivimos cuando estuve con él.

Annette, me proporcionó la dirección. ¿Seguiría allí? Llamé al agente, y le dije que iba de camino a casa de Chevalier, me pidió la dirección y que no hiciera nada, pero ya era tarde, estaba llegando a casa de este e iba a hacer lo que fuera con tal de rescatarla.

Cuando llegué a su casa, un *chalet* al norte de Niza, me llamó la atención, estaba recreada tal

y como era mi castillo. Dejé el coche fuera. No quería que supiera que estaba ahí. De repente, la puerta se abrió y l e vi salir. Iba solo, se subió a su coche y arrancó. Yo me camuflé entre los árboles. Antes de que la verja se cerrara, entré. La casa por fuera era igual que la mía, hasta la réplica de la casita de la piscina. Pero lo más fuerte es que tenía una puerta como la de mi sala de fiestas. Fui a la puerta principal y la traté de abrir. Estaba bien cerrada. Miré por las ventanas, estaban selladas. Fui de nuevo a la puerta que imitaba a mi sala de fiestas, que también estaba cerrada. Cogí una de mis tarjetas de crédito y traté de abrirla, lo conseguí.

Entré y prendí la linterna de mi teléfono. Busqué el interruptor, cuando encendí la habitación me quedé helado. Era idéntica a la mía. Espejos en el techo, las camas, el armario. Este tipo era un auténtico psicópata y estaba obsesionado conmigo. Escuché un ruido, venía de uno de los armarios, cogí el atizador de la chimenea y abrí la puerta. Colette, estaba atada a los hierros de colgar la ropa. Su cara estaba con sangre. Me asusté.

— Colette, mi amor, despierta. Aquí estoy. —dije desatándola y dejándola en el suelo.

Le costaba despertar. Tenía en la mejilla una herida y un hematoma en el ojo.

— Es Chevalier, vete de aquí. Te va a querer hacer daño
—declaró mirándome.

— No me voy sin ti.

— Vaya, ya estamos todos —expuso de pronto una voz tras de mí, era él.

— ¿Qué demonios has hecho? Estás loco. ¿Has recreado mi casa?

— No me llames loco. Tú casa debería haber sido mía. Pero no, llegaste tú con tu maldito encanto, tu galantería y te llevas a la millonaria. ¿Tú sabes cuánto tiempo estuve trabajándomela para que llegaras tú y de un plumazo te la llevaras?

— A diferencia tuya, no la conquiste haciendo maldades.

— Vas a pagar muy caro haberme quitado mi vida. Ahora te voy a quitar la tuya, sé tú punto débil, se llama Colette Durand. Os he observado desde hace tiempo, y uff, tiene una pinta de follar de maravilla. Voy a gozarla y luego la voy eliminar.

Cogí el atizador y fui a darle. Pero lo esquivó. Me lancé sobre él y le di un puñetazo. Le golpeé hasta cansarme. Su cara estaba ensangrentada. En un despiste, me dio un golpe y se deshizo de mí. Agarró a Colette por el pelo y la levantó, sacó un arma que tenía en su pantalón.

— Suéltala maldito seas. Lo que tienes es conmigo, no con ella.

Cogió su pistola y se la pasó por la cara a Colette, luego se la pasó por el escote y fue bajando.

— Voy a poseerla aquí, delante de ti. Va a disfrutar como nunca. —dijo escupiendo sangre.

De pronto me acordé de que una vez, Celine, me regaló una navaja. Siempre la llevaba conmigo, me metí la mano en la chaqueta.

— Las manos dónde pueda verlas —dijo este.

Lo que no sabía de mí es que siempre fui muy ágil con ellas. Ya la había cogido y la tenía en la manga. Cuando miró a Colette para apartarle el pelo de la cara, aproveché y se la lancé en el hombro. Colette se apartó y fue donde estaba yo.

— Huye —grité.

Pero era tan cabezona que no me hizo caso. Didier, se arrancó la navaja del hombro y la tiró al suelo.

— Ya me has cabreado. El primero en morir vas a ser tú. Me tienes harto. Siempre creyéndote superior. Mirando por encima del hombro. Decías ser mi amigo, pero me tratabas con aires de grandeza.

— Eso es lo que crees tú. Pero siempre te tuve aprecio.

¿Crees que iba contándole a cualquiera de mis fiestas? Si lo hice contigo es porque te apreciaba.

— Mientes. Siempre me viste como un fracasado. Como una basura. Me decías de esas fiestas para presumir de llevar una vida de fiestero y ligón. Pero eso se acabó. Ahora me toca a mí.

Apuntó el arma contra mí y disparó. En ese momento Colette se adelantó y se puso delante recibiendo la bala en mi lugar. Cayó al suelo y desesperado fui hasta este y le pegué un puñetazo rompiéndole la nariz. La pistola quedó en el suelo, la agarré y le golpeé en la cabeza con ella dejándole inconsciente.

Fui hacia Colette, la bala le había dado en el costado.

Cogí un trozo de tela de mi camisa y se la presione.

— No podías estarte quieta, ¿eh? —dije acariciándola.

— Te prometí hace trescientos años que te iba a encontrar y no permitiría que nada ni nadie nos separara.

Sus lágrimas le caían por la mejilla. Yo se las sequé.

— Y yo en esta vida Claire, Colette, te prometo que así será. No hables más. La policía y una ambulancia vienen de camino.

Había dejado el teléfono encendido todo el rato, y la policía había escuchado todo.

— ¿Desde cuándo lo sabes? —preguntó muy débil.

— Desde siempre —confesé yo besándola.

En ese momento llegó la policía, una ambulancia y Adrien. Los paramédicos cogieron a

Colette y la llevaron a la ambulancia y yo no me quise separar de ella. Los policías cogieron a Didier y lo detuvieron.

Cuando llegamos al hospital, llevaron a Colette a la sala de cirugías, tenían que sacarle la bala. Las horas se me hacían eternas.

Adrien, se encargó de llamar a Chantal y contarle todo lo que había ocurrido. Esta se encargó de llamar a la tía para que viniera a Niza. Menos mal que de Marsella a Niza son sólo dos horas de coche.

No paraba de dar vueltas y vueltas en la sala de espera. Adrien y Chantal, me decían que me tranquilizara, pues Colette saldría bien de esto.

Adrien, me informo de que Didier o Chevalier que es como siempre le conocí sufre un trastorno maníaco compulsivo. Lo van a juzgar y enviarlo a un centro psiquiátrico por todas las cosas que había hecho.

Cuatro horas después de que Colette, entrara en quirófano, salió él médico.

— ¿Familiares de la señorita Durand? —preguntó este.

— Nosotros. Soy su novio. —respondí en voz alta. Por primera vez pronuncié esas palabras.

Él médico nos apartó a un lado. Su tía me agarró de la mano. Estaba más nerviosa que yo, que ya es decir.

— La operación ha ido muy bien, le hemos sacado la bala. Pero ha perdido mucha sangre, y siento comunicarles que ha entrado en estado de coma.

Mi mundo en ese mismo momento se paralizó. Sentía que la habitación se había quedado congelada y solamente yo estaba en ella. No me podía creer que otra vez estuviéramos pasando por esto. ¿Era un mal chiste? ¿Alguien se estaba burlando de nosotros o qué?

Él médico nos recomendó tranquilidad. No podíamos hacer otra cosa. Me fui a su habitación con su tía. Ninguno de los dos queríamos separarnos de ella.





19

COLETTE

Cuándo me desperté del golpe que Chevalier me había dado todo me daba vueltas. La boca me sabía a sangre. La cabeza me dolía. Estaba en un cuarto lleno de humedad. Me había sentado en una silla, estaba atada de las manos y tapado la boca.

No sabía cómo iba a poder salir de allí. En ese momento pensé que ojalá que Chantal no me hiciera caso y se lo contara a Alain.

— Vaya, ya despertaste, maldita —dijo Chevalier.

No podía hablar. Me movía en la silla. Estaba desesperada. Chevalier, se me acercó y me quitó la cinta de la boca.

— ¡Suéltame maldito loco! —grite.

— Cállate, estúpida.

— Qué me sueltes.

Me abofeteó haciéndome girar la cara.

— Aquí mando yo. No te voy a soltar, ¿sabes por qué?

Porque tu súper héroe va a venir a por

ti. Será mi oportunidad para eliminarlo. Le tengo unas ganas tremendas.

— Pero, ¿qué te ha hecho?

— Me ha quitado mi vida. Primero se casa con Celine, se queda con la empresa, con el dinero. Se lleva a todas de calle. ¿Qué tiene él que no tenga yo?

— Bondad. —escupí.

— Me pegó otro bofetón e hizo que me mordiera la lengua. Me dolió demasiado.

— Tú y yo, podríamos haber tenido algo, pero como no, ese maldito tuvo que ponerse en medio como siempre.

— ¿Qué pasó con Celine? —logré decir con mi lengua adolorida.

— La tuve que matar, como voy a hacer contigo. Tuvo la oportunidad de ayudarme a hundir a

Alain. Teníamos todo previsto, pero la muy idiota no supo usar sus armas de seducción, así qué antes de que se le fuera la lengua, la eliminé. Igual que eliminé a Annette. Yo la envenené. Fui a casa de Alain, sabía perfectamente que iban a comer juntos, la obligué. Pero la vi bastante dubitativa, sabía qué en algún momento soltaría la verdad. Así que, cuando

Alain fue a por unos papeles, le eché veneno. Sabía qué esa comida era para ella, ya que a

Alain no le gustaba ese plato.

— Annette, está viva, ignorante. No acabaste con ella.
—dije riéndome de él.

— ¿Qué? No puede ser. Estaba seguro de que estaba muerta.

Me pegó otro golpe y me tapó la boca de nuevo. Me desamarró y me encerró dentro de un armario atándome de nuevo en él.

— Te tengo que dejar aquí encerrada. Tengo que rematarla. Luego vendré a por tí.

No pasó mucho tiempo hasta que se volvió a abrir la puerta del armario. Esta vez era Alain.

Me sentía muy débil, pero por fin mi amor había venido a buscarme.

Vi la pelea de ellos, aunque me encontraba bastante mareada. No podía reaccionar, sentía mis piernas prisioneras, pero algo hizo que reaccionara. Cuando vi que Chevalier, apuntaba con un arma a Alain, no me lo pensé y me puse delante.

Sentí un calor inmenso atravesar mi piel. El dolor agudo me paralizó la respiración. Caí redonda al suelo. Alcancé a decirle a Alain, lo que le prometí en la otra vida, y para mi sorpresa, él lo sabía. Sabía que yo había sido Claire, y él era Malcom.

Me desperté. Estaba en la habitación del hospital. Mi tía y Alain, estaban allí, esperando a que despertara. Alain, me tenía sujeta de la mano. Me decía que no lo dejara. En esta vida debíamos estar juntos. Mi tía le consolaba. Me encantaba que se llevaran tan bien. Yo trataba de que me oyeran, pero no lo hacían. ¿Qué estaba ocurriendo?

Una luz llamó mi atención, así que fui. De pronto me encontré con mis padres, ¿qué hacían ellos allí?

— ¿Qué me pasa? ¿Me he muerto? —pregunté a mis padres.

— No cariño. Pero estás en coma. Estás fuera de tu cuerpo, por eso puedes vernos.

— Me siento súper feliz. No lo puedo describir con palabras. Pero me siento dichosa. Siento tanto amor dentro de mí. Pero, no quiero perder a Alain, ya en otra vida lo hice.

— Y no lo vas a hacer. Queremos que sepas, que nos sentimos muy orgullosos de ti. Eres una mujer muy valiente, y poderosa. Has sabido defender tu amor muy bien. Puedes volver a tu cuerpo, todo va a estar bien. Van a ser muy felices, pequeña.

Los abracé y les di un beso, luego la luz se fue.

— Alain, tía. ¿Por qué lloráis? —dije.

Alain me miró con cara de asombro y se abalanzó sobre mí. Me besó, me abrazó. Luego mi tía me dio un beso.

Los días pasaron volando. Yo me sentía súper bien. Los médicos alucinaban con lo rápido que me estaba recuperando. Yo les decía que era el amor.

Alain, se portaba de maravilla. Cariñoso, dulce, atento. Mi amor era todo un caballero. Me dijo que aunque no le apetecía tenía que irse unos días, así que me quedé con mi tía y con Amelie.

— ¿Recuerdas lo qué te dije de que ibas a encontrar a tu amor en este viaje? ¿Ahora ya me crees? —preguntó con sonrisa pícara.

— Sí. Ahora sí te creo. Tienes que comprenderme, esas pesadillas me tenían un poco loca, pero ahora sé que eran parte del proceso que me estaba guiando a Alain.

— Es un amor de hombre. Aparte de guapo —expuso a carcajadas.

— Amelie, mira que eres —contestó mi tía.

— Es qué es guapo. No me lo niegues.

— No, no lo niego.

Annette, pasó para despedirse de mí, se iba a Estados Unidos un tiempo, necesitaba reencontrarse con ella misma. Me pidió perdón por haberme utilizado, pero ahora comprendo que si no hubiera sido por ella, ahora no estaría con Alain.

Llegó el día en el que me daban el alta. Alain, seguía de viaje, pero desde la lejanía había ordenado que arreglaran el castillo para mí.

Cuando llegué, el castillo estaba espectacular. Mi tía quería que me llevaran en la silla de ruedas, pero me negué. Me encontraba genial.

— Tú siempre igual de cabezota, hija.

— Ya me conoces —me empecé a reír.

— No quiero que vayas andando. De ahora en adelante, yo te cuidaré —dijo de pronto Alain, cargándome en sus brazos.

— Mon ciel —dije abrazándolo. — ¿No estabas de viaje?

— Sí, pero ya está todo solucionado.

Entramos en la sala. Todo estaba lleno de flores. Alain, me dejó en el sofá. Mi sorpresa fue que estaban Chantal, Adrien con su mujer, mi tía, Amelie y su esposo.

Había música de fondo. Sonaba *Hoy tengo ganas de ti, de Christina Aguilera y Alejandro Fernández.*

— Por favor —dijo Alain —júntense todos aquí. Necesito que me escuchéis. Colette, cuando llegaste a mi vida, me caíste fatal, jaja. Pero algo me atraía, no sabía él qué, pero necesitaba tenerte cerca. El caso es que me enamoré de ti. Colette, estuvimos juntos en otra vida, y quiero envejecer junto a ti. ¿Quieres casarte conmigo? — sacó un anillo del bolsillo de su chaqueta.

— Claro que quiero. Eres el amor de mi vida. —me lancé sobre él a besarlo.

— Ten cuidado, mira que eres bruta. Te vas a hacer daño. —dijo él.

— Solo una cosa. Tú ya estás casado. —respondí.

— Ya no. Mi viaje estos días fue para separarme de Celine. Ella está mejor, es consciente de todo. Sabe de ti y quiere conocerte. Y por supuesto me ha dado el divorcio.

Me sentía pletórica. Por fin iba a estar con él, para siempre.





Epílogo

Un año después.

Alain y yo nos fuimos por fin de viaje de luna de miel. Nos habíamos casado hacía seis meses ya. Pero entre su trabajo y el mío no habíamos podido. Me había trasladado definitivamente a Niza. Trabajaba en otro periódico, me había propuesto que me infiltrarse en una mafia, pero

Alain, se negó. Me dijo que no estaba dispuesto a que mi vida corriera peligro de nuevo.

Así que de momento, estaba en casos más relajados, aunque sabía que pronto volvería a la carga.

Nos habíamos ido de luna de miel a Grecia, exactamente en Santorini. Alain, se encargó de alquilar un pequeño yate, así qué hemos pasado el día allí.

—Preciosa, ¿sabes qué es lo que me gustaría? — preguntó Alain, dándome un beso en la mejilla.

— ¿Qué cosa?

— Qué tuviéramos un bebé. ¿Quieres?

— Claro qué sí. Y más aún la manera de hacerlos.

— Vaya, vaya con Colette. Y yo que creía que eras inocente.

Me levanté, y me senté sobre sus piernas. Le di pequeños besos en el cuello, mientras con mi mano iba bajando a su entrepierna. Él me quitó la parte de arriba del bikini, me dijo que no lo necesitaba, y me las acarició muy suavemente. Luego me levantó y me tumbó en el suelo. Me bajó la braguita y me tocó. Le bajé su bañador e hice que

entrara en mí. Luego de un rato nos quedamos abrazados. Necesitaba tenerlo dentro, sentía tanta conexión con él.

Celine, y yo nos habíamos caído muy bien. Era una mujer muy atractiva, e imponente. Me confesó que jamás había visto a Alain tan feliz como lo estaba desde que estaba conmigo.

Ahora íbamos a verla cada dos meses. Alain, dejó las orgías. Su sala de fiestas, la preparó para ser nuestra sala de fiestas.

Chantal tuvo a su bebé. Ahora, está saliendo con otro chico que es maravilloso, cuida de ella

y del niño a las mil maravillas.

Chevalier, sigue ingresado en el centro psiquiátrico, pinta muy mal. Los médicos creen que jamás se recupere.

Mi tía sigue viviendo en Marsella, pero dos o tres veces a la semana voy a verla. La quiero muchísimo. Le debo todo lo que tengo.

Ahora tengo la vida que siempre quise. Las pesadillas que Alain y yo tuvimos cesaron. Y en nuestra biblioteca hemos puesto una foto que nos sacamos caracterizados de Claire y

Malcom. Cada vez que la miramos, recordamos lo mucho que nos amamos.

Tuvieron que pasar trescientos años, pero lo que le prometí lo cumplí. Ahora, Alain y yo somos felices. Ni las maldades del mundo, ni nada, pudo impedir que nuestra vida estuviera unida. El hilo rojo del destino hizo de las suyas, y aunque ahora estemos en otra piel, seguimos siendo los mismos seres que éramos hace tantos siglos, y el amor traspasó todo, porque él amor, todo lo puede.

Agradecimientos.

A mis padres: Por el apoyo incondicional. Por aguantar que os ignore durante semanas porque estoy centrada en mis historias.

Stan, *tu es ma vie.*

Dieu, merci pour tous mes réves qui se sont manifestés. Je T´aime.

A mi padrino Ángel: Gracias por siempre leerme. Por apoyar cada uno de los libros que llevo escritos. Espero que te hagan pasar un rato agradable.

A mis grandes amigas y lectoras cero: Mil gracias por siempre estar leyéndome, aunque tengáis mil líos, siempre sacáis un hueco para hacerlo.

A todas aquellas personas que me piden el siguiente libro nada más publicar uno nuevo. Eso me alegra el alma. No os imagináis lo bien que me hace sentir eso.

A los que se preocupan por qué creen que me quemo. No os preocupéis. Cuando una ama lo que hace, jamás se quema.

A ti que has llegado hasta aquí. Esta historia para mí es especial. Una historia que habla de la reencarnación, del amor que va más allá de una apariencia física. Espero que hayan disfrutado tanto de ella como yo la disfruté de escribirla.

Millones de gracias. Con amor;

Aili Evans.